

Université de Montréal

**Revisionismo histórico en *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura**

par Marietta Vertiz Nunez

Département de littératures et de langues du monde

Faculté d'études supérieures et postdoctorales

Mémoire présenté

en vue de l'obtention du grade de Maître ès arts (M.A.)

en études hispaniques

Novembre, 2022.

© Marietta Vertiz Nunez, 2022

Université de Montréal  
Département de Littératures et de langues du monde  
Faculté des Arts et des Sciences

*Ce mémoire intitulé*

**Revisionismo histórico en *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura**

*Présentée par*

**Marietta Vertiz Nunez**

A été évaluée par un jury composé des personnes suivantes

**James Cisneros**

Président-rapporteur

**Ana Belén Martín Sevillano**

Directeur de recherche

**Javier Rubiera**

Membre du jury

# Índice

<b>Résumé</b> .....	II
<b>Abstract</b> .....	III
<b>Resumen</b> .....	IV
<b>Agradecimientos</b> .....	V
1.1. La ficción histórica de <i>El hombre que amaba a los perros</i> .....	9
1.2. La novela histórica en América Latina y en Cuba.....	15
II. La historia y la historiografía como problema en <i>El hombre que amaba a los perros</i> .....	21
2.1. Reflexión teórica: memoria, historia y silencio.....	32
III. La revisión del socialismo en Rusia: León Trotsky.....	45
3.1. Trotsky .....	48
3.2. Autocensura y contradicciones narrativas.....	57
3.3. Representación histórica .....	71
IV. La revisión del socialismo en España: Ramón Mercader .....	74
4.1. Mercader .....	77
4.2. Autocensura y contradicciones narrativas.....	89
V. Conclusiones .....	106
Bibliografía .....	109

## Résumé

Ce mémoire porte sur le révisionnisme historique réalisé par Leonardo Padura dans son roman *El hombre que amaba a los perros*, publié en 2009. Cet écrivain, l'un des auteurs actuels les plus publiés et les plus récompensés du monde hispanique, utilise les figures historiques de León Trotsky et de son assassin, Ramón Mercader, pour raconter l'histoire inédite de Cuba à partir de l'arrivée au pouvoir de Fidel Castro, en janvier 1959.

L'auteur se sert de la figure de Trotsky pour traiter certaines questions qui laissent entrevoir la décomposition du système révolutionnaire cubain. D'une part, Trotsky était un écrivain qui subissait de la censure, comme bon nombre d'écrivains et d'intellectuels cubains. D'autre part, c'était un soldat qui, après avoir participé à divers conflits, comme la révolution d'Octobre, fut rayé de l'histoire de son pays, condamné à l'exil, et finalement assassiné.

Dans le présent travail, nous étudierons la manière dont la reconstruction et la déconstruction de l'histoire convergent en nous penchant sur les mouvements centrifuges et centripètes qu'elles comportent. Ainsi, nous verrons comment le texte littéraire, à travers la figure et les expériences d'un personnage non historique, reconstruit l'histoire de Cuba dans les années 70 et 80 en mettant en lumière la stalinisation du régime castriste et le désenchantement de ceux qui l'avaient initialement soutenu, entre autres de nombreux intellectuels et écrivains.

**Mots-clés:** Stalinisme, reconstruction historique, déconstruction historique, révisionnisme historique, mémoire, Cuba, León Trotsky, Ramón Mercader.

## Abstract

This dissertation focuses on Leonardo Padura's historical revisionism in his 2009 novel *El hombre que amaba a los perros*. Padura, one of today's most published and award-winning authors in the Hispanic world, has used the historical figures of Leon Trotsky and his assassin, Ramón Mercader, to present the untold story of Cuba from the time Fidel Castro gained power in January 1959.

Padura uses Trotsky's character to address a number of issues that point to the decomposition of the Cuban revolutionary system. On the one hand, Trotsky was a writer who suffered censorship, as did many Cuban writers and intellectuals. On the other hand, he was a soldier who, after being involved in various conflicts, such as the October Revolution, was erased from the history of his country, forced into exile, and ultimately assassinated.

In this dissertation, we will examine how the reconstruction and deconstruction of history converge, focusing on the centrifugal and centripetal movements they comprise. We will see how the history of Cuba during the 1970s and 1980s is reconstructed in Padura's literary work through a nonhistorical figure and his experiences, revealing the Stalinization of the Castro regime and the disenchantment of those who initially supported it, including many intellectuals and writers.

**Keywords:** Stalinism, historical reconstruction, historical deconstruction, historical revisionism, memory, Cuba, Leon Trotsky, Ramon Mercader.

## Resumen

Este trabajo trata sobre la revisión histórica realizada por Leonardo Padura en la novela *El hombre que amaba los perros* publicada en el año 2009. Este escritor, uno de los autores actuales más publicados y premiados del mundo hispano, se ha ocupado de la figura histórica de León Trotsky y su asesino Ramón Mercader, para desde su historia proyectar la historia no contada de Cuba, luego de la llegada al poder de Fidel Castro en enero de 1959.

La figura de Trotsky le sirve al autor para tratar un número de temas que apuntan a la descomposición del sistema revolucionario cubano. Por un lado, Trotsky fue un escritor que sufrió la censura, como tantos escritores e intelectuales cubanos. Por otro lado, también fue un militar que, luego de participar en diversos conflictos, como la Revolución de Octubre, fue borrado de la historia de su país, condenado al exilio y, finalmente, asesinado.

El presente trabajo se centrará en el modo en que convergen la reconstrucción y la deconstrucción de la historia, atendiendo a los movimientos centrífugos y centrípetos que contienen. Así veremos cómo el texto literario, a través de la figura y de las experiencias de un personaje no histórico, va reconstruyendo la historia de Cuba durante los años 70 y 80, apuntando a la estalinización del régimen castrista y al desencanto de quienes lo habían apoyado inicialmente, entre ellos muchos intelectuales y escritores.

**Palabras clave:** Estalinismo, reconstrucción histórica, deconstrucción histórica, revisionismo histórico, memoria, Cuba, León Trotsky, Ramón Mercader.

## **Agradecimientos**

Agradezco a todos los profesores del departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Montreal porque, de una forma u otra, han inspirado este trabajo.

Debo agradecer especialmente a mi directora de investigación, la profesora Ana Belén Martín Sevillano, por todo su apoyo, por alentar mis desánimos y, sobre todo, por su paciencia ante tantas correcciones.

Por último, a mi compañero de vida, por su apoyo incondicional.

A todos, muchas gracias.

*Tengo rabia del silencio  
por lo mucho que perdí.  
Que no se quede callado  
quien quiera vivir feliz.*

*Atahualpa Yupanqui*

*A mi padre, in memoriam*

## I. Introducción

El asesinato de Trotsky, perpetrado en México en agosto de 1940, fue uno de los crímenes más reveladores de la cruel política represiva del dirigente soviético Joseph Stalin. Este asesinato ha suscitado el interés de varios escritores, como Jean Paul Sartre o Jorge Semprún, quienes elaboraron relatos de ficción en los que exploraron tanto la vida de Trotsky como las circunstancias de su muerte. En el ámbito de la literatura latinoamericana, de entre los autores que han ficcionalizado el asesinato del dirigente soviético destacarían los cubanos Guillermo Cabrera Infante (1929-2005) y Leonardo Padura (1955). Este último, uno de los autores actuales más publicados y premiados del mundo hispano, se ha ocupado de la figura histórica de Trotsky en la novela *El hombre que amaba a los perros* (2009). A diferencia de la mayor parte de los escritores cubanos con residencia permanente en el país, Padura no publica solo en editoras nacionales, sino que lo hace fundamentalmente a través de prestigiosas editoras españolas, lo cual hace que su obra tenga amplio alcance y excelente distribución. Los intereses comerciales de estas editoras están implícitos hasta cierto punto en la forma y contenido de sus obras. Padura se ha dado a conocer fundamentalmente como autor de novelas policiales en las que la trama se relaciona con la situación social, económica y política de la Cuba del siglo XX, en particular a partir de la Revolución de 1959. Muchas de sus obras están protagonizadas por el personaje de Mario Conde, un policía desencantado que disfruta de la vida del barrio habanero en el que se crió y que se ha convertido en un referente dentro del género neopolicial latinoamericano.

El hecho de que Cuba opere todavía como un espacio utópico en el imaginario de un cierto sector ideológico occidental hace que las editoras en español se interesen por publicar obras literarias que representen la experiencia sociopolítica del país desde mediados del siglo XX. En

este sentido, Padura ha sabido aprovechar este interés y ha ofrecido productos de notable factura y calidad narrativa que satisfacen a un sector de lectores interesados en conocer las particularidades de la vida cotidiana del socialismo cubano. Su narrativa se caracteriza por situarse espacial y conceptualmente en zonas populares de la ciudad de La Habana, ilustrando a través de la vida y la expresión de sus habitantes la Historia contemporánea de Cuba. Según Anke Birkenmaier, su logro consiste en hacer evolucionar la novela de ficción hasta llegar a convertirla en novela histórica (14). Efectivamente, en la obra de Padura se registra un interés por tematizar la historia social del país. Así, por ejemplo, en *La neblina del ayer* (2005) se explora la agitada vida capitalina durante los años cincuenta del siglo XX, haciéndose eco de obras fundamentales de la literatura cubana de ese momento, como *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante. En otra de sus novelas, *La cola de la serpiente* (2011), se rescata la historia de la comunidad asiática cubana, que llegó al país durante el siglo XIX para trabajar en la industria azucarera y, al igual que la comunidad afrodescendiente, fue marginada socialmente. De manera similar, *Herejes* (2013) toca el tema del exilio, del judío en concreto, representando a la comunidad judío cubana, la cual deja el país en su mayor parte tras la Revolución, dando forma a la comunidad judío-cubana de Miami, los denominados “jewbans”. Todas estas novelas están protagonizadas por Mario Conde quien, como se ha dicho más arriba, es un policía melancólico, amante de la literatura, las mujeres y sus amigos, que viene a encarnar el estereotipo de hombre cubano de barrio y su modelo de pensamiento falocéntrico y patriarcal. En las novelas protagonizadas por este personaje la trama remite generalmente a aspectos históricos que han marcado a la nación; la tetralogía de La Habana (*Pasado Perfecto* (1991), *Vientos de Cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998)) contiene una reflexión crítica sobre formas de vida generadas por la específica situación política cubana, así como sobre los límites que impone a la población el sistema político. Así, por

ejemplo, el personaje de Alberto Marqués en *Máscaras* es un intelectual que había sido “parametrado”<sup>1</sup> y que se convierte en sospechoso del crimen que es el nudo argumental de la novela. A través de este personaje se rememora la represión que condenó a muchos intelectuales a un exilio interno (Rojas, *Isla* 183).

### **1.1. La ficción histórica de *El hombre que amaba a los perros***

*El hombre que amaba a los perros* está en la línea novelesca que Padura había desarrollado en su obra previa y en ella se funden ciertas estrategias de la novela policial con otras de la novela histórica, aunque en esta obra el personaje de Conde no aparece. La novela explora de manera paralela la historia de tres países, Cuba, España y la Unión Soviética, centrándose en el desarrollo y conflicto de los movimientos políticos de extrema izquierda. La revisión histórica se hace al hilo de la experiencia de los personajes principales, dos de los cuales son históricos, León Trotsky y su asesino, el español Ramón Mercader, y uno ficcional, Iván. Este último es un trasunto o *alter ego* del autor, al igual que sucede con Mario Conde, y funciona como catalizador de las tramas históricas (Amar Sánchez 255-6). Eric Hobsbawm considera que el siglo XX se inició con el estallido de la Primera Guerra Mundial y terminó con la caída de la Unión Soviética en 1991 (13), periodos que coinciden precisamente con los acontecimientos narrados por Padura, quien en su obra está bosquejando una historia de la Cuba del siglo XX más allá del punto álgido de 1959, cuando triunfó la Revolución liderada por Fidel Castro y marcó un antes y después en la historia cubana.

---

<sup>1</sup> Ser parametrado consistía en ser negativamente evaluado por las autoridades, lo que conllevaba ser expulsado del centro de trabajo por no reunir los parámetros necesarios (que eran el ser revolucionario y heterosexual). Este fenómeno fue particularmente aplicado a los sectores educativos y artísticos.

Formalmente la novela se divide en tres partes; la primera consta de 15 capítulos, la segunda de 13, y la tercera y última, de 2. Dentro de esta estructura formal que divide la novela en tres partes, hay una estructura narrativa que las atraviesa y que desarrolla tres líneas diferentes, una por cada uno de los personajes. De manera alterna (aunque sin un orden preciso), cada uno de los capítulos se dedica exclusivamente a uno de los tres personajes, haciendo avanzar sus respectivas historias de manera paralela.

En los capítulos de la primera parte dedicados a Trotsky se recuenta su paso por el Asia soviética antes de salir a un exilio forzoso que le lleva a Turquía, Francia, Noruega y, finalmente, a México, donde encontrará la muerte. Los primeros capítulos dedicados a Mercader lo sitúan en la conflictiva escena política española de los años 30 del siglo XX, que desemboca en la guerra civil del país. En ellos se da cuenta de su entrenamiento militar en la Unión Soviética, aliada de la República española. Este entrenamiento tendrá un objetivo principal, prepararle para que acabara con la vida de Trotsky. Finalmente, la historia de Iván, el único personaje cubano, comienza en el año 2004, cuando muere su esposa, y de ahí retrocede 30 años para recordar el momento en el que conoció a Jaime López, “el hombre que amaba a los perros” (Padura, *El hombre* 26), en una playa ubicada al Este de la Ciudad de La Habana. Jaime López sería la identidad adoptada por Ramón Mercader durante las temporadas que vivió en Cuba tras salir de la cárcel en México en 1960.

La segunda parte de la novela sitúa ya a Trotsky en México, en compañía de Diego Rivera y Frida Kahlo. Mercader aparece entonces bajo la identidad de Jacques Mornard y los capítulos dedicados a él detallan la estrategia que sigue para acercarse a su futura víctima. Por su parte, la narrativa de Iván presenta los encuentros que este mantuvo con Jaime López en 1977, poco antes de que este último muriera, explicando la confianza que ambos se profesaron a pesar de su breve

amistad. Seis años después, Iván recibirá un sobre con manuscritos que López le había dejado al morir, y diez años más tarde, en 1993, recibe el libro que escribiesen sobre Mercader su hermano Luis y Germán Sánchez; con él se confirmarán las sospechas de que Jaime López y Ramón Mercader eran la misma persona.

La tercera y última parte de la novela, que lleva el título de Apocalipsis, solo consta de dos capítulos: el primero describe la vida de Mercader luego de concluir su misión asesina, y el segundo es contado por Dany, amigo de Iván y nuevo *alter ego* del autor, quien dará forma y edición final tanto a los manuscritos de Mercader como a los escritos de Iván, fallecido en uno de los derrumbes que son habituales en La Habana.

La historia de Trotsky está contada en tercera persona y es una reconstrucción del régimen estalinista a través de la experiencia de este político, que acabará cayendo en desgracia por sus diferencias con Stalin. Como se ha dicho unas líneas más arriba, esta línea narrativa comienza en 1929, cuando Trotsky es expulsado de Rusia, y termina con su asesinato en México en 1940. La historia de Mercader está también narrada en tercera persona y a través de su experiencia se considera la historia de la segunda República española (1931-39) y la Guerra Civil española (1936-39). A través de Mercader, y de su círculo más cercano, Padura considera de manera crítica la presunta radicalización y fragmentación de los grupos de izquierda en España. El narrador en tercera persona de estas historias (la de Trotsky y la de Mercader) se supone que es Iván, quien es el protagonista de la tercera línea narrativa y cuenta su propia historia en primera persona. Iván encarna a un intelectual suave que valora la vida sencilla, aunque lamenta la precariedad que se vive en la Cuba post soviética. En su recuento va rememorando su breve amistad con Ramón Mercader en una época en la que el proyecto revolucionario cubano tendió a la estalinización, lo cual tuvo graves secuelas sociales. Oficialmente esa época ha recibido el apelativo de “quinquenio

gris”, término acuñado por el crítico literario Ambrosio Fornet, quien lo situó entre 1971-1976 (18). Sin embargo, el periodo fue más amplio y así ha sido señalado por otros estudiosos, como Coyula Cowley, quien irónicamente habló del «trinquenio gris», extendiendo el periodo a 15 años (en Farber 81). El presente de Iván, desde el que recuerda y escribe, tiene lugar en la última década del siglo XX, durante el Periodo Especial en Cuba<sup>2</sup>. Es importante señalar que en ese momento el texto registra el éxodo marítimo de 1994, un dramático episodio del que la historiografía oficial cubana no se ha ocupado todavía hoy, implícitamente señalando la necesaria dimensión de archivo histórico del texto literario.

A pesar de ser una obra de ficción, la novela presenta con exactitud los periodos históricos en los que la trama se ubica. En Cuba, y por motivos ideológicos, la historia de Trotsky, su caída en desgracia y su muerte a manos de Mercader, ha sido poco difundida. La edición cubana de *El hombre que amaba a los perros* se agotó rápidamente y su recepción crítica en la isla, aunque favorable, fue muy escueta. Así, por ejemplo, Gina Picart señalaba que el escenario y la reconstrucción de los hechos demostraban el afán y compromiso periodístico del autor (129). Fuera del país, la crítica ha sido variopinta. Por un lado, se ha valorado la revisión histórica que Padura realiza de la represión del sistema cubano, así como la reflexión sociopolítica y existencial que la novela hace a través del personaje de Iván (Duprey, Farber, Machover). Sin embargo, dos de las figuras más importantes del campo intelectual cubano en la diáspora, Rafael Rojas y Antonio José Ponte, han vertido opiniones críticas. Rojas considera que la obra elude hablar de la presencia del trotskismo en Cuba y se acerca al estalinismo insular solo de una manera tangencial. Para Rojas,

---

<sup>2</sup> Luego de la desintegración de la Unión Soviética en 1991, Cuba pierde el subsidio económico que recibía de este país por lo que se abrió un periodo de crisis caracterizado por la disminución de productos alimenticios y recursos energéticos.

Padura acaba poniéndose del lado “del tabú, de los silencios y de la política de lo indecible que caracteriza a la opacidad oficial” (“Trotski y Cuba” 1267). Por su parte, Ponte reflexiona sobre el modo en que Padura aborda la realidad cubana con formulaciones superficiales que manifiestan el temor a señalar responsabilidades (s/p).

*El hombre que amaba a los perros* contiene estrategias literarias y de representación que proceden tanto de la ficción histórica como de la novela policial, entendida esta en el contexto del neopolicial latinoamericano, caracterizado por su tono social. El crimen que se va a producir es conocido de antemano por su relevancia histórica. La novela, a través de la reconstrucción histórica, intenta despejar la incógnita de por qué se produce. Padura deconstruye la historia oficial, burlando así la tradición de la novela policial revolucionaria, de la que hablaremos en breve, y, además, denuncia la situación del escritor dentro de la sociedad revolucionaria.

Como decíamos unas líneas más arriba, la historiografía cubana, así como otras disciplinas académicas, ha estado condicionada desde mediados del siglo XX por el discurso político. El estado socialista ha ejercido un férreo control sobre la producción de saber. En particular, la politización del discurso histórico ha hecho que la literatura haya abierto espacios historiográficos dentro de la ficción para poder representar eventos y experiencias que han afectado la vida de los cubanos, pero que no han sido reconocidos institucionalmente. Así pues, la novela histórica en Cuba combina la dimensión literaria (de ficción) con la histórica y la política, y abre un espacio necesario para recuperar experiencias que han sido negadas o invisibilizadas en el discurso historiográfico.

En su obra, Padura acentúa la decadencia ideológica que rige el sistema de gobierno cubano desde hace décadas, verbalizando el cansancio y la desesperanza que siente una buena parte de la

población debido a la ausencia de cambio político. La figura de Trotsky le sirve al autor para tratar un número de temas que apuntan a la descomposición del sistema revolucionario cubano. Por un lado, Trotsky fue un escritor que sufrió la censura, como tantos escritores e intelectuales cubanos. Por otro lado, también fue un militar que, luego de participar en diversos conflictos, como la Revolución de Octubre, fue borrado de la historia de su país, condenado al exilio y, finalmente, asesinado. Al final de la novela, en el apartado que lleva como título “Nota muy agradecida”, el autor puntualiza el momento en que empezó a escribir la obra: octubre de 1989, tras su visita a la casa de Coyoacán (México) en la que vivió y murió Trotsky. Ese año fue muy significativo para el pueblo cubano, no sólo por la caída del Muro de Berlín, sino también porque en el mes de julio se fusiló a cuatro militares de alto rango, acusados de alta traición a la patria. Conocido como “caso Ochoa”, apellido de uno de los hombres juzgados y sentenciados a muerte, este acontecimiento marcó a la sociedad cubana. Luego de un juicio sumarísimo y acusados de narcotráfico, uno de los delitos más graves para el sistema revolucionario, el general Arnaldo Ochoa Sánchez, el coronel Antonio de la Guardia Font, el mayor Amado Padrón Trujillo y el capitán Jorge Martínez Valdés fueron fusilados el 13 de julio de 1989. Otros 10 militares recibieron condenas de entre 10 y 30 años de privación de libertad. Martín Sevillano argumenta que esta sentencia se percibe en el país como una de las medidas puestas en práctica “para evitar la descentralización del poder y el posible derrumbe del sistema monopartidista y totalitario” (*Sociedad* 52).

Teniendo todo lo anterior en cuenta, el presente trabajo indagará sobre cómo el texto literario, a través de la figura y de las experiencias de un personaje no histórico, Iván, va reconstruyendo la historia de Cuba durante los años 70 y 80, apuntando a la estalinización del régimen castrista y al desencanto de quienes lo habían apoyado inicialmente, entre ellos muchos intelectuales y escritores. Es la hipótesis de este trabajo que la reconstrucción histórica de la vida

de Trotsky y de Mercader sirve para dar una proyección histórica a una vida que en principio podría parecer poco extraordinaria, la de Iván. En este sentido, el texto de Padura revisita la historia de la política europea del siglo XX a través de la figura de Trotsky y proyecta, con la historia de Iván, una historia aún no contada por el discurso historiográfico: la de la Cuba de la segunda mitad del siglo XX. La vida de Iván, como la de Trotsky y la de Mercader, estará marcada por la radicalización política y la implantación del autoritarismo estatal. Padura explora aquí el desencanto de una generación, a la que él pertenece, que creyó en las posibilidades regeneracionistas de un régimen, pero acabó sufriendo su institucionalización y deriva totalitaria. En segundo lugar, el trabajo considerará cómo la literatura elabora la historia y da volumen a eventos que han sido silenciados o registrados de manera escueta en el discurso historiográfico.

## **1.2. La novela histórica en América Latina y en Cuba**

*El hombre que amaba a los perros* se apoya en una importante tradición de novela histórica latinoamericana, estudiada con rigor por Seymour Menton, quien entiende que la novela histórica es aquella “[...] cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente, en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (32). A semejanza de su equivalente europea, la novela histórica latinoamericana recupera el pasado con una nueva mirada —la del presente—. Sin embargo, y a diferencia de las obras europeas, en Latinoamérica esa mirada no es nostálgica (Pons, *Memorias* 87) y está marcada por su intencionalidad, pues no solo reconstruye el pasado, sino que proyecta un determinado futuro.

Las graves crisis políticas que se desarrollan en Latinoamérica a partir de los años cincuenta del siglo XX están en la base de un nuevo tipo de novela histórica que varios críticos, como

Seymour Menton, han optado por denominar “Nueva Novela Histórica” (29). Esta nueva novela histórica despliega una serie de estrategias literarias que son propias de la novela contemporánea, como el juego, la distorsión o la parodia, la metaficción y la intertextualidad. Además de la ficcionalización de personajes históricos, en *El hombre que amaba a los perros* convergen en particular la intertextualidad, la distorsión y la metaficción. La intertextualidad se presenta a través del uso de textos históricos que van dando forma a la historia, especialmente en lo que se refiere a Trotsky. A través del personaje de Iván se presentan de manera distorsionada (oblicua) ciertos episodios históricos. Finalmente, Iván, como narrador, reflexiona sobre el proceso de escritura y de montaje de manuscritos: a medida que avanzamos en la lectura vamos conociendo las peripecias del narrador, primero para lograr identificar al desconocido que conoce en una playa habanera y, luego, para buscar información sobre Trotsky. De esta forma se nos narra cómo se ha ido conformado esta historia a lo largo de muchos años.

En consonancia con otras obras clasificadas por Menton como Nueva Novela Histórica, los personajes históricos de la novela de Padura no solo sirven para representar el pasado, sino para sugerir una visión del presente (Menton, *Novela* 45-6). La obra de Padura realiza una relectura de la historia política de la Europa de la primera mitad del siglo XX para abordar de forma velada acontecimientos de la Cuba post revolucionaria, algunos de los cuales no han sido recogidos por la historiografía oficial por motivos ideológicos. Menton también señala el tono de denuncia que subyace en buena parte de las obras consideradas como Nueva Novela Histórica (“La guerra” 811). Padura parece estar denunciando la deriva totalitaria y violenta de los movimientos de izquierda (incluida la Revolución cubana), aunque, tal y como sugieren Rojas y Ponte, la denuncia puede resultar tibia.

Al considerar la manifestación de la novela histórica en Cuba, observamos que esta jugó un papel significativo en la toma de conciencia identitaria durante el siglo XIX. Ya en una de las primeras novelas históricas, *Matanzas y Yumurí* (1837) de Ramón de Palma, se expresa la ambigua relación entre la literatura, la identidad y la historia. Varios escritores del siglo XIX, como Domingo del Monte, José María Heredia y Manuel de la Cruz, trazaron “las huellas de una literatura buscando su idiosincrasia en la historia” (Bouffartigue 489). Sin embargo, y salvo contadas excepciones, la novela histórica no se trabaja en el campo literario cubano de la primera mitad del siglo XX. Es en 1949, con la publicación de *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, cuando aparece una novela histórica que, por sus características, revoluciona la narrativa cubana (Bouffartigue 497-499).

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 abre en la literatura latinoamericana un periodo de producción de novela histórica. Los ideales de este movimiento sirvieron como fuente de inspiración a muchos autores latinoamericanos, quienes vieron en Cuba un modelo a seguir. Sin embargo, en Cuba, y con la excepción de algunas novelas de Carpentier, la novela histórica estuvo prácticamente ausente, pese a que los eventos que se sucedieron en aquellos años marcan profundamente la historia del país y su producción literaria. Por ejemplo, el internacionalismo militar cubano, la muerte del Che Guevara, el apoyo de Fidel Castro a la invasión de Checoslovaquia en 1968 o los acontecimientos que rodearon al “caso Padilla”<sup>3</sup> están implícitos en la visión épica y totalizante de la historia de Cuba que se presenta en ese momento en el texto literario. Un ejemplo de esto sería la novela *Los niños se despiden* (1968) de Pablo Armando Fernández (Menton, “La novela” 926), quien fuera un autor institucional del campo cultural

---

<sup>3</sup> Después de ser premiado en 1967 por su libro *Fuera de juego*, Heberto Padilla sufre una campaña de acusaciones en la que se le acusa de contrarrevolucionario. En 1971 fue detenido y obligado a retractarse públicamente, hecho que recuerda los procesos estalinistas (Martín Sevillano, *Sociedad* 25).

cubano de la segunda mitad del siglo XX. De manera similar, autores como Lisandro Otero o Julio Travieso produjeron obras en las que ficcionalizaban la Guerra de los Diez Años o Guerra Grande (1868-1878), la primera de las guerras independentistas cubanas. No obstante, es Carpentier quien publica un número de novelas históricas que están entre las más representativas de la literatura latinoamericana. Así, por ejemplo, en *El siglo de las luces* (1962) la historia cubana del momento se proyecta a través de la Revolución francesa de 1789; en *El arpa y la sombra* (1979) se desmitifica el pasado y, en particular, la figura de Cristóbal Colón. En estas novelas, el presente (el contexto de la Cuba antiimperialista y socialista) está implícito en cómo se aborda el pasado.

Con todo, la producción de la novela histórica en Cuba es limitada y responde a las nuevas directivas que regían el sector de la cultura desde la década del 60 y que imponían el compromiso con el proyecto político revolucionario. En 1961, Fidel Castro advertía a los intelectuales de que “dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada” (en Martín Sevillano, *Sociedad* 22), marcando de manera estricta la política cultural del país a partir de ese momento (*Íbid.*). De ahí que las novelas que se publicaron en esos años representaran el dogma revolucionario. Un ejemplo sería *La consagración de la primavera* (1978) de Alejo Carpentier, obra en la que la primavera representa el optimismo de los hombres liderados por Fidel Castro. Lo mismo sucede con la novela de César Leante *Los guerrilleros negros* (1976)<sup>4</sup>, en la que el autor registra la vida de un cimarrón en el siglo XIX, respondiendo así a la demanda política oficial que priorizaba el reconocimiento de los orígenes africanos de la nación cubana. Significativamente, es necesario decir que otras novelas históricas, como *El mundo alucinante* (1969) y *La loma del ángel* (1987) de Reinaldo

---

<sup>4</sup> En 1982, esta novela fue editada en España con el título *Capitán de cimarrones*. La modificación se debe a la salida del autor de Cuba. Menton plantea que esta variación en el título refleja el cambio de ideología (“La novela” 918).

Arenas, no fueron publicadas en Cuba por motivos ideológicos que afectaban tanto a la figura del autor como al contenido de las obras.

El género más prolífico de la Cuba de las primeras décadas revolucionarias fue el policial, fomentado desde 1972 por el concurso Aniversario de la Revolución, auspiciado por el Ministerio del Interior y que garantizaba la publicación de las obras premiadas. Durante varios años este tipo de novela se dio a conocer como “novela policial revolucionaria” y, entre las décadas del 70 y el 80, constituyó uno de los géneros privilegiados por la política editorial del país (Padura, “Modernidad” 46). Se caracterizaba por representar de manera dicotómica el combate entre la Revolución cubana y sus enemigos. En estas novelas los detectives/policías defienden la razón revolucionaria y son apoyados por las organizaciones populares; el criminal no es el enemigo de la víctima, sino del pueblo y del estado. *La ronda de los rubíes* (1973), de Armando Cristóbal Pérez, ha sido considerada la novela que marca el punto de partida de este género, hoy poco recordado. Una de las obras más representativas es *El cuarto círculo* (1976), de Luis Rogelio Noguera y Guillermo Rodríguez Rivera. El género fue claramente un instrumento de propaganda ideológica que produjo obras repetitivas en las que la policía encarnaba los ideales de justicia revolucionaria y los criminales eran enemigos políticos. A mediados de los 80 empiezan a aparecer obras policiales que cuestionan ese paradigma y, paulatinamente, y en particular con la crisis del Periodo Especial, el género se reformula en el neopolicial, mostrando características que comparten novelas publicadas en toda Latinoamérica (Nogueraol Jiménez 11).

Leonardo Padura es el máximo exponente del neopolicial cubano y ha logrado con su obra enterrar la novela policial revolucionaria. Nogueraol Jiménez señala que el género “(...) neopolicial privilegia el reflejo del contexto social y, como consecuencia deja el misterio por resolver en un segundo plano” (7). Esto es efectivamente lo que sucede en *El hombre que amaba a los perros*, en

que la resolución del crimen queda en un segundo plano. Sin duda el asesinato de Trotsky es uno de los crímenes más célebres del siglo XX y, por ende, el desenlace (cómo se produce el crimen y la identidad del asesino) no supone ningún misterio. Por otra parte, el autor se concentra en la reconstrucción de la historia y al hacerlo abre un espacio de historiografía dentro de la ficción, recuperando episodios históricos cruciales, como la persecución de los homosexuales o los éxodos migratorios. En una sociedad que se ha visto condicionada por un régimen político totalitario este tipo de narrativa compensa las deficiencias de su historiografía oficial porque expone la historia que ha sido opacada o parcializada. En *El hombre que amaba a los perros* el autor recurre frecuentemente al discurso oficial, utilizando la biografía de León Trotsky escrita por Isaac Deushter<sup>5</sup> y documentos de los archivos de Moscú. El acceso a estos datos le permite a Padura realizar una revisión de la historia del comunismo y subrayar la corrupción de lo que había sido un proyecto utópico. La obra ofrece una visión más amplia de la historia del comunismo y de la radicalización de este proyecto político en Cuba. Por un lado, al referirse en el primer capítulo de la novela a los postulados de Francis Fukuyama sobre “el fin de la historia” (Padura, *El hombre* 24), el escritor confirma su interés por profundizar en las superficialidades del discurso histórico. Por otro lado, a través de la historia de Iván, que corre de manera paralela a la de Trotsky y Mercader, Padura proyecta una crítica sobre los sucesos que tuvieron lugar en Cuba durante la década de 1970. De ahí que sea tan pertinente la cita inicial con la que abre la novela: “La vida es más ancha que la historia”, del historiador español Gregorio Marañón. La novela indagará en las vidas de Trotsky y Mercader para dar más volumen al estalinismo de estado en Cuba.

---

<sup>5</sup> Nos referimos a *El profeta armado* (1954), *El profeta desarmado* (1959) y *El profeta desterrado* (1963); el personaje de Iván hace alusión al libro *El profeta exiliado* (Padura, *El hombre* 324).

## II. La historia y la historiografía como problema en *El hombre que amaba a los perros*

El pasado es una noción que alude a todo lo que tuvo lugar en un momento temporal previo y, generalmente, alejado del presente; esta categoría es construida y narrativizada en el discurso de la historiografía: “la historia no es más que lo que los historiadores hacen de él [del pasado] cuando se ponen a trabajar” (Jenkins 9). Para comprender la historia es necesario tener en cuenta que en su construcción subyace una epistemología, una metodología y, necesariamente, una ideología también. La epistemología establece la parcialidad del discurso histórico puesto que ningún informe puede rescatar el pasado como tal, ya que este no ha sido una crónica ni un conjunto de datos, sino una situación o un acontecimiento sin linealidad. Los historiadores han encontrado métodos de representación con los que delimitar la interpretación; Jenkins señala que el uso de una metodología no establece necesariamente una verdad. La ideología del historiador, de su medio y de su tiempo se filtra y hace de toda historia una construcción ideológica. De ahí que quienes tienen acceso a la producción de la historia la reelaboren y reorganicen en función de sus intereses. Si bien toda noción presente del pasado parte de una interpretación, la subjetividad se presupone ausente en la narrativa histórica y para ello se establece una metodología que presuntamente la evite. Así, la historia se entiende como un discurso en el que el yo que lo produce se ha autoeliminado. Evidentemente, esto es problemático puesto que todo estudio del pasado está posicionado, siendo por fuerza interpretativo y necesariamente satisfactorio para el sujeto que lo realiza (Jenkins 15-25).

Si consideramos que la escritura del pasado realizada por los historiadores está influenciada por las posiciones ideológicas de estos e insistimos también en que la historia está sujeta a la deconstrucción, aceptando que del pasado pueden existir tantas especulaciones como del presente,

entonces las grietas de toda construcción histórica serán una parte consustancial de la misma. La historia se convierte en un discurso que se acerca al pasado desde una determinada posición del presente para identificar y organizar la información respondiendo a las coordenadas que limitan esa posición original, que es el lugar donde la historia comienza y termina (Jenkins 86). La postmodernidad ha cuestionado enfáticamente la construcción del discurso histórico, por lo que no es de extrañar que en las últimas décadas hayan proliferado géneros literarios en los que se renueva la naturaleza y la labor histórica (Jenkins 82), como sería el caso de la Nueva Novela Histórica latinoamericana.

Noé Jitrik argumentó que la producción de la novela histórica latinoamericana respondía a la necesidad que tienen los intelectuales de reposicionarse frente a importantes acontecimientos históricos. Esto tiene sentido en el contexto de la literatura latinoamericana, que durante décadas se centró en la reflexión sobre la identidad nacional, en especial en periodos de transformaciones radicales. El pasado se convierte en un espacio en el que encontrar ciertos datos que permitan esclarecer interrogantes del presente (Jitrik 17). La escritura de *El hombre que amaba a los perros* se relaciona con la desaparición del campo socialista en la Europa del Este, que fue sin duda un momento histórico de transformación radical y con importantes consecuencias para Cuba.

Jitrik señala que en la novela histórica existe un pacto de coexistencia entre la verdad, que estaría presumiblemente presentada por el contenido histórico, y la mentira, o contenido ficcional. Sin embargo, este acuerdo es frecuentemente fallido porque una combinación perfecta entre estos dos términos antagónicos es imposible. No obstante, Jitrik insiste en que la novela histórica deja ver aspectos de la verdad que quedan ocultos en estudios historiográficos (11), argumento que nos guía en este trabajo sobre la obra de Padura.

La novela histórica latinoamericana se caracteriza por representar personajes públicos que han tenido una especial relevancia en periodos clave de la historia de la región. La recepción de este tipo de novela parte siempre de una interrogante sobre la historicidad (la verdad) de lo que narran, por lo que la credibilidad de los protagonistas es un aspecto de la representación literaria que el autor debe trabajar con habilidad. Si el personaje está bien desarrollado psicológicamente la lectura se realiza como corroboración, mientras que un personaje cuestionable produce dudas en la recepción del texto como discurso histórico. Esta construcción literaria del personaje es denominada por Jitrik el “referido” (49). Por otra parte, la novela histórica debe incorporar el conocimiento general que del pasado tiene el lector a quien se dirige la obra; a este conocimiento Jitrik lo denomina “referente” (Jitrik 47-9).

La construcción de los personajes históricos de *El hombre que amaba a los perros* está basada en datos extraídos de los archivos de Moscú, ya que en Cuba Trotsky fue un personaje histórico silenciado sobre el que no había información. Estos datos son reformulados y ficcionalizados hasta cierto punto en la creación literaria. En nuestro análisis examinaremos cómo los personajes históricos de *El hombre que amaba a los perros* presentan un desarrollo psicológico que ayuda o no a ratificar los datos de archivo (la historia). Al mismo tiempo, tendremos en cuenta cómo los acontecimientos históricos que atraviesan la historia personal de Iván, un personaje de ficción, resultan ambivalentes y hacen que la construcción de este personaje no sea del todo satisfactoria literariamente. Jitrik sostiene que una “mayor cercanía respecto de la ubicación temporal del referente retira algo de pesadez histórica” (68), mientras que “la mayor distancia acentúa la pesadez de lo histórico, lo cual implica paradójicamente menores posibilidades de transformación del referente” (*Ibid.*). En la novela de Padura el peso del archivo se hace frecuentemente evidente en los capítulos dedicados a Trotsky y a Mercader, en los que suele haber

un vertido demasiado directo de los datos históricos y una ficcionalización precaria que resta fluidez a la lectura.

Resulta relevante traer hasta aquí las ideas de Julia Kristeva, para quien “todo texto se arma como un mosaico de citas; todo texto es la absorción y la transformación de otro” (en Menton, *Novela* 44). Padura reconstruye a los personajes históricos a través de una absorción documental y libresca que en ocasiones se hace demasiado evidente, mientras que el personaje de ficción, Iván, resulta una proyección del autor o de sus contemporáneos, de ahí que la narrativa en los capítulos dedicados a él sea mucho más ligera. A través de este personaje, Padura realiza una crítica a la represión sufrida en Cuba por muchos intelectuales, escritores y artistas; el propio Padura fue expulsado por cuestiones ideológicas de *El Caimán Barbudo*, una de las revistas culturales más importantes de la segunda mitad del siglo XX en Cuba. A partir de entonces solo pudo colaborar en *Juventud Rebelde*, una publicación menor y altamente ideologizada, y fue enviado a las campañas bélicas que Cuba mantenía en África (Domínguez s/p), algo que puede sin duda entenderse como un castigo.

Padura recuerda y representa en su novela sucesos que tuvieron lugar en Cuba a finales de la década del 70, uno de los momentos más represivos de la historia cubana reciente que coincide con el ingreso del escritor en la Universidad de La Habana. Es esa etapa la que parece inspirar la creación del personaje de Iván, pues durante esa época no era raro que se expulsara de la institución a estudiantes y profesores en función de su orientación sexual y religiosa.

En medio de todas aquellas efervescencias nos [enteramos] de que dos de los maestros de la universidad habían sido suspendidos de su trabajo docente por haber confesado que profesaban creencias religiosas (...) Más tarde, que otras dos profesoras resultaran

definitivamente expulsadas por su preferencia sexual «invertida», no nos alarmó demasiado. (Padura, *El hombre* 101)

El uso de datos familiares para un lector cubano se evidencia a través de todos los capítulos dedicados al personaje de Iván. Sin embargo, existe un número de experiencias de la realidad social cubana que se proyectan de manera indirecta a través del recuento de la historia de Rusia. El siguiente pasaje, en el que Padura narra las prácticas políticas de la Rusia revolucionaria, puede al mismo tiempo conectarse con lo que sucede en Cuba en el último cuarto del siglo XX.

(...) habían decidido aprovechar el tiempo y se dedicaron a liquidarlo de la historia y de la memoria, que también había pasado a ser propiedad del Partido: la edición de sus libros, justo cuando alcanzaba el tomo vigésimo primero, había sido suspendida (...) empezó a ser borrado de recuentos históricos, homenajes, artículo periodísticos, incluso de fotografías, hasta hacerlo sentir cómo se iba convirtiendo en nada absoluta. (*Ibid.* 31)

Padura presenta implícitamente una versión velada de la historia de Cuba a propósito de la de España y Rusia, que son explicitadas y construidas a través de un archivo histórico, mientras que la primera tiene como base su experiencia personal. Es a través de Trotsky y de sus vivencias que la novela aborda los silencios historiográficos en Cuba, así como el legado soviético y del comunismo en el país. En ese sentido, el contenido político de la novela es innegable. La obra resulta un ejercicio de documentación y registro de una historia no contada en la que se presentan de manera paralela versiones antagónicas: “[y] muy pronto descubrí que mi intención de entender la vida de Ramón Mercader implicaba tratar de entender también la de su víctima, pues aquel asesino únicamente estaría completo, como verdugo y como ser humano, si lo acompañaba el

objetivo de su acto, el depositario de su odio y del odio de los hombres que lo indujeron y armaron” (*Ibid.* 545).

A través del narrador, *alter ego* del autor, se intenta explicar la perversión de una utopía que atrajo a los intelectuales en un inicio, pero que terminó generando un cúmulo de decepciones. La interrelación entre el pasado y el presente que realiza el autor tiene como objetivo cuestionar, y tratar de entender, cuáles han sido los errores del pasado que influyen en el presente.

El problema clásico de la representación literaria es especialmente importante en la novela histórica, que Jitrik considera un “coagulado fundamental de la representación” (55). Como hemos dicho, la novela histórica, y la que analizamos aquí en concreto, presenta dos tipos de representación, una ficcional y otra histórica. A través de la ficción el autor presenta sucesos no abordados oficialmente; dentro de las narrativas históricas, este componente facilitará la familiarización “con los acontecimientos que han sido olvidados, ya sea por accidente, desatención o represión” (White, *El texto* 118). En concreto, Padura produce un texto que informa sobre una serie de acontecimientos traumáticos de la historia post revolucionaria.

Por medio del personaje ficticio de Iván, Padura refiere una historia que parte del presente, de la realidad de Cuba en la última década del siglo XX, para retroceder a la década de 1920. Al referirse a los hechos de la historia de Rusia, haciendo énfasis en los años 30, el autor establece una conexión entre los acontecimientos de la Cuba revolucionaria (a partir de 1960) y la Rusia del estalinismo soviético. Esta zona de confluencia repercute en la representación y recepción de eventos y personajes, aspecto en el que se centrará nuestro análisis.

Ficción e historia implican por tanto dos modos representacionales que podemos percibir también a nivel lingüístico en función de características gramaticales y léxicas (White, *Ficción* 58). En el caso de la representación ficcional, la novela de Padura hace uso de un narrador en

primera persona y de un lenguaje familiar, mientras que en la representación histórica se implementa la tercera persona narrativa y el lenguaje es más formal. Dentro de las novelas históricas, el recuento en primera persona denota un acercamiento, mientras que la utilización de la tercera persona produce un distanciamiento (Jitrik 80). En *El hombre que amaba los perros* los hechos narrados en primera persona le son familiares al autor y forman parte de sus vivencias o de las de sus coetáneos. En cambio, el uso de un narrador en tercera persona y su lenguaje formal revelan que la historia de Rusia es solamente eso para el autor, historia, no tiene una dimensión vivencial. Los personajes históricos de *El hombre que amaba a los perros* resultan incompletos psicológicamente debido a la ausencia de su internalización de los eventos históricos.

El texto de Padura reflexiona de manera crítica sobre un periodo histórico sobre el que, sin embargo, no se presentan todos los datos existentes. La omisión es una zona problemática de la novela y afecta especialmente a cómo se cuenta la vida de Iván. Sin embargo, Jenkins considera que en las grietas de lo que se refiere y se calla asoma una historia oculta (84) y así sucede en *El hombre que amaba a los perros*. Para el autor la explicitación de sucesos históricos recientes pudiera ser problemática, puesto que reside en Cuba, país en el que existe no solo la censura sino la represalia política. Rafael Rojas sostiene que un intelectual crítico en Cuba hoy solo puede situarse “en la marginalidad, la disidencia o el presidio” (*Tumbas* 39), que son posiciones que muchos intelectuales, artistas y escritores cubanos han sufrido en las últimas décadas. Por otra parte, el trabajo de los historiadores cubanos ha sido controlado y delimitado por parámetros políticos desde la década de 1960. Si bien los historiadores no pueden abarcar en su totalidad el pasado, durante los últimos sesenta años no se les ha permitido tampoco realizar un registro que no incluyera la variable política. Jitrik señala que la novela histórica indaga en momentos que han

sido silenciados (15), como hace Padura en su obra. Para sortear la censura y la problemática política, el autor recurre a un número de símbolos.

Efectivamente, en la novela se hace uso de un lenguaje figurativo, especialmente en la representación de la historia de Rusia, la cual muestra grandes semejanzas con todo lo acontecido años después en Cuba. Las similitudes que se establecen entre los dos países, el reflejo de una historia dentro de la otra a través de analogías, hace que estemos en presencia de una metáfora, estrategia frecuentemente utilizada en la novela histórica (White, *El texto* 134; Jitrik 84). Sin embargo, el autor no puede abordar libremente esas temáticas y, por lo tanto, recurre a la creación de imágenes y a la asociación de ideas. Hayden White señala que este recurso de la novela histórica resulta en un símbolo que no se acompaña de descripción, pero que sirve de guía al lector para encontrar las imágenes compiladas dentro de su memoria (*El texto* 126). Un ejemplo lo encontramos en uno de los episodios que marca la vida de Trotsky: el suicidio del poeta Vladimir Maïakovski en el año 1930. Con relación a este hecho, el narrador nos dice:

Algo demasiado maligno y repelente tenía que haberse desatado en la sociedad soviética si sus más fervientes cantores comenzaban a dispararse balazos en el corazón, asqueados ante la náusea que les provocaba la mierda petrificada de su presente. Aquel suicidio era, bien lo sabía Liev Davidovich, una dramática confirmación (...) de que los últimos rescoldos del matrimonio de conveniencia entre la Revolución y el arte se habían apagado. (Padura, *El hombre* 69-70)

Es imposible desvincular este suicidio del que cometiera años más tarde, en 1980, Haydée Santamaría, revolucionaria próxima a Fidel Castro. Vladimir Maïakovski y Haydée Santamaría

fueron dos fervientes defensores de la Revolución, la rusa y la cubana, respectivamente, pero terminaron vencidos por la decepción ante el rumbo que adoptaron los gobiernos que habían apoyado con tanta ansia. Haydée Santamaría participó en la lucha clandestina contra la dictadura de Fulgencio Batista. Además, formó parte del Movimiento 26 de julio en 1955 y, años más tarde, luego del triunfo de la Revolución cubana, fundó la Casa de las Américas<sup>6</sup>. El suicidio ha sido una salida desesperada a un conflicto interno y político insoslayable; en Cuba, otro caso notable fue el de Osvaldo Dorticós, quien presidiera el gobierno de la república desde el triunfo de la Revolución hasta 1976.

En la representación de los personajes de la novela de Padura se percibe la exaltación del sujeto histórico frente al personaje de ficción. El énfasis realizado sobre el periodo estalinista y su represión opera como cuestionamiento de sucesos similares acontecidos en Cuba y que no han sido registrados ni considerados en profundidad. El hecho de camuflar acontecimientos cubanos dentro de la historia de Rusia hace que la novela de Padura sea una aglomeración de silencios. La historia post revolucionaria cubana se ha caracterizado por un mutismo que está implícito también en la narrativa de Padura (Rojas, “Trotsky” 1268). En *El hombre que amaba a los perros* el narrador introduce comentarios políticos muy superficiales y la narrativa no acaba de presentar una crítica que sería lógica en función de los acontecimientos narrados. Rafael Rojas comenta al respecto que la novela de Padura: “logra decir sin decir o diciendo oblicuamente, reconstruyendo la historia del estalinismo, de sus crímenes contra Trotsky el primer bolchevismo y la oposición de izquierda, sin implicar directamente el capítulo cubano de esa trama a pesar de que su *leitmotiv* sea la residencia de Ramón Mercader en La Habana” (*Ibid.*).

---

<sup>6</sup> Esta institución cultural fue fundada en 1959 con la intención de divulgar toda creación artística producida dentro de la América Latina y el Caribe y, al mismo tiempo, impulsar el intercambio con instituciones de cualquier lugar del mundo.

Este decir sin decir se ejemplifica en los pasajes de la novela que abordan la estancia de Mercader en La Habana. En ellos está implícita la crítica a un sistema que acoge y protege a asesinos de estado, facilitándoles comodidades, como un chofer que se convierte también en personaje de la obra, pero la estancia de Mercader en Cuba en la obra es un misterio no resuelto porque nunca se revela por qué está allí.

En una ocasión en que le pregunté qué trabajo hacía en Cuba para tener carro nuevo y la posibilidad de un chofer, Jaime López [Mercader] apenas me dijo que era asesor de un Ministerio y cambió de inmediato de tema. Y cuando quise saber dónde vivía, eludió la respuesta diciendo « del otro lado del río », una dirección imprecisa que no hubiera dado ningún habanero, pues el infecto río Almendares hacía años que no era referencia de nada ni para nadie. (Padura, *El hombre* 169)

De esta forma el autor elude respuestas que sin lugar a duda conoce. Al camuflarse en silencios, Padura calla, quizá para evitar una situación política conflictiva.

Otro ejemplo de cómo la novela revisita el estalinismo para sugerir su legado en el Caribe es la descripción de los juicios sumarios que Trotsky escuchaba en la radio, ya que el lector cubano puede relacionarlos con eventos similares sucedidos en Cuba y que no han sido abordados por los historiadores del país. Así, el narrador describe el sentir de Trotsky de la siguiente manera:

Cuando oyó dictar aquellas sentencias, Liev Davidovich sintió cómo lo envolvía una gran tristeza por el destino de la Revolución (...) [Q]uizás muchos ingenuos y fanáticos creyeron algo de lo que se había dicho durante el proceso. Pero las personas con un mínimo de inteligencia tendrían que admitir que prácticamente cada palabra pronunciada allí era falsa y se había utilizado esa mentira para asesinar a trece revolucionarios. El juicio y la

ejecución de aquellos comunista se convertiría, por los siglos, en un ejemplo único de la historia de la injusticia organizada y una novedad en la historia de la credibilidad. (*Ibid.* 211)

Al leer este fragmento, el lector cubano de una cierta edad o un lector internacional con conocimientos de la historia reciente de Cuba vería una alusión velada a los juicios sumarios que también han tenido lugar en la Cuba revolucionaria.<sup>7</sup> Existe efectivamente en la novela de Padura una dimensión implícita que solo es accesible para un determinado tipo de lector.

Al abordar los juicios sumarios del estalinismo ruso, Padura abre un espacio de cuestionamiento efectivo puesto que su *locus* de enunciación es el de una nación que asumió un modelo de gobierno afín al ruso y puesto que la trama de la novela se desarrolla a través de una estructura trazada por paralelismos y cruces entre la historia de Rusia, Cuba y España. Sin embargo, Padura deja este espacio vacío. Dentro del fragmento al que hemos hecho alusión se cuestionan a través de Trotsky las arbitrariedades e injusticias realizadas en nombre de una ideología, pero en ningún momento esto se aplica directamente a eventos o personajes cubanos. De nuevo, el tono del narrador, impregnado de decepción, sugiere su posición frente al estalinismo cubano, pero no lo explicita como sí lo hace con el caso ruso.

Los acontecimientos que Padura elige representar sobre la historia de Rusia, y que se van engarzando al hilo de la representación de la figura de Trotsky, aluden de manera implícita a hechos sucedidos en la Cuba revolucionaria. Entre estos destacarían la institucionalización de métodos de tortura y la creación de campos de trabajo forzado —denominados Unidades Militares

---

<sup>7</sup> Huber Matos condenado a 20 años de prisión en diciembre de 1959; Enrique Copello Castillo, Bárbaro Sevilla García y Jorge L. Martínez Issac, fusilados en abril de 2003, además de los 75 condenados en la Primavera Negra de 2003.

de Ayuda a la Producción (UMAP)—, las declaraciones públicas de arrepentimiento de presos políticos (presuntamente voluntarias, pero de hecho forzadas por las autoridades políticas y militares), la caída en desgracia de mandos políticos y militares, etc.... El lector informado asociará casi mecánicamente lo sucedido en Rusia con lo sucedido en Cuba, quizá preguntándose por qué la novela abunda en silencios y, de hecho, cómo esos silencios acaban convirtiéndose en un interrogante que se vuelve sobre el propio autor. A través del personaje de Iván, la novela retoma algunos acontecimientos políticos que apuntan al estalinismo de estado cubano, pero esas problemáticas, como los flujos migratorios o la persecución de los homosexuales, no solo habían sido presentadas en novelas previas del autor, sino que habían sido abordadas inicialmente por otros autores a principios de los años noventa. Antes de que Padura escribiera novelas como *Máscaras*, la generación posterior a la suya, los denominados Novísimos, cuestionaron en relatos breves temas de alcance político que fueron luego asumidos por el discurso político como errores (Martín Sevillano).

### **2.1. Reflexión teórica: memoria, historia y silencio.**

Fernando Aínsa señala que en la novela histórica existe un deseo de conciliar el pasado común de la nación con la experiencia individual de los sujetos, de ahí que sea un género plural e incluso contradictorio en cuanto a su factura y discurso, en el que la historia se reconstruye y/o deconstruye (“La reescritura”<sup>13-17</sup>). En este sentido, Grützmacher considera que existen fuerzas encontradas en la novela histórica: una fuerza centrípeta que dirige el discurso hacia una reproducción fidedigna del pasado, y una fuerza centrífuga que se relaciona con la “crisis del concepto de la verdad [y] esta fuerza se expresa en la deconstrucción de cada discurso que tenga pretensiones de ser una reconstrucción verdadera del pasado” (149).

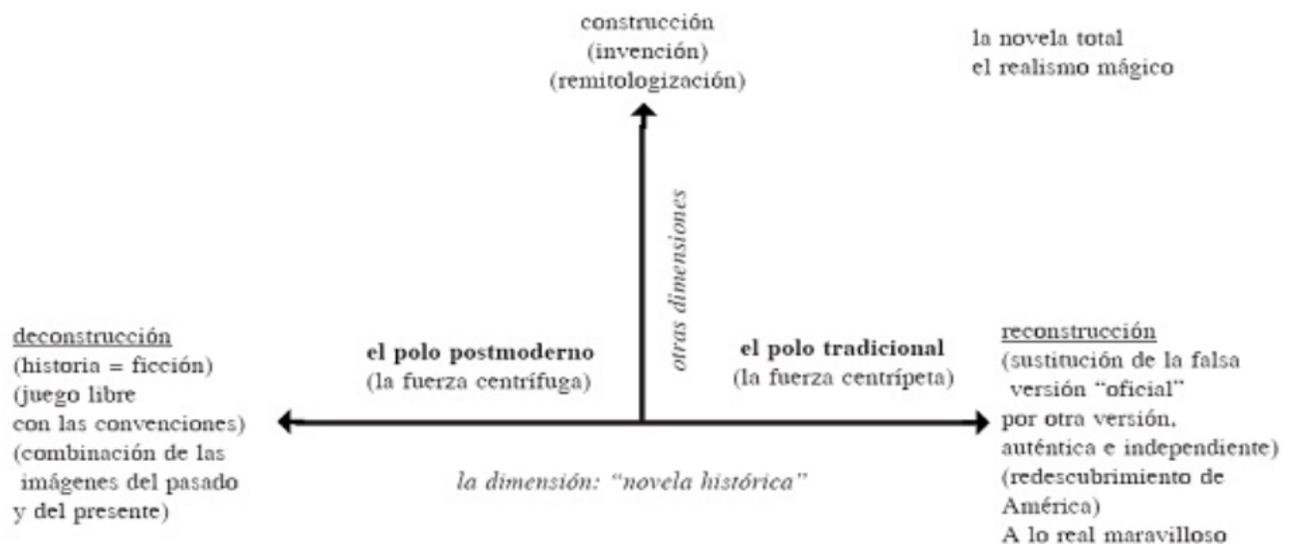
Elzbieta Sklodowska define estas fuerzas de la siguiente manera:

La primera -centrípeta- es la que lleva a la novela a preservar el modelo estructurador/totalizador de un discurso homogéneo (realista o mítico), a la vez refuncionalizándolo con el objetivo de “contestar con la verdad a las mentiras.” La segunda fuerza -centrífuga, auto-reflexiva, metaliteraria- convierte a la novela en “un objeto irreverente de su propia teleología.” (29)

*El hombre que amaba a los perros* es una novela histórica que participa de esta tensión señalada por la crítica. La reconstrucción del pasado se realiza a través de un número de importantes personajes históricos, en particular de León Trotsky, lo que es propio de la novela histórica tradicional. Esta reconstrucción se compone de piezas que definen figuras históricas, como la del político ruso, que han sido opacadas y tergiversadas dentro del discurso oficial de Cuba, presentando así personajes históricos prácticamente desconocidos para la audiencia cubana. Por otra parte, la deconstrucción de la historia es establecida a través del personaje cubano, Iván, que encarna la generación nacida con el medio siglo. En esta última línea narrativa el pasado y el presente alternan y se van señalando aspectos de la historia post revolucionaria, aún llena de silencios y controlada por el discurso político. Al mismo tiempo, se combinan dos modos de contar la historia. Por un lado se utiliza el modo tradicional en el que se reconstruye la historia —movimiento centrípeta— y, por otro, se utiliza el modo postmoderno que deconstruye la historia —fuerza centrífuga. Esta combinación de modos hace que la novela histórica se convierta en una forma simbólica que busca resolver contradicciones y dar respuestas a situaciones del presente, generando así “silencios, incoherencias y fisuras que delatan la conflictividad del referente socio-histórico” (Pierre Macheray en Sklodowska 26).

En la novela de Padura podemos apreciar cómo el movimiento centrípeto, al igual que en otras novelas históricas de corte tradicional, cuestiona la veracidad de ciertos datos y versiones de la historia oficial. Por su parte, el movimiento centrífugo se centra en la deconstrucción de la historia post revolucionaria (ver tabla 1). En este sentido, la obra de Padura no obedecería totalmente las delimitaciones que Menton establece para la Nueva Novela Histórica porque buena parte de la acción no se ubica en un tiempo pasado no experimentado por el autor. La obra revisa el pasado, pero también construye un pasado reciente que no ha sido registrado. Así pues, esta novela se escribe a partir de una historia oficial (referente) y a partir de la imaginación del autor (referido). El referente se reconstruye a partir de archivos, en cambio el referido se deconstruye a través de la memoria, un proceso que incluye aprendizaje, selección, recuerdo y olvido (Todorov, *Los abusos* 16).

Tabla 1 Esquema de Lukasz Grützmacher



Dentro de la literatura, la memoria y la historia se combinan a la hora de abordar el pasado. Para la memoria es conveniente someterse a la indagación histórica puesto que de ese modo se asegura su supervivencia. A pesar de que esa memoria puede relativizarse, siempre nos lleva a considerar en profundidad diferentes momentos históricos. La historia y la memoria son un espacio en el que el poder se interesa y en el contexto de Latinoamérica “[s]on los negacionistas de las torturas, las desapariciones y los genocidios quienes no tienen interés en que se historicen las memorias” (Joutard y Bofill 119). De ahí que ciertos regímenes políticos hagan uso de la censura e incluso lleguen a la destrucción de documentos. Para la historia es importante que se respete la memoria porque abre nuevas posibilidades de entender el pasado que no está documentado (*Íbid.* 120).

Así pues, la representación histórica en la literatura genera cierta ambigüedad puesto que el lector espera un informe verdadero mientras que el autor intenta aclarar un problema histórico en la ficción. Según Paul Ricoeur esta problemática no parte de la historia sino de la memoria, por estar ambas estrechamente vinculadas (“Historia” 3). La memoria es selectiva y los elementos que decide archivar le permiten orientar la utilización que se hará del pasado (Todorov, *Los abusos* 17). Nuestro estudio no pretende demostrar si Padura utiliza bien o mal el pasado en la escritura de *El hombre que amaba a los perros*, sino cuestionar por qué recurre a la historia de Rusia para abordar el pasado reciente (post revolucionario) y el presente en Cuba.

Con relación a la utilización del pasado, Todorov considera que en algunos casos los hechos se conservan de manera precisa, enfatizando las causas y consecuencias de estos y considerando los sujetos que los han sufrido (*Íbid.* 30). Por otro lado, y sin obviar las particularidades del hecho histórico, el pasado puede servir como “modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes” (*Íbid.* 31); puede utilizarse como analogía,

construyendo ejemplos y extrayendo lecciones (*Íbid.*). Según él la memoria tiene un uso literal (memoria literal) y un uso ejemplar (justicia). El primero “convierte en insuperable el viejo acontecimiento” (*Íbid.* 32). En cambio, el segundo “permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovecha[ndo] las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (*Íbid.*).

Padura se inclina por la memoria literal puesto que su obra aborda el pasado y manifiesta a través de sus personajes el resentimiento contra el sistema político cubano. No obstante, también hace uso de la memoria ejemplar porque el uso de esta memoria lleva a la generalización “de manera limitada; no hace desaparecer la identidad de los hechos, solamente los relaciona entre sí, estableciendo comparaciones que permiten destacar las semejanzas y las diferencias” (*Íbid.* 45). Si bien la obra profundiza en el pasado no hace lo mismo con el presente, se denuncian los horrores del estalinismo, pero no la represión castrista. Ciertamente, una denuncia de esto último haría casi imposible su publicación en la prensa editorial cubana, exclusivamente estatal, y muy probablemente su vida pública.

Si bien para escribir la historia es necesario basarse en la memoria “la memoria no es historia” (Candau 56). Padura recurre a la memoria para escribir el pasado histórico post revolucionario, pero no podemos asegurar que lo descrito sea lo realmente acontecido. El autor aborda una parte de los sucesos, pero también se manifiestan olvidos, u omisiones, convirtiéndose una vez más en una narrativa histórica incompleta. El revisionismo histórico realizado por el autor resulta en una negación de la memoria o un “asesinato de la memoria” (*Íbid.* 76). Candau asegura que esta forma de distorsión “nos enseña probablemente más sobre una sociedad o un individuo que una memoria fiel” (77). Efectivamente, la novela *El hombre que amaba a los perros* nos lleva a cuestionar los deslices de la memoria del autor en virtud de motivos políticos. Padura vive en

Cuba y es susceptible de sufrir las consecuencias de la represión política. Los mecanismos disciplinarios de control en Cuba se encuentran diseminados en todos los niveles, incluso en el personal. El modo con el que han sido abordados los hechos históricos dentro de la novela de Padura y los deslices de su memoria hablan de este nivel de represión.

Para los regímenes totalitarios la memoria representa un peligro, de ahí la destrucción de fuentes de información o monumentos conmemorativos. Tzvetan Todorov plantea que “la tiranías del siglo XX han sistematizado su apropiación de la memoria y han aspirado a controlarla hasta en sus rincones más recónditos” (*Los abusos* 12) y podríamos añadir “que cualquier empeño dictatorial empieza matando la palabra” (Le Breton 5-6).

El peligro de la memoria radica en que puede estar acompañada de verdad y esta, a su vez, no puede existir sin estar estrechamente vinculada al poder. Foucault plantea que la verdad se “genera exclusivamente en virtud de múltiples formas de coerción. (...) Cada sociedad posee (...) su “política” de verdad: es decir las clases de discurso que acepta y que impone como verdaderos(...). La “verdad” está imbricada (...) con los sistemas de poder que la generan y que la confirman (en Jenkins 41). En conclusión, la verdad es producida y utilizada por el poder para mantenerse como tal.

En su deconstrucción de la historia post revolucionaria *El hombre que amaba a los perros* remite también a fuentes orales. Joël Candau asegura que a pesar de que “algunos historiadores consideren que la historia puede combatir la memoria, hay muchos que admiten que la verdadera historia tiene el deber de no ignorar ni la memoria ni la historia oral” (59). La novela de Padura logra acercarse a la realidad, pero falla en cuanto a la representación histórica, pues “no hay historia de violencias extremas sin recurso a la memoria de los salvados” (Joutard y Boffil 121). Cuando no existe un archivo histórico, como en el caso de Cuba, donde no han podido ser trabajados los

hechos más traumáticos y donde luego del triunfo revolucionario cubano “se afianzó la conciencia de que la mentira y la manipulación se habían apoderado de la historiografía” (Skłodowska 31), se presenta entonces como opción el acudir a las fuentes orales. Al menos una parte de lo acontecido nos llegará a través de la memoria de los sobrevivientes y todo indica que esto es algo que Padura también elude o utiliza de forma parcial.

En la lengua española, la palabra “historia” recoge varias acepciones, desde narración y exposición de acontecimientos pasados o disciplina que estudia y narra cronológicamente los acontecimientos pasados, hasta sus acepciones coloquiales que la definen como narración inventada, chisme, mentira o pretexto. Sus dos significados también se manifiestan en la novela de Padura, por un lado estaría la historia de Rusia (elaborada a partir de datos de archivo) y, por otro, la historia de Cuba (elaborada desde la memoria, con sus silencios y olvidos).

La proyección de la historia cubana en la historia de Rusia no es más que un mecanismo de defensa del autor para evitar consecuencias políticas. La manera en que Padura describe los acontecimientos cubanos recuerda al modo en que se toma una fotografía: se enfoca un objeto haciendo un corte en el espacio y en el tiempo. La imposibilidad de ir más allá del momento preciso capta sólo un instante y, al mismo tiempo, “fracciona, elige, extrae y aísla” (Dubois 141) los hechos, teniendo como consecuencia silencios de instantes y realidades. De ahí que no sólo podamos analizar los hechos a los que hace referencia el autor, sino también aquellos que el texto excluye. Entonces, al realizar el análisis de *El hombre que amaba a los perros* consideraremos quién recuerda, qué recuerda y qué olvida o silencia.

La complejidad del proceso de la memoria ha sido estudiada por Paul Ricoeur quién hace referencia a tres tipos de memoria: la impedida, la manipulada y la forzada (“Historia y memoria”<sup>10</sup>). La primera carece de mediaciones simbólicas, la segunda se caracteriza por “sus

arabescos, sus acentos y sus silencios” (*Íbid.*) y la memoria forzada hace referencia a la obligación de recordar que nos ha sido impuesta por la sociedad para transmitir conocimientos de generación en generación. Leonardo Padura se limita al uso de la memoria manipulada, que se manifiesta en la obra no tanto por sus adornos, sino por el acento puesto sobre las historias paralelas de Rusia y Cuba, sin obviar los silencios de los que ya hemos hablado.

Si el silencio es la falta u omisión de datos, el olvido es la cesación de la memoria. Estos dos sustantivos, acompañados del miedo, el cual abordaremos más tarde, se manifiestan como entidad en la narrativa histórica de Padura. En su novela sería imposible determinar qué situaciones silencia y qué situaciones olvida. Eso sí, es curioso que hechos tan traumáticos como el hundimiento del Remolcador 13 de Marzo, ocurrido en julio del 1994<sup>8</sup>, u otro tan polémico como la Primavera Negra de 2003<sup>9</sup> no se aborden dentro de la novela.

Ya hemos hecho mención que el poder juega un papel importante en la escritura de la historia, logrando imponer el silencio de diferentes formas. Entonces, es importante indagar sobre esos silencios del pasado porque ellos forman parte de la producción escrita de la historia en cuatro momentos claves: en la elaboración de las fuentes históricas, en la construcción de los archivos, en la construcción de las narrativas históricas y, por último, en la composición de la retrospectiva histórica (Trouillot 23). Según Trouillot estos conceptos se sustentan unos a otros y nos ayudan a comprender que toda narrativa histórica se acompaña de diferentes formas de silencio que no pueden ser estudiadas de la misma forma (*Íbid.*).

---

<sup>8</sup> El 13 de julio de 1994 un grupo de personas aborda un remolcador en el Puerto de La Habana con la idea de llegar a las costas estadounidenses. Rápidamente fueron interceptados por las autoridades cubanas que se encargaron de hundirlo, ocasionando así una verdadera masacre: más de 40 personas, entre ellos 10 niños.

<sup>9</sup> En marzo de 2003 se detienen 75 disidentes, entre ellos médicos y periodistas, acusados de trabajar al servicio de Estados Unidos. Luego de juicios sumarios sus condenas llegaron hasta 25 años de privación de libertad.

Antonio Viñao Frago también concede gran importancia a los silencios manifestados en las narrativas históricas, señalando que “no sólo hay que atender a los fragmentos de realidad incorporados, sino también a sus silencios, a lo que el texto deja fuera, a lo ausente que condiciona con su ausencia tanto la producción como la recepción, a lo enmascarado o tachado” (169). Sin duda, la novela de Padura nos lleva a cuestionarnos la ausencia de algunos hechos. El autor narra sucesos de crisis migratorias tan distantes como el Maleconazo (1994)<sup>10</sup> y el Mariel (1980)<sup>11</sup>, de ahí que consideremos que si hubiese sido abordada la masacre del Remolcador 13 de Marzo, la cual ocurrió tan sólo un mes antes del Maleconazo, se hubiese logrado una mayor coherencia. Por otra parte, si a través del personaje de Iván el autor recuerda que el escritor Mario Vargas Llosa fue “excomulgado” (Padura, *El hombre* 93) y que Guillermo Cabrera Infante no ha sido “publicado en Cuba y, por tanto, casi inencontrable” (*Íbid.* 325) entonces: ¿cómo se explica que no recuerde La Primavera Negra en la que el poeta cubano Raúl Rivero fue encarcelado?

Para el lector de *El hombre que amaba los perros*, la novela se convierte en un ejercicio de memoria y asociación porque a partir de la realidad descrita el autor nos conduce a hechos no abordados oficialmente. El lector constata la forma velada a través de la cual se establecen semejanzas con el pasado y con los silencios de los medios oficiales cubanos. Es muy probable que la intención del autor sea la de llevarnos a esa reflexión, manifestando una vez más algo característico en su obra: el decir oblicuamente (Rojas, “Trotsky” 1268).

---

<sup>10</sup> El Maleconazo ha sido el nombre otorgado a una serie de manifestaciones que se dieron en La Habana el 5 de agosto de 1994, las cuales desencadenaron el éxodo marítimo del mismo año.

<sup>11</sup> En abril de 1980 más de diez mil cubanos penetraron la embajada de Perú en La Habana con el objetivo de solicitar asilo político. En respuesta al incidente Fidel Castro declara que todos aquellos que deseen salir del país lo hagan a través del puerto del Mariel. Incluso, autoriza que cubanos residentes en los Estados Unidos lleguen a las costas cubanas en búsqueda de sus familiares.

La recepción de un texto histórico, según Viñao Frago, puede interpretarse “como un conjunto de signos susceptibles de lecturas e interpretaciones prácticamente infinitas. Los significados de los textos no son obra del autor sino del lector. Son los lectores los que dan vida al texto, los que crean y extraen significados de él” (162). Por su parte, Hayden White, al abordar la representación histórica, propone que en su aspecto formal estas narrativas no son “una reproducción de los acontecimientos registrados en ella, sino también un complejo de símbolos que nos señalan direcciones para encontrar un *ícono*” (*El texto* 120, énfasis del autor). Una de las problemáticas que caracteriza la novela de Padura es el silencio y este podría ser considerado como un símbolo. Varios autores evocan el silencio como metáfora o como algo abstracto que no se nos muestra, pero que llega a ser palpable. Por ejemplo, si tomamos en cuenta los apuntes de José Luis Ramírez, quien analiza el silencio como entidad o como acto de poder, observamos que el silencio como entidad es algo abstracto, que se convierte en metáfora por ser inexpresable. Por el contrario, el silencio como acto de poder se asocia “al derecho a hablar, a dejar hablar y a hacer callar” (Ramírez s/p). A esto Ramírez añade que “[t]odo régimen social, sea descaradamente despótico u oficialmente democrático, desarrolla sus propias técnicas para administrar la palabra, imponer el silencio y regular las relaciones entre significantes y significados” (*Íbid.*). De una forma o de otra, estas formas de silencio se verán reflejadas en la novela y, al enfocarnos en el silencio, no solo haremos referencia a la utilización de símbolos para su representación, sino también a la negación del habla, al acto de callar.

David Le Breton manifiesta que “todo enunciado reclama una respuesta, toda afirmación un argumento que la avale y todo diálogo una deliberación mutua” (6). Varios pasajes en la novela terminan reclamando respuestas porque al repasar sus páginas nos preguntamos qué significado tiene que ciertos hechos no se expliquen o simplemente no se diga nada al respecto y se utilice

como recurso el enfoque en ciertas imágenes. Recurrir al silencio es un recurso fácil porque “no deja rastros” (de Behar 21). Además, con ello el autor sugiere que existen intereses personales y presiones externas que lo obligan a escoger el silencio.

Para Antonio Viñao existen silencios conspiratorios que no son más que la consecuencia de un acto de poder porque han sido impuestos (213), mientras que para Lisa Block de Behar “el silencio voluntario [es] doblemente sospechoso -ya que sospecha de la palabra pero es objeto de sospecha a su vez-” (21). De igual modo, esta forma de silencio es considerada como “el ninguneo” (*Ibid.*) por ser algo de lo que se tiene conocimiento, pero de lo que nadie se atreve a hablar. Para David Le Breton, en cambio, el silencio es la manifestación de una oposición, un rechazo, pero a su vez es “comunicación, sobre todo si es cómplice (9). Sin duda, el silencio de Leonardo Padura podría ser considerado como un silencio conspiratorio y cómplice porque coopera, de alguna forma, con los responsables de actos criminales como los aludidos anteriormente.

En ciertas culturas, como la japonesa, el silencio es un valor primordial (Muñoz Sanz 683) mientras que en las culturas hispanas “se hace uso de la palabra a menos que haya motivos para callar” (Ramírez s/p). La acción de callar bajo sistemas dictatoriales “significa consentir, reducirse a sí mismo al mutismo” (Le Breton 6). Debido a la forma en que son narradas las historias en la novela de Padura se establece un contraste entre sonido y silencio. Es curioso que se aborden los crímenes de Stalin y se silencien los crímenes de Castro. Podríamos decir que el sonido caracteriza la historia de Rusia y España mientras que el silencio caracteriza a la historia post revolucionaria cubana. Si bien es fácil percibir el olvido, también se intuye el miedo. Este sentimiento caracteriza a todos los personajes de la novela, pero se destaca un poco más en los personajes cubanos. A través del personaje de Iván, se hace referencia repetida a este sentimiento de desconfianza: “Entonces me mantuve mirando al mar, en silencio. Con aquel ambiente y la conversación malsana

que habíamos tenido, había salido a flote un viejo sentimiento de culpa que me atenazaba la garganta y me humectaba los ojos. ¿Por qué siempre aparecía el miedo? ¿Hasta cuándo me perseguiría?” (Padura, *El hombre* 542).

La representación de los personajes cubanos evoca la desconfianza que caracteriza a la población cubana, la cual se ha visto sometida al miedo a través de diferentes mecanismos, ya sea por vigilancia, actos de repudio u hostigamiento policial (Garcés Marrero 55). Además, el autor también manifiesta este sentir en la “Nota muy agradecida”, cuando reconoce la ayuda de su esposa, por haberlo soportado durante “estos cinco años de tristezas, dudas y miedos” (*El hombre* 765).

Ese miedo se asocia al historial de amenazas que tantos cubanos han vivido y, además, nos lleva a considerar el sentido del contenido de la novela. A través del miedo de los personajes, Padura nos conduce, una vez más, a la asociación de ideas, de ahí que su insistencia en el miedo nos recuerde la conocida intervención de Virgilio Piñera durante el discurso de Fidel Castro “Palabras a los intelectuales”<sup>12</sup>. Si bien la novela no aborda la década del 60, es importante considerar este momento porque los sucesos que han sido abordados por Padura, los cuales se dieron años más tarde, son las consecuencias de lo planteado durante esta alocución de 1961.

A su vez, el miedo es la base del silencio. El miedo conlleva al autor a no resolver los enigmas que contiene su obra. Tal y como apunta Antonio José Ponte, el compromiso político dentro de la novela se evapora hasta llegar a transformarse en fenómeno atmosférico que a su paso elimina la palabra y con ello evita la justificación de sucesos de la Cuba post revolucionaria.

---

<sup>12</sup> En este discurso fueron abordadas las nuevas medidas que se aplicarían contra toda producción artística que estuviese fuera de los preceptos de la Revolución. De ahí que Virgilio Piñera en su breve intervención planteara: “Yo quiero decir que tengo mucho miedo. No sé por qué tengo ese miedo pero es todo lo que tengo que decir” (Martín Sevillano, “De Virgilio” 79).

Efectivamente, esto es algo recurrente en la obra del autor y en el caso de *El hombre que amaba a los perros*, la novela abre con el paso de un huracán. Ponte añade que la responsabilidad política se recrudece, llegando a manifestarse en dolencias físicas y enfermedades terminales como la sufrida por la esposa de Iván (s/p).

El análisis del texto se centrará en el modo en que convergen la reconstrucción y la deconstrucción de la historia, atendiendo a los movimientos centrífugos y centrípetos que contienen. Hemos dedicado un capítulo a cada uno de los personajes históricos con los que se visita la historia del socialismo a partir de sus vivencias. Desde ahí se proyecta la historia post revolucionaria cubana. En este sentido la novela abundaría en datos históricos con respecto a la historia de Rusia y de España, mientras la parte dedicada a la historia de Cuba está resuelta con ambigüedad y silencios.

Por otra parte, en ambos capítulos será analizado el papel que juega la memoria en la representación de la historia, así como su relación con el poder. Además, se establecerá cómo los acontecimientos silenciados son sugeridos dentro de historias explícitas. A través de esta asociación será posible entrever y considerar los símbolos, así como su relación con el silencio y el miedo. A través del personaje de Iván se ilustra la realidad de una sociedad que vive atrapada por el miedo y es incapaz de encontrar una voz. Finalmente, el análisis también tendrá en cuenta las formas de representación, la histórica y la ficcional, para considerar el desarrollo psicológico (o no) de sus personajes.

### III. La revisión del socialismo en Rusia: León Trotsky

*El hombre que amaba a los perros* abarca casi un siglo de historia. Si bien la novela se abre en Cuba en el año 2004, rápidamente retrocede hasta 1929, a la estepa rusa, donde sobrevive el revolucionario bolchevique León Trotsky poco antes de salir de su país definitivamente. El narrador de los capítulos dedicados a esta figura histórica escribe en tercera persona y adopta el punto de vista de Trotsky. La narrativa enfatiza su compromiso revolucionario, así como su importante función durante la Revolución de 1917 y la posterior persecución sufrida tanto por él como por su familia tras la llegada al poder de Joseph Stalin. De ahí que el narrador mencione que a partir de este momento Trotsky comienza a sentir “que su vida y hasta su muerte han dejado de pertenecerle” (Padura, *El hombre* 31).

Padura aborda de diferentes formas la creación de personajes históricos, dependiendo de la información disponible sobre ellos. En ese sentido, el archivo histórico sobre Trotsky es muy amplio, mientras que los datos existentes sobre Mercader son más bien escasos, razón por la que la narrativa de cada uno de ellos es diferente, siendo la del segundo más ficcional (Padura, Entrevista 01:58-02:15; Westphalen 243). En la novela de Padura la narrativa del personaje de Trotsky contiene una gran cantidad de datos que, si bien pueden resultar interesantes, restan fluidez a la trama.

A lo largo de la novela se observan varios paralelos entre los tres personajes protagónicos, especialmente en función de la focalización de la traumática experiencia de pérdida que comparten. Esa pérdida (la pérdida de la esposa en el caso de Iván, la pérdida de la patria en el caso de Trotsky y la pérdida de la libertad de decisión en el caso de Mercader) marca sus vidas de diferentes maneras y es central en la trama principal, de hecho la presentación de cada uno de los

personajes se abre con esta alusión a la pérdida. Al mismo tiempo, los tres personajes son representados también como víctimas de la radicalización del pensamiento de izquierda y, además, todos consideran la escritura como medio de sobrellevar la tragedia y el dolor.

Si analizamos la representación narrativa de la historia podemos observar que “[l]a référence au monde par le langage se fait selon deux modalités : la dénomination et la description” (Todorov, “La mémoire” 103). Estas modalidades se identifican por medio de las funciones gramaticales del sujeto y del predicado (*Íbid.*). Con relación al sujeto (de lo que se habla), este se manifiesta en el recuento de la historia de Rusia y España. En cuanto al predicado (lo que se dice del sujeto) lo podemos asociar con la historia de Iván. En *El hombre que amaba a los perros* suponemos que el narrador de las historias de Trotsky y Mercader sea Iván y es aquí donde se establece una diferencia porque en el recuento se resalta la historia de los otros personajes en detrimento de su propia historia.

Todorov añade que el sujeto se asocia con la historia y el predicado con la memoria. El primero se asocia con la historia porque : “elle raffole de noms propres (...), des dates et de lieux qui permettent de situer les événements avec précision, de chiffres (*Íbid.*); mientras que el segundo al ser vinculado a la memoria : “La mémoire, en revanche, n’est guère fiable pour ce qui concerne le sujet : les témoins oublient les noms de personnes et de lieux, confondent les jours, ignorent les quantités, puisqu’ils ne disposent que de leur expérience particulière” (*Íbid.*). El hecho de acordar tanta importancia al sujeto hace que el predicado se reduzca “en quelque sorte, au strict minimum” (*Íbid.*), lo que significa que el predicado ofrece información sobre ese sujeto, pero por tener menor importancia omite acontecimientos.

En *El hombre que amaba a los perros*, el sujeto se desarrolla en los capítulos dedicados a Trotsky y Mercader porque se les da una importancia crucial a los personajes y al momento

histórico en el que se enmarcan. El narrador resalta la historia ofreciendo un cúmulo de detalles sobre la implicación de sus personajes en actividades políticas y, en el caso de Mercader, su participación en la represión dirigida por el gobierno de Stalin. Por su parte, el predicado se asocia a los capítulos dedicados a Iván. La historia de este personaje se construye desde la memoria, la cual se basa en la selección de algunos hechos y, por consiguiente, la marginación de otros (Todorov, *Los abusos* 16) de ahí que la memoria no logre exteriorizarse con detalles.

En conclusión, las dos modalidades afectan a la novela porque el autor califica los acontecimientos (en la historia de Rusia y España) y los representa (en la historia de Cuba) de acuerdo con el modo en que han sido almacenados los recuerdos, estableciendo así una marcada diferencia.

De igual modo, estas nociones de sujeto y predicado se enlazan con la construcción del referente y el referido que realiza el autor. Leonardo Padura construye el referente a través de los personajes protagónicos apoyándose en documentos oficiales. A partir de información preexistente, y presuntamente conocida por los lectores, el escritor “se pliega (...) lo que implica introducir nuevas intenciones, nuevos modos de lectura” (Jitrik 73). La construcción literaria del referente hace que tengamos una representación de cómo sucedieron los hechos, lo cual ilumina acontecimientos poco conocidos. La característica fundamental del referente es la reproducción (*Íbid.*), especialmente perceptible en la novela de Padura en cómo son vertidos todos los datos vinculados a la vida de León Trotsky y Ramón Mercader. Con relación a la manifestación de la fuerza centrípeta que se distingue en la novela, algo característico de esta estrategia es el modo en que son cuestionadas las versiones oficiales de la historia. Padura utiliza la historia, la reinterpreta y logra mostrar las injusticias y crímenes que se han mantenido ocultos en Cuba. Todos los sucesos

que se presentan en la historia de Trotsky tienen sucesos paralelos en la historia de Cuba que, si bien no se mencionan, quedan evocados.

Por su parte, la ficción de Iván se realiza a partir de la imaginación y la memoria del autor. Según Jitrik la construcción del “referido encierra en su concepto todos los trámites y procesos que intervienen para que el aspecto “novela” de la novela histórica pueda funcionar y ser satisfecho” (51). A esto se añade que ese referido se construye a partir de “lo que gravitaba sobre el autor en el momento de iniciar su empresa de escritura” (Jitrik 67).

Jitrik, al analizar la construcción literaria, plantea que “es ante todo seleccionar lo que puede ser pertinente y/o congruente con los objetivos perseguidos” (72). Esto explica precisamente cómo los hechos narrados sobre la historia de Rusia y España en la novela de Padura son enteramente pertinentes porque enlazan con la historia de Iván incluso cuando el vínculo no esté explicitado en el texto y sea un trabajo que el lector debe hacer.

### **3.1. Trotsky**

La inclusión del personaje de Trotsky implica una restitución de su figura en la historia del comunismo, un sistema de gobierno que ha borrado a todos aquellos que se han enfrentado a su deriva totalitaria. La figura de Trotsky como protagonista no solamente tiene un gran peso histórico, sino que también sirve para indagar en el pasado y ver cómo este ejerce influencia en el presente. Este ejercicio de recuperar la historia también sirve para mostrar la relación entre el poder y la memoria.

Jacobo Machover sostiene que el personaje histórico que nos presenta Padura “fue uno de los precursores de la disidencia soviética: el fugitivo, no aquel que firmaba incesantemente órdenes

de fusilamiento cuando dirigía el Ejército Rojo” (“El asesino” 44). Es cierto que Padura acentúa la lucha de Trotsky contra Stalin, resaltando sus dotes de escritor y olvidando al violento militar que había sido anteriormente. Pero a pesar de esto, si sólo tomamos la novela de Padura como referencia, pareciera que Trotsky sólo hubiese escrito su autobiografía a partir de su exilio en Alma Ata, cuando en realidad su escritura fue mucho más amplia (Rojas, “Trotski” 1266).

La novela se abre con una referencia a un documento radiado de la agencia de noticias TASS que anuncia la muerte de Trotsky; “Londres, 22 de agosto, 1940 (TASS). - La radio londinenses ha comunicado hoy: «En un hospital de la Ciudad de México, murió León Trotski de resultas de una fractura de cráneo producida en un atentado perpetrado el día anterior por una persona de su entorno más inmediato»” (Padura, *El hombre* 13). A continuación sigue la transcripción de una parte del interrogatorio entre Leandro Sánchez Salazar, jefe de los servicios secretos mexicanos, y Mercader. Desde el inicio, estos fragmentos anuncian la utilidad de toda la documentación preexistente sobre este hecho histórico.

Sin embargo, esta documentación puede entorpecer la lectura si no es gestionada con habilidad y, lamentablemente, así sucede en ocasiones en la novela de Padura. Esto es particularmente obvio en los capítulos dedicados a Trotsky, que por momentos se hacen densos y faltos de fluidez argumental. El relato se convierte en un vertido de datos históricos que va reconstruyendo la historia, aspecto en que se manifiesta la fuerza centrípeta. El recuento de la historia del socialismo en Rusia no se realiza de forma lineal, sino a través de una serie *flash-backs*. El narrador ahonda en los recuerdos políticos de Trotsky, presentando importantes acontecimientos, como su primer encuentro con Stalin, que tuvo lugar en Londres en 1907 (*Ibid.* 134). Como suele ser habitual al recordar, Trotsky alude de manera vaga a este acontecimiento, pero el narrador utiliza esta estrategia para dejar claro el volumen político de Trotsky y su enorme

contribución al proceso revolucionario ruso de principios del siglo XX. Padura enfatiza en particular su valentía: “(...) Presidente del Sóviet de Petrogrado; el orador y periodista capaz de convencer a Lenin o de enfrentársele y llamarlo dictador en ciernes, Robespierre ruso” (*Ibid.*), y también su celo militar, cruel en ocasiones: “(...) llegado el momento en que las masas dejaban de creer, se impuso la necesidad de hacerlas creer por la fuerza. En Kronstadt -Liev Davidovich bien lo sabía- la Revolución había comenzado a devorar a sus propios hijos y a él le había correspondido el triste honor de haber dado la orden que inauguró el banquete” (*Ibid.* 88). El uso de un narrador en tercera persona, que habla de hechos que sucedieron en un pasado lejano, le permite a Padura introducir desde una aparente objetividad su propia opinión sobre el momento histórico que se relata. El narrador, adoptando el punto de vista del escritor, juzga determinados actos del personaje, como la respuesta militar que dirigió para sofocar las protestas de Kronstadt, en las que la población comprometida con la revolución pedía que se respetaran los derechos civiles (*Ibid.* 87). Farber señala que Padura ofrece “especulaciones razonables” (79) en función de la información que existe sobre Trotsky y la que Trotsky mismo ofreció sobre su vida en sus propias obras. En cualquier caso, este tipo de reflexiones proyecta de alguna manera sucesos similares sucedidos en Cuba.

La novela registra cómo Lenin “pedía que se apartara a Stalin de la secretaría del Partido” (Padura, *El hombre* 136) y también la historiografía recoge cómo Lenin prevé la lucha de poder que su muerte desatará, preocupación explícita en sus últimas voluntades:

El camarada Stalin ha concentrado un inmenso poder y no estoy seguro de que sepa usarlo con suficiente prudencia. Trotsky es actualmente el más capaz de los miembros del Comité Central, pero tiene una excesiva seguridad en sí mismo (...) Bujarin es un valiosísimo

teórico pero sus concepciones solo con la mayor perplejidad podían considerarse plenamente marxistas. (Paniagua 193)

No obstante, las consideraciones de Lenin no se tomaron en cuenta y la lucha por el poder se extendió varios años después de su muerte. Con el objetivo de imposibilitar el ascenso de Trotsky al poder, Stalin se alió con Zinóviev y Kámenev, dos miembros del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (Politburó), para llegar al poder (Padura, *El hombre* 136). Su control exhaustivo lo llevó a deshacerse de sus competidores y encarcelar o asesinar a todos aquellos que consideraba como detractores, incluidos los aliados que le llevaron al poder (*Íbid.* 194). Esta es un ejemplo de las tantas analogías que se encuentra en la novela entre lo sucedido en la Unión Soviética y lo sucedido en Cuba. En concreto, puede asociarse con la misteriosa desaparición de Camilo Cienfuegos en 1959. Este carismático líder de la Revolución cubana desapareció en un accidente de vuelo sin que nunca se aclararan las circunstancias sobre el mismo. En opinión de algunos, los Castro lo veían como una amenaza: “héroe popular que desp[ertaba] simpatía por donde pasa[ba] (...) en cierto modo, un contraste de los dos Castro” (Matos 330). Con esto, Leonardo Padura logra proyectar la historia de Cuba dentro de la historia de Rusia y aborda de forma implícita sucesos de la Cuba post revolucionaria.

Tras la victoria de Stalin, Trotsky fue expulsado del Politburó y, según se relata en la novela, utilizó este momento para acusar a Stalin “de haberse convertido en el sepulturero de la revolución” (Padura, *El hombre* 45). Trotsky fue deportado en 1929, momento en que se sitúa la narración sobre él en la novela que nos ocupa. Había sido acusado de “(...) sostener campañas contrarrevolucionarias consistentes en la organización de un partido clandestino hostil a los Soviets” (*Íbid.* 35). Para muchos lectores esta mención evocará la práctica política instaurada por Fidel Castro de tildar de contrarrevolucionaria toda actividad realizada por quienes discrepaban

políticamente de sus medidas. La Revolución cubana no fue inicialmente un movimiento comunista; su adhesión a esta ideología política se produjo después de su institución como gobierno (Rojas, *Historia* 98, Camacho Navarro 54). La revolución contra Fulgencio Batista, presidente de Cuba antes de la llegada de Castro, tenía como objetivo restablecer la democracia y la Constitución de 1940 (Carbonell Cortina 415). Sin embargo, en los primeros meses del triunfo revolucionario, la política de Castro dio un giro hacia el comunismo. Esta fue la razón que llevó a algunos, como el comandante Huber Matos, a presentar su renuncia, ya que comenzaron a producirse acciones con las que no estaban de acuerdo y se desviaban del sentido inicial de la Revolución (Matos 308). Es en abril de 1961 cuando Fidel Castro declaró el carácter socialista de la Revolución cubana (Arenas 82). Algunos de quienes habían luchado en las filas revolucionarias cuestionan la adhesión al comunismo del movimiento, decisión tomada por Castro sin la opinión de las bases. Se produce entonces una purga y “la primera «baja» notable fue la del jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria, el comandante Pedro Luis Díaz Lanz” (Montaner *Viaje* 112), quien se exilió en 1959 en Estados Unidos y desde allí denunció el adoctrinamiento comunista que estaban recibiendo los militares cubanos (*Ibid.*).

La novela abunda en la memoria de Trotsky, quien vuelve a su pasado desde los diferentes destinos de su exilio; es así su recuerdo el que reconstruye el proceso político del socialismo ruso dejando ver al trasluz para los lectores cubanos sucesos acontecidos en su propio país. Al evocar el destierro de Trotsky, el narrador se posiciona : “Más que lograr su expulsión del Partido, y ahora del país, la gran victoria de Stalin había sido convertir la voz de Trotski en la encarnación del enemigo interno de la Revolución, de la estabilidad de la nación, del legado leninista y haberlo aplastado con el muro de la propaganda que el propio Liev Davidovich había contribuido a crear” (*Ibid.* 40-41). Con esto, Padura deja ver que la reconstrucción de la historia se realiza en función

de los intereses del autor. Esta es una característica recurrente en la novela histórica: “la novela histórica no representa pasivamente sino que intenta dirigir la representación hacia alguna parte, es teleológica y sus finalidades son de diverso orden” (Jitrik 60). Los capítulos dedicados a Trotsky se pueden interpretar como un análisis genealógico de los problemas políticos y sociales que años más tarde se darán en Cuba. El autor implícitamente presenta su interés por cuestionar la historia oficial cubana al proyectar una historia (la de la Cuba revolucionaria) dentro de la otra (la del autoritarismo comunista de la U.R.S.S). Como decimos, esto sucede en varias ocasiones. Una de ellas sería la alusión a cómo Trotsky enfatiza su compromiso con la Revolución incluso después de ser deportado por las autoridades en el poder. Para él, y siempre según Padura, era necesario “(...) sacarla [a la Revolución] del abismo pervertidor de una reacción empeñada en asesinar a los mejores ideales” (Padura, *El hombre* 32). Este compromiso con el propósito original del movimiento revolucionario alentó también a la Brigada 2506, compuesta por algunos de los primeros exiliados cubanos, que desembarcó en Playa Girón —o Bahía Cochinos— en 1961 con el objetivo de atentar contra el gobierno de Fidel Castro (Montaner *Viaje* 126). En el campo intelectual y literario, la referencia más clara en este sentido sería la de Reinaldo Arenas, que mantuvo activa su lucha contra Fidel Castro desde su salida de Cuba hasta su muerte. Por ejemplo en 1988, Arenas, junto a su amigo el pintor Jorge Camacho, escribió una carta abierta dirigida a Castro, la cual fue publicada en varios periódicos y estuvo respaldada por miles de firmas, incluidas las de varios intelectuales. En esta carta se solicitaba un plebiscito y la respuesta de Castro demostró la férrea dictadura impuesta en su país, además de la imposibilidad de llevar a cabo elecciones libres en Cuba (Arenas 13).

Al aludir a la represión soviética el narrador omnisciente emite juicios de valor que pudieran interpretarse como una alineación política de Padura: “Como todos los dictadores, Stalin

había seguido la gastada tradición de acusar a sus enemigos de colaborar con una potencia extranjera y, en el caso de Liev Davidóvich, repetía casi los mismos argumentos que el gobierno provisional de 1917” (Padura, *El hombre* 210). Esta referencia alude claramente a cómo en Cuba el gobierno suele vincular a los disidentes con los Estados Unidos: “los llamados «disidentes», mercenarios a sueldo pagados por el Gobierno hitleriano de Bush” (Castro Ruz s/p).

A lo largo de la obra se alude repetidamente al terror que el régimen político soviético ejerció sobre el campo literario e intelectual y cómo afecta esto a Trotsky. Se recuenta el asesinato político del militante Yakov Blumkin, quien había visitado personalmente a Trotsky poco antes (Padura, *El hombre* 84) y de Kírov (*Íbid.* 193), el suicidio de Maïakovski (*Íbid.* 68) o la degradación política del escritor Máximo Gorki, quien apoyó el programa estalinista (*Íbid.* 190). El narrador relata la sorpresa de Trotsky ante la posición de Gorki, pues para él era imposible que los escritores soviéticos no estuviesen al tanto de los horrores vividos por “los doscientos mil prisioneros (campesinos inconformes, burócratas degradados, opositores políticos, religiosos, alcohólicos y hasta algunos escritores)” (*Íbid.* 189).

Si bien es cierto que la alusión a Gorki forma parte del contexto histórico que sirve como telón de fondo a la historia de Trotsky, también esto constituye una incursión en la historia cubana. Fidel Castro reprodujo medidas represivas de corte estalinistas, como serían las conocidas Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP). Estas instituciones sirvieron para segregar a disidentes políticos o individuos que no se adaptaban al ideal político del “hombre nuevo” de la Revolución, como homosexuales, creyentes o afrocubanos. A estos individuos se los aludía con categorías psicopatológicas, como “enfermitos”, “antisociales”, “gusanos”, “parásitos” o “desviados” (Rojas, *Historia* 156) cuyo uso se normalizó en la sociedad del momento. Las UMAP fueron campos de trabajo forzado a donde fueron llevados hombres de todas las edades porque no

cumplían las normas del gobierno revolucionario. Para Ernesto Guevara los intelectuales no eran revolucionarios y llegó incluso a juzgarlos como “tarados y perversos” (Sierra Madero 38).

El episodio de las UMAP podría ser considerado uno de los capítulos más negros del castrismo. Siguiendo los patrones de la U.R.S.S, el gobierno cubano se dio a la tarea de crear estos campos de trabajo al estilo de los *gulag*. La cantidad de prisioneros que pereció en Rusia resulta todavía incierta y en Cuba tampoco fueron muchos los soldados UMAP que soportaron su destino. Ante el trabajo inmenso que debían realizar algunos se suicidaron y otros fueron asesinados. Sin embargo, el gobierno cubano ha mantenido en secreto la verdad sobre este capítulo de la historia (Zayas s/p).

Norberto Fuentes, quien durante años defendiera el sistema de gobierno revolucionario, hizo la siguiente descripción de los campos de la UMAP.

[C]ampo de concentración es un terreno cercado con alambradas electrificadas y con torretas de vigilancia y reflectores y perros y en el que se hacían en sus barracas centenares de famélicos esclavos. En Camagüey sólo faltaron los crematorios y cambiar la bandera cubana por la de la esvástica. Se daba baqueta (una modalidad de la flagelación pero con el canto de una bayoneta de los viejos Springfields del ejército de Batista), «piscina» (obligarte a nadar hasta el desfallecimiento y, por consiguiente, hasta la posibilidad de ahogarte, en una poceta de agua fangosa en la que no puedes alcanzar el borde porque te abren fuego), enterrarte hasta el cuello al sol y sereno, amarrarte por las piernas y hundirte en un excusado, y todas las linduras por el estilo que se apetezcan, teniendo como colofón para los incorregibles, ingobernables, inadaptables, la celebración de un juicio con la tropa formada en presencia de un primer teniente de los servicios jurídicos de las Fuerzas

Armadas Revolucionarias, que rendía servicios itinerantes entre todos los campos de la UMAP. (335)

Stalin utilizó su poder para eliminar a todos aquellos que no aplaudían sus ideas y, en el caso de Trotsky, este proceso de aniquilación comenzó por hacerlo pasar por enemigo de la revolución (Padura, *El hombre* 40). Stalin no se limitó a acabar con Trotsky, sino que persiguió también a su familia, a quienes les retiró la ciudadanía, los derechos constitucionales y la protección del estado (*Íbid.* 133). Los hijos de Trotsky fueron asesinados o abocados al suicidio, como fue el caso de su hija Zina, quien sufrió una dura represión, la deportación de su esposo y la separación de su hija. Esta separación le fue impuesta tras pedir permiso para viajar al extranjero, donde iba a ser sometida a un tratamiento para tratar su avanzada tuberculosis, pues no se le permitió llevar consigo su pequeña hija (*Íbid.* 124). A partir de esa imagen los lectores cubanos evocarán conocidas experiencias de sus compatriotas. La historia de Zina y su hija proyecta también las vivencias de muchos cubanos que no han podido emigrar con su familia más cercana, lo que en ocasiones ha separado y destruido familias (Montaner, *Viaje* 231).

La preocupación de Trotsky por sus hijos está representada en la novela a través de la historia de su hijo Serguei, de quien por momentos se desconoce su paradero y a quien luego se ubica en el *gulag* de Vorkutá en 1936 y después en una de cárcel en Moscú donde fue torturado, lo que le generó el respeto de otros reos por su entereza (Padura, *El hombre* 510). El narrador concluye diciéndonos que sus padres “no podían evitar sentirse orgullosos cuando oían siempre la misma versión sobre la actitud de Seriozha, que parecía ser lo único de lo cual no existían dudas: había resistido los interrogatorios sin firmar confesiones contra su padre” (*Íbid.*). La persecución de los hijos de Trotsky puede vincularse con la persecución sufrida por el hijo de Huber Matos. Este último relata en su libro *Cómo llegó la noche*, la ardua lucha que, desde Costa Rica, mantenía

su hijo para lograr su liberación. Cuando faltaban apenas tres años para que Matos fuese liberado, su hijo intensificó la lucha por temor a que aumentaran su condena. Fue entonces cuando sufrió un atentado del cual salió ileso y, luego de investigaciones realizadas por las autoridades costarricenses, se supo que el individuo que le disparó regresó inmediatamente a La Habana, lo que sugiere su vinculación con las autoridades del país (Matos 505).

Finalmente, un caso impactante de las relaciones paterno filiales y la intervención gubernamental fue el del reconocido escritor Eliseo Diego, cuyo hijo, el novelista Eliseo Alberto, fue reclutado por la Seguridad del Estado cubana para vigilar los pasos de su propio padre. A Eliseo Alberto le encargaron esta tarea a partir de 1978 y realizó el trabajo de información dejando testimonio de su experiencia en la obra *Informe contra mí mismo* (Alberto 11).

### **3.2. Autocensura y contradicciones narrativas**

La narrativa sobre Trotsky le permite al autor evocar de forma oblicua la historia no contada de la Revolución cubana. No obstante, el autor incurre en silencios u omisiones. La manipulación de la historia es un tema que Padura registra frecuentemente. Así, el siguiente pasaje nos presenta a un Trotsky que sufre por cómo su figura es borrada de la esfera pública de representación.

(...) sus adversarios habían decidido aprovechar el tiempo y se dedicaron a liquidarlo de la historia y de la memoria, que también habían pasado a ser propiedad del Partido la edición de sus libros, justo cuando alcanzaba el tomo vigésimo primero, había sido suspendida, a la vez que se realizaba una operación de recogida de ejemplares en librerías y bibliotecas; al mismo tiempo, su nombre, calumniado primero y disminuido después, empezó a ser

borrado de recuentos históricos, homenajes, artículos periodísticos, incluso de fotografías, hasta hacerlo sentir cómo se iba convirtiendo en nada absoluta, hoyo sin fondo en la memoria. (Padura, *El hombre* 31)

En relación a lo anterior, Carlos Alberto Montaner, en su libro *Viaje al corazón de Cuba*, señala la constante manipulación histórica realizada por el gobierno cubano. Da como ejemplo una divulgada fotografía de Fidel Castro cuyo original registraba también la figura de Carlos Franqui, que fue eliminada tras su marcha del país. Franqui fue un periodista que participó del movimiento revolucionario desde sus inicios, dirigiendo la emisora Radio Rebelde y, después de 1959, dirigiendo el periódico *Revolución*. Es precisamente en este último puesto en el que encuentra muy rápidamente la obstrucción gubernamental a la libertad de información. Así pues, tanto el líder bolchevique como Franqui son suprimidos de las fotos oficiales de Rusia y Cuba (Rojas, “Trotski” 1262). En segundo lugar, en ese fragmento el narrador ejemplifica hasta qué punto ha sido borrado Trotsky, quien se iba convirtiendo en “nada absoluta”. A su vez, este comentario está precedido por la justificación de que la historia había pasado “a ser propiedad del Partido” y todo esto nos conduce a realizar una comparación entre el recuento de la vida de Trotsky y el de la vida de Iván. A través de la historia de Iván se hará nuevamente alusión a esta situación, pero esta vez el narrador no abundará en detalles. Cuando su esposa le pregunta a Iván por qué no se le ocurrió escribir la historia que le había referido Jaime López (Mercader), Iván responde aludiendo a la autocensura.

No se me ocurrió porque no se me podía ocurrir, porque no quería que se me ocurriera y me busqué todos los pretextos para olvidarlo cada vez que intentaba ocurrírseme. ¿O es que tú no sabes en qué país vivíamos en ese momento? ¿Tienes idea de cuántos escritores dejaron de escribir y se convirtieron en nada, o, peor todavía, en antiescritores, y nunca más pudieron levantar el vuelo? ¿Quién podía apostar por que las cosas cambiarían alguna

vez? ¿Sabes lo que es sentir que estás marginado, prohibido, sepultado en vida a los treinta, treinta y cinco años, cuando de verdad puedes empezar a ser un escritor en serio, y creyendo que esa marginación es para siempre, hasta el fin de los tiempos, o por lo menos hasta el fin de tu puta vida? (Padura, *El hombre* 533)

Iván explica de manera global la situación de la época y su esposa insiste:

—Pero ¿qué te podían hacer? —insistió ella—. ¿Te mataban?

—No, no te mataban.

—Entonces, entonces..., ¿qué cosa terrible te podían hacer? ¿Censurarte un libro?

¿Qué más?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —saltó ella, creo que ofendida.

—Te hacían nada. ¿Sabes lo que es convertirte en nada? Porque yo sí lo sé, porque yo mismo me convertí en nada... Y también sé lo que es sentir miedo. (*Íbid.* 533-4)

La mujer desconoce la historia (no contada) de su país y desea saber lo que pasó, sin embargo, el personaje no responde con claridad. Si bien Iván sabe lo que pasó en el denominado “quinquenio gris”, pues así lo indica, Padura evita poner en su boca una denuncia explícita de la persecución y represión que muchos sufrieron en aquel momento: “el temor a rastrear causas y el pánico a otorgar responsabilidades lo inclinan a crear un ambiente lastimero, de autoconmiseración general” (Ponte, s/p). El silencio (o medio silencio) del personaje, que no quiere hablar de más,

revela en realidad la imposibilidad que todavía tienen los escritores cubanos, y Padura entre ellos, para decir lo que piensan en sus obras si desean seguir viviendo y publicando en el país.

La novela sí informa, sin embargo, de la persecución estalinista de los escritores. Cuando Trotsky llegó a México, en 1937, se encontró con el escritor francés André Breton y juntos redactaron el *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*. La redacción de este manifiesto, como revela la novela, ocasionó una cierta disputa entre las dos figuras históricas puesto que para Trotsky “todo est[aba] permitido en el arte” (Padura, *El hombre* 467), mientras que para Breton “todo est[aba] permitido (...) menos lo que atent[ase] contra la revolución proletaria” (*Íbid.*). Entonces, para convencer a Breton, Trotsky le recuerda

los silencios forzosos de la Ajmátova, Ósip Mandelsam y Babel, las degradaciones de Romain Rolland y de varios ex surrealistas fieles al estalinismo, e insistió en que no se debía admitir ninguna restricción, nada que pudiera generar que se aceptasen las desnaturalizaciones que una dictadura podía imponer al creador con el pretexto de la necesidad histórica o política: el arte tenía que atenerse a sus propias exigencias y solo a ellas. (*Íbid.*)

Como podemos ver, el personaje de Trotsky verbaliza el nombre de quienes fueron silenciados en Rusia, informando así al lector de la persecución que los intelectuales sufrieron bajo el régimen comunista. “En el presente no se podían leer sin repugnancia y horror los poemas y novelas soviéticas, ni ver las pinturas de los obedientes: el arte en la U.R.S.S se había convertido en una pantomima en la que funcionarios armados de pluma o pincel, y vigilados por funcionarios armados de pistolas, solo tenían la posibilidad de glorificar a los grandes jefes geniales” (*Íbid.* 467-

8). Sin embargo, aunque esta misma situación se pudiera aplicar a la política cultural cubana, Iván no la verbaliza como sí lo hace Trotsky.

La historia del estalinismo se aborda abiertamente y se revela en cascada, de ahí su contraste con la historia silenciada de Cuba. A su vez, esto es un ejemplo de silencio negativo porque se muestra una dificultad en la comunicación. David Le Breton sostiene que la censura obliga al silencio negativo (65) y este también se manifiesta al final del diálogo entre Iván y su esposa:

Y le conté de todos esos escritores de los que ya ni ellos mismos se acordaban, aquellos que escribieron la literatura vacía y complaciente de los años setenta y ochenta, prácticamente la única que alguien podía imaginar y pergeñar bajo el manto ubicuo de la sospecha, la intolerancia y la uniformidad nacional. Y le hablé de los que, como yo, inocentes y crédulos, nos ganamos un «correctivo» por sacar apenas la punta de un pie, y de los que, tras una estancia en el infierno de la nada, trataron de regresar y lo hicieron con libros lamentables, también vacíos y complacientes, con los que lograban un perdón siempre condicional y la sensación mutilada de que otra vez eran escritores porque volvían a ver sus nombres impresos.  
(Padura, *El hombre* 534)

Una vez más tenemos una respuesta global que no responsabiliza a nadie y que se vuelve insignificante por no nombrar ni siquiera uno de los tantos artistas que vivieron la misma situación en Cuba. Leonardo Padura, “que ha vivido bajo el estalinismo sui géneris de la isla” (Farber 79), sabe que ese nuevo estalinismo condenó al ostracismo a escritores como Virgilio Piñera y José Lezama Lima, que al igual que Trotsky, vieron censurada su obra. Piñera, homosexual y

anticomunista, apoyó inicialmente la Revolución, pero después pasó a ser uno de los intelectuales más acosados del país (Machover, *La memoria* 237). El narrador en la historia de Trotsky nos habla de las ediciones de los libros del bolchevique que habían sido suspendidas y de los ejemplares de su obra que fueron recogidos de librerías y bibliotecas (Padura, *El hombre* 31). Algo similar sucedió con “El muñeco”, un cuento anticomunista de Piñera que el gobierno de Fidel Castro eliminó de todas las antologías de cuentos publicados por el autor (Arenas 106). Además, la Seguridad del Estado luego le arrebató a Piñera todos sus manuscritos y le prohibió hacer cualquier tipo de presentación pública. Por consiguiente, Piñera “se sumió en una especie de angustia silenciosa y en el terror” (*Ibid.* 292)

Sorprende también en la novela de Padura que no se mencione el silenciamiento que sufrió Lezama Lima, uno de los escritores más originales de la literatura cubana del siglo XX. Según Machover, Lezama fue “el enemigo que había que liquidar, a causa de su catolicismo y de su desconfianza natural hacia los movimientos sociales” (*La memoria* 237). Además, su opción sexual estaba afectada por la homofobia institucional de la revolución, especialmente marcada durante los años 70.

De manera paralela, Iván relata cómo al finalizar sus estudios universitarios en 1973 él tenía una prometedora carrera como escritor que se vio truncada por los celos y por el control político.

(...) aturdido por el ambiente agreste y cerrado que se vivía entre las cuatro paredes de la literatura y la ideología de la isla, asolada por las cascadas de defenestraciones, marginaciones, expulsiones y «parametraciones» de incómodos de toda especie ejecutadas en los últimos años y por el previsible levantamiento de los muros de la intolerancia y la censura hasta alturas celestiales. (Padura, *El hombre* 98-9)

Si comparamos este fragmento con el anterior, es decir, con los ejemplos dados por Trotsky sobre los escritores silenciados, podemos constatar que Iván recuenta los acontecimientos de una forma encubierta, mientras que el narrador en la historia de Trotsky es claro y acusador. Se nombran escritores y se acusa a la dictadura de desnaturalizarlos. En cambio, Iván se limita a la metáfora a través de “cascadas de defenestraciones” o “muros de la intolerancia”. Iván no da ejemplos de autores, mientras que el narrador en la historia de Trotsky sí. Estos ejemplos crean un paralelo entre las dos historias. Durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo veinte, muchos artistas se vieron imposibilitados de continuar su obra. Estos fueron tiempos en los que los dirigentes condenaban los escritos que no glorificaban la Revolución. Es por eso por lo que más adelante Iván relata su historia personal y dice: “Pero un tiempo después, cuando había mirado dentro de mí mismo y hecho un tímido intento literario de apartarme de aquel esquema para colorearlo con algunos matices, me habían golpeado con una regla para que retirara las manos” (*Íbid.* 99). Tanto los escritores cubanos, todos los que Iván silencia, como Trotsky fueron “calumniado[s] primero y disminuido[s] después” (*Íbid.* 31).

Por otra parte, la temática sobre los juicios cobra gran importancia dentro de la novela, siendo una temática recurrente. Los juicios de Moscú se abordan dentro de la historia de Trotsky y nuevamente aparecen en los capítulos dedicados a Mercader, destacándose en ambos la manipulación ejercida por el régimen estalinista. Sin embargo, en la historia de Cuba dentro de la novela es un tema silenciado, lo cual resulta incoherente. La narrativa sobre los juicios de Moscú deja al lector establecer el paralelismo con juicios militares y civiles realizados en Cuba y es difícil creer que Padura no tuviera estos últimos en mente al relatar el periodo estalinista.

A la mañana siguiente Moscú había informado del fusilamiento sumarísimo de los acusados, que, aseguraban, habían reconocido su traición. La estupefacción y el dolor

habían paralizado a Liev Davidovich: él sabía que tal vez Stalin tenía razón en temer que los líderes del ejército pudieran urdir una conspiración para echarlo del poder, pero resultaba inadmisibles acusar a aquellos hombres (sostenes militares de la revolución en los días más oscuros) de agentes de una potencia fascista. (*Ibid.* 393-4)

La alusión a los juicios de Moscú y la confesión de los ajusticiados puede asociarse con los acontecimientos producidos en Cuba en los años 1989 y 2003. En junio de 1989, la prensa cubana estremeció al país con la noticia de la detención de los generales Arnaldo Ochoa Sánchez y Patricio de la Guardia, del coronel Antonio de la Guardia y de otros militares bajo cargos de narcotráfico (Martín Sevillano, *Sociedad* 50-1). A estos militares se les hizo un juicio cuyas sesiones eran editadas en función de los intereses del gobierno (Cancio Isla “Pablo” s/p). El escritor Norberto Fuentes denunció abiertamente la manipulación de un proceso legal que en realidad escondía un oscuro interés político: “[e]n un gesto sin precedentes en toda la historia de los altos mandos cubanos, Ochoa le había condicionado a Fidel su aceptación a ocupar el cargo [de jefe del Ejército Occidental] —que era la posición militar más importante del país—, a que sostuvieran una discusión política *seria* (sic) sobre el futuro inmediato del país” (373, énfasis del autor). Fuentes concluye que con esta petición “Ochoa se había suicidado” (*Ibid.*). Juan Reinaldo Sánchez, quien fuera por varios años escolta personal de Fidel Castro, señaló que Ochoa había tenido el coraje de contradecir a Fidel Castro durante la contraproducente participación cubana en la Guerra de Angola (78). Además, Ochoa y los hermanos de la Guardia juzgaban positivamente la *perestroika*, mientras que Castro no opinaba de la misma forma. A todo esto se añade que estos militares también se quejaban de “la ortodoxia estalinista del Gobierno” cubano (Montaner, *Viaje* 190, Sánchez 247). Tanto Stalin como Castro acabaron con la potencial disidencia de los miembros de

su gobierno cuando estos manifestaron opiniones diferentes a las suyas. En el caso de Cuba, los militares fusilados eran “sostenes militares de la revolución” (Padura, *El hombre* 393), allegados al alto mando del Gobierno y con un importante historial de operaciones clandestinas y de lucha en frentes armados como los de Angola, Etiopía o Nicaragua (Fuentes 9-10).

Resulta imposible creer que Ochoa y el resto de los militares hubieran desarrollado un macronegocio de drogas sin el conocimiento y permiso de Fidel Castro (Sánchez 424, Celorio 37). Este proceso quedará grabado en la memoria colectiva de los cubanos como una de las mayores infamias desarrolladas por el castrismo (Sánchez 422), sin embargo, en *El hombre que amaba a los perros* no se menciona. El hecho de que Padura no aborde este asunto parece intencional y levanta la duda en muchos lectores cubanos pues “la palabra es el único antídoto contra las múltiples manifestaciones de totalitarismo que pretenden reducir la sociedad al silencio (...) y neutralizar así cualquier atisbo de pensamiento” (Le Breton 6).

Por otro lado, el fragmento que estamos analizando también hace alusión a juicios sumarísimos, lo que evocaría en el lector el fusilamiento en el año 2003 de los tres secuestradores de una embarcación marítima que tenían como objetivo llegar a los Estados Unidos. Este incidente desató protestas internacionales y numerosos intelectuales mostraron su desacuerdo. El escritor José Saramago declaró su distanciamiento del régimen castrista con la siguiente frase: “Hasta aquí he llegado. Desde ahora en adelante Cuba seguirá su camino, yo me quedo” (Díaz Medina s/p). Los fusilamientos forman parte del castrismo desde sus primeros momentos de gobierno institucional. El ya mencionado Huber Matos fue acusado y juzgado por traición y sedición. Fidel Castro lo acusó de conspirar con “(...) el dictador Trujillo y también con los batistianos exiliados en Miami” (Matos 318). En su obra, Matos relata los fusilamientos que se producían en la prisión de La Cabaña, los cuales él no presencié, pues estaba encerrado en su celda, pero sí escuchó (404).

En la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña se establecieron a partir de 1959 los Tribunales revolucionarios y los pelotones de fusilamientos dirigidos por Che Guevara (*Íbid.* 275). La institución se convirtió en una de las prisiones más siniestras que existió en Cuba (Arenas, en *Conducta impropia* 42:12-42:30). Huber Matos hace referencia a los prisioneros políticos que allí se fusilaban: “(...) oficiales de la marina, del ejército. Fusilan a jóvenes cristianos que en el paredón antes de la descarga de los fusiles, gritan: ¡Viva Cristo Rey!” (405).

Un paralelismo entre los procesos de Moscú y los juicios cubanos es el de las autoacusaciones. Así se nos dan ejemplos como el siguiente: “el hecho de que en las primeras actas se hablara de cincuenta detenidos y que al juicio solo fueran llevados dieciséis hombres indicaba claramente que éstos eran los que habían pactado un acuerdo y, a cambio de las autoacusaciones, Stalin les perdonaría la vida” (Padura, *El hombre* 210). La autoacusación más conocida de la historia revolucionaria cubana es la del escritor Heberto Padilla, quien fue obligado a retractarse ante los miembros de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Padilla, uno de los poetas más importantes del gremio cubano, comenzó a ser marginado luego de publicar un artículo en la revista *El caimán barbudo* en el que sostuvo una crítica a la “novelita insignificante de Lisandro Otero (...) [y] defendió la novela *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante” (Padilla 181). Manifestar una opinión positiva sobre la obra de Cabrera Infante, escritor que había tomado el camino del exilio desde 1965, podía considerarse como un acto contrarrevolucionario. Padilla afirma que a partir de ese momento su vida cambió completamente, incluso, por orden de Raúl Castro fue vetado del Instituto de Literatura de la Casa de las Américas (*Íbid.* 182). Luego de esto, decidió concursar con su poemario *Fuera de juego* y se alzó con el Premio de Poesía “Julián del Casal” (Martín Sevillano, *Sociedad* 25). El premio le fue otorgado por un jurado internacional y los miembros de la UNEAC no estuvieron de acuerdo con la decisión, “el texto les pareció

políticamente incorrecto” (Albuquerque Fuschini 310). El aislamiento y el control de la policía política hacia el poeta se acrecentó y, en 1971, fue arrestado y conducido a los calabozos de la Seguridad del Estado. Una vez que se dio a conocer la noticia, intelectuales extranjeros se movilizaron redactando la Carta de los Cien Intelectuales que fue publicada en el periódico francés *Le Monde* el 9 de abril de 1971. En esta carta los intelectuales expresaban su inquietud por la suerte del poeta. Entre los firmantes se encontraban Mario Vargas Llosa, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre... (*Íbid.* 316). En los calabozos de la Seguridad del estado, bajo maltrato e intimidación, se le obligó a retractarse por medio de un texto humillante que “dejaba entrever la represión, la tortura y el miedo” (Martín Sevillano, *Sociedad* 25). Luego de este suceso, Padilla fue marginado y condenado a vivir bajo presión hasta que logró salir del país en 1980 (*Íbid.* 319).

Otro ejemplo de autoacusación en Cuba, un tanto más desgarrador, fue el del escritor Reinaldo Arenas, quien para salvar su vida se vio obligado a firmar una carta en la que se retractaba de sus presuntos delitos: “[Su] confesión fue larga; hablaba de [su] vida y de [su] condición homosexual, de la cual renegaba, del hecho de haber[se] convertido en un contrarrevolucionario, de [sus] debilidades ideológicas y de [sus] libros malditos que nunca volvería a escribir; en realidad renegaba de toda [su] vida” (Arenas 229). Tal y como asegura Rojas, con esta novela Padura logra ironizar de forma ejemplar sobre “el mecanismo de la autocensura en la cultura cubana” (“Trotsky” 1268). Este periodo de autoacusaciones y arrestos arbitrarios que se desató en Cuba a partir de los años 70 será abordado en la novela de manera somera con la historia de Iván. Para volver sobre los términos establecidos por Todorov, esto último indica la menor importancia que la novela da al predicado. Sin embargo, y como veremos más tarde, la historia del personaje de Mercader vuelve sobre esta temática con mayor énfasis.

En la novela de Padura se relata el desaliento de Trotsky ante el arresto de muchos otros “contrarrevolucionarios antisoviéticos, como habían bautizado a los miembros de la Oposición” (Padura, *El hombre* 43). Esta misma “campaña contrarrevolucionaria” también se puso en marcha en Cuba a partir de 1959, como hemos señalado antes, y es un subtexto de la narración. Padura precisa las dificultades que se vivieron en la U.R.S.S entre 1936 y 1938, cuando la situación se volvió caótica y el miedo se instaló en la población. Las detenciones e interrogatorios no cesaban: “(...) en Moscú [se] llevarían a juicio a Zinóviev, a Kámenev y a catorce hombres más, acusados de conspirar contra el poder soviético, de cometer el asesinato de Kírov y de organizar complots con la Gestapo para matar a Stalin. La fiscalía pedía penas de muerte” (*Íbid.* 208).

También desde España le llega a Trotsky la “confirmación de que su viejo colega Andreu Nin había desaparecido tras haber sido detenido, acusado de cargos similares a los que se utilizaban en Moscú” (*Íbid.* 395). Al representar el pensamiento de Trotsky, Padura insiste en el terror implantado por las autoridades soviéticas: “Liev Davidovich supo que la más sanguinaria y devastadora ola de terror se había desatado” (*Íbid.* 208).

Sin embargo, nada se dice del terror implantado por las autoridades cubanas, lo cual suscita una cierta incomodidad o perplejidad en el lector. Según el autor, esta novela comienza a escribirse en el año 2004 (*Íbid.* 795) y sería de todo punto imposible que se hubiera olvidado de la represión que tuvo lugar en Cuba en 2003, la cual, como señala Vicente Bloch, no fue la primera y poco se diferenció “de las de septiembre de 1988, abril y agosto de 1989, octubre 1991, diciembre de 1992, agosto de 1994, etc.” (83). En marzo de 2003 agentes de la Seguridad del Estado irrumpieron en las viviendas de opositores en diferentes provincias del país. Allí confiscaron documentos, máquinas de escribir, computadoras y equipos fotográficos (Ojeda Revah 27). En total llegaron a ser arrestados 75 opositores, entre los que se encontraban 27 periodistas independientes. Todos

fueron sometidos a interrogatorios y, luego de juicios sumarísimos, se les acusó de ser agentes al servicio de Estados Unidos. Una vez más las reacciones a nivel internacional no cesaron. Amnistía Internacional aludió al “grupo de los 75” como prisioneros de conciencia encarcelados por razones políticas. Gracias a las presiones internacionales, sobre todo de la Unión Europea, a algunos prisioneros se les otorgaron licencias extrapenales por motivos de salud, entre ellos al poeta Raúl Rivero, quien había sido condenado a 20 años de privación de libertad por actividades subversivas y por transmitir información a medios de comunicación extranjeros como *El Nuevo Herald* y Radio Martí. Este episodio de represión se dio a conocer como la Primavera Negra de Cuba. A partir de este momento Cuba contó con el triste record de ser el país con mayor cantidad de periodistas encarcelados (Rojas, “La represión” 45, Beaulieu 390-403).

Reporteros Sin Fronteras afirmó que los juicios a los periodistas presentaron las características de los juicios estalinistas “audiencia a puerta cerrada, justicia expeditiva, negación del derecho de defensa, testimonios de agentes infiltrados, dossiers montados desde hace meses, declaraciones de vecinos, acusaciones basadas únicamente en delitos de opinión” (en Beaulieu 395). A pesar del silencio existente en Cuba con relación a este tipo de hechos, es cuestionable que el autor no aborde, ni siquiera de manera superficial, los sucesos de 2003 en Cuba.

Padura no cuestiona la verdad de la historia de Rusia, sino la de la historia de Cuba, ofreciendo una versión que reemplaza la falsa versión “oficial” por otra que puede ser auténtica. Es en ese sentido en el que se manifiesta la fuerza centrífuga. Las alusiones indirectas a la historia de Cuba se realizan a través de referencias exactas en la historia de Rusia. En la historia de Cuba dentro de la novela podríamos decir que hay un intento de alusión directa, pero en ese intento fallido se perciben acontecimientos moldeados, el testimonio se acomoda buscando seguir patrones políticos preestablecidos. Sierra Madero, al hacer referencia a los escritos sobre las

experiencias traumáticas de las UMAP, asegura que “los autores que escriben desde la isla son muy cuidadosos con sus posicionamientos políticos” (296), y esto también se confirma en Padura. A través del silencio la novela demuestra la represión existente en Cuba.

Finalmente, cabe señalar que en la década del 90 se realizaron en la isla algunas modificaciones económicas e ideológicas, pero de igual manera la Constitución “sigue siendo una copia caribeña de la Constitución estalinista de la U.R.S.S” (Rojas, “La represión” 45). Esto significa que “expresar un juicio frontalmente crítico del régimen cubano y, sobre todo, de su máximo líder, Fidel Castro, es realizar un acto ilegal” (*Íbid.*). Durante el proceso de escritura de la novela que nos ocupa, es decir, a partir de 2004, la sociedad cubana atravesaba un momento de recrudecimiento de la represión. Si Raúl Rivero fue juzgado por haber dado a conocer, “con mezcla de humor y amargura, (...) las miserias de la vida habanera: los *camellos* y guaguas abarrotadas de gente, las colas interminables, los derrumbes y apagones, el hambre y la sed” (*Íbid.* 46) todos los escritores podían correr la misma suerte. El hecho de “exportar “tergiversaciones de la realidad” cubana: difundir una imagen “desvirtuada” del paraíso castrista” (*Íbid.*) a través de medios de comunicación internacionales llevó al poeta a la cárcel. Sin duda esto gravitaba alrededor del autor de *El hombre que amaba a los perros* y condicionó su escritura, haciéndole abordar de manera oblicua la realidad cubana. El silencio en la novela de Padura puede considerarse como un medio de comunicación. El obviar sucesos cubanos, le permite al autor caracterizar el sistema de gobierno que impera en su país.

### 3.3. Representación histórica

La aglomeración de datos históricos en la novela de Leonardo Padura hace que los personajes no presenten un desarrollo psicológico. La representación del personaje de Trotsky es la de un hombre obsesionado con el hecho de que toda acción está vinculada con la causa revolucionaria. El autor se centra en la vida política del personaje reafirmando así la idea abordada al inicio de este capítulo: al sujeto se le concede gran importancia, de ahí que sean privilegiadas tantas fechas y nombres propios. La lectura de los capítulos sobre este personaje recuerda los manuales de historia. Por un lado, se percibe la profunda investigación histórica y, por el otro, la intensa dedicación del personaje histórico a la defensa de su causa. No obstante, todo esto convierte al León Trotsky construido por Padura en un personaje frío debido a que resulta ser un cúmulo de datos.

Por su parte, las referencias a Joseph Stalin se hacen desde dos puntos de vista. A partir de la historia de Trotsky se le representa como el sepulturero de la Revolución, mientras que desde la historia de Mercader se le concibe como el máximo líder. En cualquier caso, las dos referencias reflejan la figura de Fidel Castro. Al evocar los rasgos de la personalidad de Stalin no podemos desligarlos de aquellos que definieron a Castro, por ejemplo: Trotsky valora “la habilidad manipuladora de Stalin” (Padura, *El hombre* 40) y añade que “había menospreciado la inteligencia del ex seminarista georgiano y no había sido capaz de valorar su genio para la intriga, su desvergüenza para mentir y armar componendas” (*Íbid.*). Efectivamente, en análisis realizados a la personalidad de Fidel Castro se encuentran rasgos similares. Montaner asegura que este individuo se caracterizó por “la intriga partidista” (*Viaje* 30) y Sánchez lo definió como un “ser extremadamente manipulador. De una inteligencia temible, (...) capaz de manipular a una persona o a un grupo de personas sin dificultad ni miramientos” (78-9).

Por otro lado, Stalin se describe como alguien muy cuidadoso con la documentación y así lo expresa Eitingon cuando Mercader indaga sobre su historia. Mercader, queriendo saber si la preparación del asesinato de Trotsky ha quedado registrada de algún modo, recibe la siguiente respuesta: “No, lo nuestro nunca aparecerá. Primero porque casi no se escribió nada, y lo que se escribía iba directamente al archivo personal de Stalin. Beria me contó que, cada cierto tiempo, el Líder Invicto se sentaba frente a una estufa para asar que tenía en Kúntsevo y convertía en humo los papeles que consideraba que nunca debían ser leídos” (Padura, *El hombre* 720). A partir de esta conversación podemos recordar lo aludido por Norberto Fuentes sobre Fidel Castro: “Sólo sobrevive la documentación útil para comprometer a sus objetivos, es decir, a los demás. Pero si se descubriese algún documento inconveniente, algún papel o tape que reclame una explicación, si eso existiese, ya fue localizado y extinguida hasta su última molécula en el fuego a presión de los incineradores” (155).

Juan Reinaldo Sánchez relata que una de sus tareas más importantes cuando trabajaba cerca de Castro fue la de registrar todos sus movimientos diarios: sus itinerarios, las personas con la que se reunía, los asuntos tratados, etc. Todos esos detalles se recogían en libretas y, una vez completadas sus páginas, eran selladas y guardadas en archivos junto con otros documentos, como grabaciones y transcripciones de audio realizadas sin conocimiento de los interlocutores. No obstante, Fidel dio la consigna de que en caso de emergencia era imperativo destruir todos los archivos (Sánchez 159-162, Fuentes 427).

Otra de las características que se destaca de Stalin es “su enconado odio” (Padura, *El hombre* 686) hacia los judíos. Trotsky remarca el antisemitismo de Stalin a partir de las listas de prisioneros rusos que estaban encabezadas por judíos (*Íbid.* 394). En otro pasaje se aborda el “llamado «complot de los médicos judíos»” (*Íbid.* 683-4, énfasis del autor) y se añade que luego

de su descubrimiento se “aprovechó la causa para sacar de la circulación a otros judíos y no judíos potencialmente peligrosos por sus ideas o por su simple conocimiento de molestos secretos” (*Íbid.* 686). Esto se podría asociar a la marginación que los afrodescendientes han sufrido históricamente en Cuba y que la Revolución pretende borrar en papel, pero mantiene en la práctica. A mediados de la década del 60, el gobierno cubano llevó a cabo campañas bélicas en África a las que siempre procuró enviar a miembros de este grupo étnico. La justificación radicaba en que si alguno moría en el campo de batalla y su cuerpo era recuperado por el enemigo, ellos no podrían identificar la nacionalidad y, por ende, tampoco podrían inculpar al gobierno cubano de injerencia. Fuentes asegura que en realidad Fidel se deshacía “«de un poco de negros»” (244, énfasis del autor) bajo el pretexto de ayudar a la U.R.S.S a conquistar África (*Íbid.*).

A propósito de este asunto Carlos Alberto Montaner considera que:

Los negros y mulatos tenían que ser castristas, o se convertían en traidores a la Revolución, a su raza y a la patria. Un blanco anticastrista era, simplemente, un contrarrevolucionario. Un negro anticastrista era, además, un ingrato traidor, y así lo trataba la policía si era detenido por manifestar su repudio al Gobierno o por solicitar la salida del país. Antes, por ser negros, no podían entrar a los clubes de la burguesía. Ahora, por ser negros, no podían pensar con su cabeza. (*Viaje 220*)

En conclusión, vemos que al resaltar las características de Stalin, también se proyecta la figura de Fidel Castro. El autor considera uno de los aspectos más polémicos de la historia reciente de Cuba, en vigor hasta principios del siglo XX: la imposibilidad de considerar el racismo y el machismo que pervivía en el país debido a que la Revolución había acabado con ellos por decreto.

#### IV. La revisión del socialismo en España: Ramón Mercader

Ramón Mercader es la figura histórica que cuenta con mayor cantidad de capítulos en *El hombre que amaba a los perros*, lo que permite a Padura darle cierta complejidad a un personaje histórico vilipendiado, pero poco conocido. Mercader ha quedado representado en la historia superficialmente como el asesino de Trotsky, pero poco se sabe de cómo se genera su militancia comunista o su participación en la guerra civil española. Padura reconstruye la historia del personaje desde 1936 hasta el asesinato de Trotsky y, posteriormente, da noticias de su vida en Rusia.

Para su representación del personaje Padura contó con escasos documentos históricos, puesto que la figura de Mercader no ha sido atendida por la historiografía. Por ello Padura argumenta que la construcción de este personaje se realizó a partir de muy pocos hechos comprobados. El autor añade que la profunda investigación realizada para su creación lo conduce a imaginar que todo haya sucedido tal y como él lo relata (Padura, Entrevista 03:02-03:56). La construcción de este personaje permite recrear la convulsa situación de España en los años 30, ofreciendo detalles sobre la República y la Guerra Civil y analizando los grupos de izquierda que surgieron en aquel entonces.

La figura de Mercader se reconstruye de dos formas: la primera a partir del narrador en tercera persona y la segunda a partir de la descripción que de él realiza Iván en primera persona. Ambos se conocen en una playa habanera cuando Mercader paseaba a sus perros. A partir de este encuentro “empezaron a abrirse las puertas de un universo de cuya existencia hasta ese momento había tenido nociones vagas y ortodoxas” (Padura, *El hombre* 314). Iván realiza conjeturas sobre la identidad del hombre y es aquí donde juega un importante papel la memoria. A partir del

recuento de la presencia de Ramón Mercader en Cuba se aborda someramente la difícil situación del país en los años 70. La búsqueda de información sobre el personaje histórico y sobre su víctima permite vislumbrar un momento histórico que impactó decisivamente a los cubanos.

La novela recurre a la memoria a través de tres temporalidades. En la primera Iván relata la precariedad cotidiana en la que han vivido él y su esposa, quien ha muerto recientemente. Después realiza un salto al pasado para ubicarse en el momento en que conoció a su esposa durante el Periodo Especial, es decir, unos quince años antes. Esa vuelta al pasado tiene un objetivo preciso, abrir una nueva temporalidad desde la que se realiza una nueva regresión a la década de los años setenta. Así, se abre un relato dentro del relato que narra los encuentros del joven Iván con Ramón Mercader. La novela relata cómo Iván había sido durante largo tiempo redactor de una revista de temas veterinarios, pero la crisis de los años noventa cerró esta publicación. Es entonces cuando Iván trabaja como ayudante en la Escuela de Veterinaria, donde conoce a su esposa cuando esta lleva a su perro a la clínica. Las tres temporalidades nos llevan a momentos históricos de relevancia, pese a que estos se presentan velados.

A través de los capítulos de *El hombre que amaba a los perros* se percibe la construcción del referente y del referido. Si para la construcción del referente se parte de un discurso preestablecido, el referido se construye a partir del “material retomado (...) mediante ciertos procedimientos propios de la narración novelística” (Jitrik 53). Esto significa que el referido es sin duda un “proceso de referenciación” (*Ibid.* 80) que se acompaña de ficción. Cuando hablamos de material retomado no hacemos referencia a documentos históricos, sino a las vivencias recuperadas a través de la memoria. Estas vivencias son las del propio autor, que las transfiere a un personaje con quien comparte muchos rasgos.

Al analizar la novela histórica, Jitrik alude a la intención subyacente en la narrativa de algunos autores quienes, al exaltar el referente, acentúan el referido (63). En la novela de Padura se registran hechos acontecidos en Rusia y España para a través de ellos considerar eventos sucedidos en Cuba, a pesar de que estos no se expliciten. Podría parecer contradictorio, pero la importancia dada a los hechos foráneos hace que el lector cubano, o todo aquel que conozca la historia post revolucionaria, extraiga él mismo la historia de Cuba a partir de la narración de otras.

En los capítulos dedicados a Iván, el referido, el narrador se presenta en primera persona y el lenguaje utilizado es informal, lo cual contrasta con el utilizado en los capítulos dedicados a los personajes históricos. El propio nombre de Iván se convierte en metáfora, puesto que es el adoptado para identificar a un huracán que se cierne sobre la isla. Jorge Fornet, haciendo referencia a la utilización de este recurso en la narrativa cubana, apunta que “se trata de una no muy velada metáfora que aparece una y otra vez y que apenas comienza a dar síntomas de desgaste” (386). Los ciclones, tormentas y huracanes son un tema recurrente en la obra de Padura, que establece analogías entre las condiciones meteorológicas y el clima político (Ponte s/p). Si bien su obra se sitúa en un país tropical en el que año tras año se sufren estos fenómenos, su uso deviene un símbolo que tiene como peculiaridad “conmover un país, desatar la alarma y despertar el miedo” (J. Fornet 386). Fornet, refiriéndose a la novela de Padura, agrega que [m]ás que al viento y la lluvia, que no llegan, es a la palabra a lo que se teme” (*Ibid.*). Ese miedo del cual habla Fornet se contextualiza en el primer capítulo de la novela cuando se presenta al protagonista cubano. Allí se anuncia lo que será contado después: “la revulsiva historia de odio, engaño y muerte” (Padura, *El hombre* 27) que Iván había guardado durante años, pese a que el miedo haga que la historia no se explicita cabalmente.

#### 4.1. Mercader

Ramón Mercader se presenta en la novela en el momento en que acepta el encargo de asesinar a Trotsky (Padura, *El hombre* 47), durante un combate de la Guerra Civil española (1936-1939), en la que Mercader y su familia participan del lado republicano. Ramón Mercader es narrado, como Trotsky, en tercera persona, y se presenta como un joven arrastrado por su madre hacia la militancia comunista. La figura de la madre adquiere cierta relevancia en la historia, pues se la hace responsable de que su hijo fuera encomendado con la misión del asesinato de Trotsky.

Padura destaca el trabajo de espionaje de Mercader para los servicios secretos de la U.R.S.S. Bajo el seudónimo de Adriano, Mercader se infiltra en lugares frecuentados por los integrantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) para así controlar los pasos de su principal líder, Andreu Nin. Con la ayuda de Mercader, Nin fue apresado, torturado y asesinado, a pesar de que sus verdugos no consiguieran extraer de él información. Su figura aparece en las dos historias, la de Trotsky y la de Mercader, y con ella se considera el alcance del espionaje ruso y sus métodos de tortura. Implícitamente, esta narrativa nos conduce a la desconocida historia del espionaje cubano.

Una vez instituida la Revolución cubana, el gobierno planea el secuestro del antiguo dictador del país, Fulgencio Batista, quien había escapado de La Habana poco antes de que esta fuera tomada por las fuerzas revolucionarias el 1<sup>ro</sup> de enero de 1959. Antonio de la Guardia y otros (para)militares cubanos preparaban un plan de secuestro del dictador, que sin embargo no llegó a materializarse porque el dictador falleció repentinamente en 1973 (Fuentes 97). Norberto Fuentes apunta en su obra a la participación del coronel de la Guardia en otras misiones secretas, como la desarrollada en Argentina a través de su apoyo al grupo Montoneros (152).

El espionaje fue una de las principales características del estalinismo y también ha formado parte de las prácticas políticas y militares cubanas. *Dulces guerreros cubanos* de Fuentes es una de las pocas obras que ofrece información de primera mano sobre las actividades de los servicios secretos cubanos. El escritor fue él mismo agente secreto y era amigo personal de altos cargos militares, como Antonio y Patricio de la Guardia, de quienes indica estaban sometidos a un estricto control secreto (46, 33, 123). Fuentes ofrece un dato curioso a nivel literario, el de que la casa habanera de Gabriel García Márquez, fiel defensor del castrismo hasta el final de su vida, “estaba sembrada de técnica” (Fuentes 76), aludiendo a los dispositivos de escucha instalados en ella por parte de los servicios secretos. El hecho de que Fuentes trabajara para los servicios secretos es revelador, pues lo hizo a partir de ser señalado como contrarrevolucionario durante el proceso del “caso Padilla”; entre sus misiones destacó la de asediar a Reinaldo Arenas (Arenas 115, 250).

La obra de Padura recuenta el encuentro entre Mercader y George Orwell, con quien habló de política y por quien supo de la existencia de los perros borzois que el escritor consideraba “el galgo más elegante y bello de la Tierra” (Padura, *El hombre* 221) y que serán los perros que Mercader pasee por la playa de La Habana cuando conoce a Iván. Padura demuestra su interés por Orwell en los capítulos de Mercader y vuelve a él más tarde a través de la voz narrativa de Iván: “la fábula futurista e imaginativa de Orwell en *1984* terminó convirtiéndose en una novela descarnadamente realista. Y nosotros sin saber nada... ¿O es que no queríamos saber?” (*Ibid.* 651). Es relevante tener en cuenta que la crítica que Orwell realizó del totalitarismo en su obra le valió el ser censurado en Cuba.

Iván señala cómo la crisis del Periodo Especial fue un momento en que empezó a conocerse la historia del comunismo ruso en el país, señalando indirectamente la censura, manipulación y control de información que el gobierno cubano había llevado a cabo.

(...) las represiones y genocidios de pueblos, etnias, partidos políticos enteros, de las persecuciones mortales de inconformes y religiosos, de la furia homicida de los campos de trabajo, del asesinato de la legalidad y la credulidad antes, durante y después de los procesos de Moscú. Muchos menos tuvimos la menor idea de quién había sido Trotski ni de por qué lo habían matado, o de los infames arreglos subterráneos y hasta evidentes de la URSS con el nazismo y con el imperialismo, de la violencia conquistadora de los nuevos zares moscovitas, de las invasiones y mutilaciones geográficas, humanas y culturales de los territorios adquiridos y de la prostitución de las ideas y las verdades, convertidas en consignas vomitivas por aquel socialismo modélico, patentado y conducido por el genio del Gran Guía del Proletariado Mundial, el camarada Stalin. (*Íbid.* 650-1)

Al hilo de la penuria experimentada por la población cubana en el Periodo Especial, el narrador recrimina al gobierno cubano ser “defensores de una rígida ortodoxia con la que condenaron la menor disidencia del canon que sustentaba sus desmanes y megalomanías” (*Íbid.* 651).

Durante su trabajo de espionaje, Mercader recibe la noticia de que era urgente eliminar la resistencia de ciertos militares que eran aún fieles a Francisco Largo Caballero, quien presidió el Gobierno de la Segunda República española y cuyo gobierno socialista mostró hostilidad a los soviéticos. Stalin en persona parece haber sugerido la necesidad de realizar “purgas en los mandos y [que] se designaran dirigentes más capaces (...) se imponía quitar del camino a oponentes recalcitrantes” (*Íbid.* 155). El fragmento remite a las purgas efectuadas por Fidel Castro en 1959: “solo 500 militares de Batista sobrevivieron a los fusilamientos” (Fuentes 274). Baste citar como ejemplo que en Santiago de Cuba, y sin previo juicio, se fusilaron a más de 200 militares y el

paredón de fusilamiento de la Fortaleza de La Cabaña, al mando de Ernesto Guevara, operaba de manera continua (Matos 274-5).

Otro ejemplo de purga sería la oleada de arrestos que siguió a la detención de los acusados en el Caso Ochoa y que se conoció como la Causa número 2 de 1989. Entre otros, fue detenido el General de División José Abrantes Fernández, Ministro del Interior de Cuba (MININT), quien fue condenado a 20 años de prisión por los delitos de corrupción, manipulación y por ocultar información importante para el Gobierno cubano (Colomer 156). Su muerte en prisión dos años después por un problema cardíaco ha sido considerada sospechosa (Sánchez 427). En ese mismo año se celebraron juicios a otros cargos del MININT, de donde también fueron despedidos muchos funcionarios; la persecución también afectó a miembros del ejército, algunos de los cuales se suicidaron (Colomer 156, Alberto 221). La narrativa de la historia de España, en la que se resalta el referente, evoca en el lector otra historia que le es más cercana y, así, la importancia acordada al referente permite exaltar al referido.

La novela aborda también las condiciones de las cárceles españolas de la época, que “desbordaron de presos, aviesamente mezclados los comunes y los políticos” (Padura, *El hombre* 118). Esta mezcla de presos evoca las prisiones cubanas tan bien descritas por Huber Matos y Reinaldo Arenas, en las que además se infiltran agentes de la Seguridad del Estado para prevenir cualquier tipo de actividad considerada peligrosa (Arenas 215, Matos 415, 510). Un ejemplo más lo vemos cuando, al hacer alusión a la situación de los prisioneros españoles, el narrador relata: “No fue que las acusaciones lanzadas sobre ellos resultaran falsas: era cierto, ellos conspiraban para subvertir el orden, pero también a esa opción se suponía que tenían derecho en una república como la que, según pregonaban, existía en un país supuestamente democrático desde 1931” (Padura, *El hombre* 118). Acercarse a la temática de los derechos posibles, o no, dentro de una

sociedad democrática, también tiene un objetivo: abordar un tema sobre el que adolece la sociedad cubana. En Cuba falta mucho por hacer en cuanto a la democratización de su sistema político, porque allí, ante todo, se carece de libertad para escoger o rechazar a sus dirigentes e incluso para señalar las carencias existentes en el país. Así pudo constatarse en el año 1997, cuando Vladimiro Roca, Marta Beatriz Roque, Félix Bonne Carcasés y René Gómez Manzano redactaron el documento *La Patria es de todos* y, más tarde, en 2002, cuando Oswaldo Payá Sardiñas propuso el *Proyecto Varela*, respaldado por miles de firmas, en el que sugería cambios para afrontar las situaciones difíciles políticas, sociales y económicas que atravesaba el país (Rojas, “La represión” 46, Castañeda 14). En el primer caso, la respuesta del gobierno fue la encarcelación de los firmantes de este documento. En el segundo, reformó la constitución declarando el socialismo irrevocable y, además, durante la ola de represión que se desató a partir del marzo de 2003 se dio a la tarea de detener a una gran parte de los opositores que habían participado en este proyecto. La reacción ante estos proyectos democratizadores revelaban la deriva totalitaria del gobierno (Castañeda 21, Bloch 95). Es importante tener en cuenta que estos sucesos tuvieron lugar durante el proceso de redacción de la novela, por lo que es lógico pensar que tuvieron un impacto en el autor.

Mercader fue encarcelado por sus actividades políticas y su conspiración contra la República, aunque no pasó mucho tiempo en la cárcel, tan sólo ocho meses en los que refuerza su posicionamiento político (Padura, *El hombre* 118). Este detalle evoca el encarcelamiento de Fidel Castro tras el ataque al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, un acontecimiento que la historia oficial del país ha enfatizado repetidamente. El 26 de julio de 1953 un grupo de hombres dirigidos por Castro ataca el Cuartel Moncada, considerado como la segunda posición militar en importancia dentro del país. La reacción del gobierno de Batista fue brutal (Rojas, *Historia* 36). Los atacantes

que no fueron asesinados inicialmente, fueron juzgados más tarde. Entre estos últimos se encontraba Fidel Castro, quien fue condenado a 15 años de privación de libertad. Sin embargo, y es aquí donde se manifiesta un paralelo con la historia de Mercader, el grupo de atacantes juzgado no estuvo durante mucho tiempo encarcelado. Con el trabajo realizado por los integrantes del partido ortodoxo se logró la amnistía de los moncadistas en 1955, los cuales se vieron obligados a exiliarse en México (*Íbid.* 55-9). El ataque al Cuartel Moncada no fue más que una gran derrota, a pesar de que Fidel Castro siempre consideró el hecho como una gran victoria (Franqui 55) y así lo dejó filtrar en diversos discursos institucionales, como el educativo o el historiográfico.

Al igual que sucede con Mercader en la obra de Padura, Fidel Castro reforzó sus ideales políticos durante sus dos años de prisión en Isla de Pinos. Castro cuenta en su correspondencia que ha leído *El Caballero de la Esperanza*, una biografía del dirigente comunista Luis Carlos Prestes, o que está estudiando profundamente *El Capital* de Karl Marx (Franqui 347). Las cartas revelan cómo Castro aprovecha su estadía para desarrollar sus convicciones políticas e intelectuales (*Íbid.*).

La novela de Padura relata con detalle la preparación del asesinato de Trotsky por parte de Mercader: su entrenamiento y su transformación en el “Soldado 13” (Padura, *El hombre* 272). Como parte de su entrenamiento, Mercader recibe el encargo de asesinar a opositores al régimen de Stalin (*Íbid.* 284), lo cual remite a prácticas similares que acabaron con los detractores de la Revolución cubana. Varios cubanos que formaron parte del alto mando luego del triunfo revolucionario se exiliaron y, años después, fueron asesinados en el extranjero. En ese grupo estaba Aldo Vera, caracterizado por Norberto Fuentes como “un infatigable contrarrevolucionario” (118), quien fue asesinado en Puerto Rico bajo las órdenes de los servicios cubanos de inteligencia. Aldo Vera formó parte del Movimiento 26 Julio, liderado por Fidel Castro, pero tras el triunfo de la

Revolución se exilió en Estados Unidos. En 1976, un militante de Los Macheteros, grupo paramilitar boricua dirigido por Antonio de la Guardia, lo asesinó en San Juan (*Ibid.*).

Mercader parece mantenerse al tanto de todo lo que acontecía en España: “solo le llegaban los estertores dolorosos de la guerra. La caída de Barcelona parecía ser el acto final, y los reportes de que Franco había entrado en una ciudad que lo vitoreaba llenaron de amargura a Ramón Mercader” (Padura, *El hombre* 387). Caridad, su madre, lo informaba sobre la actividad de los trotskistas del POUM, sublevados contra la República, y sugiere la presunta alianza entre Franco y los miembros de este grupo, quienes “informa[ba]n a los fascistas con mapas y hasta las claves de comunicación del ejército” (*Ibid.* 230). Ante la desconfianza de Mercader, su madre revela la extensión de su manipulación y de sus intereses políticos:

—Eh, eh... Tú sabes que la mitad de lo que dices es mentira.

—¿Estás seguro? Aun así, si fuera mentira, de todas maneras lo convertiremos en verdad.

Y eso es lo que importa: lo que la gente cree.

Ramón asintió. Aunque le costaba aceptar la mezquindad de aquel montaje, reconocía que lo importante era ganar la guerra y, para hacerlo, se imponían limpiezas como aquella. (*Ibid.* 230-1)

De manera paralela, el gobierno cubano ha generado un número de fabricaciones delictivas a lo largo del tiempo. Durante la década del 60, cuando comenzaron las restricciones de prácticas y grupos religiosos, un opositor al régimen se refugió en un recinto religioso, lo cual le valió una condena al sacerdote Miguel Ángel Loredó. La operación propagandística del régimen acusó al religioso de planificar el ocultamiento del contrarrevolucionario (Montenegro González 289),

aunque todo parece indicar que el sacerdote estaba en la lista negra del gobierno debido a sus sermones anticomunistas. A pesar de no ser culpable, el Padre Loredo fue apresado, condenado a 15 años de privación de libertad y sometido a trabajos forzados (Cancio Isla, “Fallece” s/p).

La mayor parte de eventos históricos que la novela de Padura señala al relatar la vida de Trotsky y de Mercader tiene una correspondencia con sucesos paralelos durante el régimen de la Revolución cubana. Si bien los sucesos no son explícitamente tratados, sí están implícitamente aludidos desde una lectura informada por la experiencia. Farber entiende que “Padura desafía muchos de los mitos y convenciones sobre el papel del Partido Comunista en la Guerra Civil española que aún predominan en Cuba y que tanta influencia tuvieron en el resto de América latina” (78). Por ejemplo, el narrador de la obra considera que el intervencionismo de la Unión Soviética en la política española de las primeras décadas del siglo XX, lo que se relaciona con el extenso internacionalismo bélico de Cuba en África y Latinoamérica. En la década del 70, por ejemplo, con el objetivo de ayudar al gobierno de Agostinho Neto a conquistar la independencia de Portugal, Cuba envió a Angola grandes contingentes de hombres y armamento (Fuentes 101, Sánchez 396).

Más allá de representar el momento histórico, en la narración de Padura se percibe el interés de ratificar el modo en que ha funcionado la política comunista, ya que el autor insiste en esto al reconstruir la vida de cada uno de los personajes. Trotsky seguía los procesos de Moscú por medio de artículos de periódicos y a través de la radio (Padura, *El hombre* 195); Mercader precisa estar al tanto de la situación española porque debe saber hasta qué punto será importante su responsabilidad y su discreción (*Ibid.* 157). Finalmente, en la historia de Iván se va a revelar la manipulación de la información y la censura que sobre muchos eventos históricos operó en Cuba (*Ibid.* 650).

La ficcionalización del personaje de Ramón Mercader en la obra de Padura resulta compleja. Por un lado, el narrador lo describe como un hombre manipulado que ha sido arrastrado por su madre a la militancia comunista y que no tiene la opción de tomar sus propias decisiones. Se especifica también la influencia que ejerció en su vida su pareja, África de las Heras, comunista española que trabajó para la Unión Soviética. África es representada como una militante radical, capaz de “citar de memoria pasajes de Marx, Engels y Lenin, hablaba del querido camarada Stalin como la encarnación del futuro en la Tierra y lo llamaba con veneración Guía del Proletariado Mundial” (*Íbid.* 110). Es la influencia de esta mujer la que parece instigar en Mercader su veneración de Stalin y odio hacia Trotsky.

Por otro lado, y a través de las descripciones que hace Iván, el personaje se dibuja como un ser vulnerable y hasta cierto punto desvalido. A medida que Iván reconstruye la historia que le ha sido contada, también aumenta su compasión por Ramón.

En algún momento descubrí también que se iba adueñando de mí una molesta y sibilina mezcla de desprecio y compasión (sí, *compasión*, y nunca he tenido dudas respecto a la palabra ni a lo que denota) por aquel Mornard-Jacson-Mercader dispuesto a cumplir lo que había asumido como su deber y, sobre todo, como una necesidad histórica reclamada por el futuro de la humanidad. (*Íbid.* 327, énfasis del autor)

Todo esto convierte al personaje construido por Padura en un sujeto contradictorio (Westphalen 250). Ramón Mercader parece no haber podido desarrollar su carácter por sus circunstancias vitales; él mismo se define como “una marioneta” (Padura, *El hombre* 732). La importancia concedida a la historia en la novela solo deja ver las acciones que Mercader realiza en función de la causa revolucionaria. No obstante, en algunos momentos el personaje sí parece tener

criterio, como cuando recibe la noticia de que ha tenido una hija: “Ramón Mercader pensaría, casi hasta gastar la idea, que en su vida, tan llena de convulsiones tremendas, una de las mayores y más aleccionadoras sacudidas fue la recibida con aquella noticia” (*Íbid.* 119). En los pocos pasajes en los que se aborda esta temática el personaje aparece humanizado: “por primera vez en muchos meses, [pensó] en su hija, Lenina, de cuya vida y destino nunca había vuelto a tener noticias. Ya debía de tener seis años y tal vez todavía vivía en España, sin la menor idea de quién era su padre. ¿Cómo habría sido vivir con su hija?” (*Íbid.* 635-6). Más adelante, hacia el final de la novela, se describe el momento en que Ramón recibe una carta de África anunciándole la muerte de Lenina:

Su alegría al recibir aquella carta, (...) se convirtió en un dolor sordo del que nunca lograría librarse. Lenina se había sumado a una más que moribunda guerrilla antifranquista y había muerto en una escaramuza (...) El hecho de no haber tenido nunca la menor posibilidad de influir en la vida de una persona engendrada por él no alivió el extraño dolor que le provocaba la muerte de un ser que, desde siempre, solo había sido un nombre. (*Íbid.* 731)

Al igual que sucede con el personaje de León Trotsky, la importancia acordada a los hechos históricos y la utilización de datos de archivo para su construcción le resta personalidad. Esto contrasta con la historia de Iván, la cual se convierte en el texto ficcional más cumplido. Su historia tiene mayor fluidez porque se narra desde la experiencia del autor y no desde un archivo y, en este sentido, logra enlazarse con la obra anterior de Padura, poblada de narradores *alter-ego*. Iván puede considerarse como el protagonista de esta novela. Su historia podría parecer insignificante, pero es clave para apuntar a la historia desconocida de Cuba. A través de Iván descubrimos los horrores del estalinismo porque se supone que es él quien asume el rol de narrador en los capítulos de Trotsky/Rusia y Mercader/España. Según José Antonio Ponte, Iván se convierte en el depositario

de un secreto, pero “[n]o se atreve (varias veces alude al miedo) a extender hasta él mismo aquella historia” (s/p).

Existen otros personajes secundarios en la novela que sin embargo dejan ver también ciertas constantes de la obra. Por ejemplo, el chofer de Mercader suele aparecer inicialmente acompañándole, en una posición subalterna. Es presentado simplemente como “el negro alto y flaco”(Padura, *El hombre* 96), sin ser nombrado, a pesar de que hay oportunidades de que el narrador lo haga, sobre todo porque, una vez Mercader desaparece, Iván vuelve a tener contacto con él.

Y cuando creía que comenzaba a tener un entendimiento más o menos cabal de todo aquel desastre cósmico y lo que había significado el crimen de Mercader en medio de tanta felonía, una noche oscura y tormentosa —como cabía esperar en esta historia oscura y tormentosa— tocó la puerta de mi casa el negro alto y flaco que en 1977 había escoltado a Ramón Mercader y a sus galgos rusos mientras se metían en mi vida. (*Ibid.* 546)

A partir de aquí se narra entonces la conversación entre los dos personajes, pero no parece importante llamarlo por su nombre. Tampoco en este encuentro se esclarece el porqué Mercader se encontraba en Cuba. A pesar de que conversaba mucho con su chofer, Mercader “nunca [l]e confesó quién era ni lo que había hecho..., eso tuv[o] que descubrirlo [él] solo” (*Ibid.* 659), pero es curioso que a pesar de haberlo descubierto, no lo verbalice ni tampoco Iván muestre curiosidad en saber qué descubrió.

Existen ciertas constantes que entrelazan a los tres personajes principales. La primera sería la que cifra el título de la obra: su amor por los perros, pero existen otras experiencias comunes. Una de ellas es el miedo. En el caso de Trotsky, este se manifiesta de muchas formas, como a

través de la construcción de una fortaleza con la cual protegerse de posibles ataques o al buscar información sobre los juicios de Moscú y percatarse “hasta qué punto el país que había ayudado a fundar se había convertido en un territorio dominado por el miedo” (*Íbid.* 206). En el caso de Mercader el miedo “se convirtió en una presencia inquietante” (*Íbid.* 47). Sin embargo, estos miedos no paralizan a estos dos personajes, estableciéndose así un contraste con el personaje de Iván, a quien el miedo lo obliga a narrar una historia incompleta.

Otro de las constantes que unen a los tres personajes es el silencio que se les impone. Trotsky fue excluido de su actividad política y después silenciado en el recuento histórico. Mercader fue obligado a callar, tanto en su preparación del asesinato de Trotsky como cuando fue apresado. A su regreso a la Unión Soviética se le advirtió que todos sus movimientos debían ser aprobados por la KGB y solamente podría relacionarse con familiares o expatriados españoles: “Todavía estaba obligado a guardar silencio, dijo amable pero claramente aquel dinosaurio, sin duda sobreviviente de los tiempos de Beria y Stalin” (*Íbid.* 699).

Finalmente, los tres son personajes que se representan como víctimas de sus circunstancias. Trotsky y Mercader acaban perdiendo su entidad como ciudadanos y vagan por un mundo para el cual no tienen visado (*Íbid.* 697): el primero en su proceso de sucesivos exilios y el segundo al encontrarse sin destino tras salir de la cárcel. Ninguno pudo volver a su país natal, lo cual anhelaban. Por su parte, Iván carece de opciones y muere aplastado, literal y simbólicamente, por la negligencia política.

## 4.2. Autocensura y contradicciones narrativas

Al igual que sucede en la narrativa que presenta la última parte de la vida de Trotsky, en los capítulos dedicados a Ramón Mercader nuevamente se percibe el temor del autor a ahondar en asuntos políticamente conflictivos. El autor sabe que los regímenes comunistas han tratado de eliminar de la historia toda información que los incriminara y que “conciben el control de la información como una prioridad” (Todorov, *Los abusos* 13). La historia que el autor reconstruye sobre dos países que vivieron la política estalinista se convierte en fuente de información sobre Cuba. Un ejemplo de esto lo vemos en el modo utilizado para describir la Lubyanka, el cuartel de la KGB: “el edificio más temido de la nación” (Padura, *El hombre* 287). La Lubyanka se percibe como una metáfora de Villa Marista, la sede principal de la Seguridad del Estado cubana<sup>13</sup>. En uno de los capítulos sobre Mercader, el narrador señala lo siguiente sobre el edificio soviético: “Solo de mirar el edificio, tan denso que parecía encajado en la tierra y por cuya acera no transitaba nadie, se sentía la fuerza emanante de la impiedad más real: la que, como voluntad de un dios inapelable, decide sobre la vida y la muerte, sin necesidad de protocolos, por encima de toda ley social” (*Ibid.*).

En Villa Marista se ha practicado sistemáticamente la llamada tortura blanca (que no deja huellas) con medidas como uso constante de luz para que el prisionero pierda la noción del tiempo, la prohibición de dormir, las entrevistas en cualquier momento de día, etc. (Raffy 490, Burgos12). De manera similar, Reinaldo Arenas relata en *Antes que anochezca* que durante su primer

---

<sup>13</sup> Se le conoce popularmente como Villa Marista, porque allí se encontraba, antes del triunfo de la Revolución, la escuela de la orden de los Hermanos Maristas (Fuentes 134).

interrogatorio se le advirtió que el hecho de estar en Villa Marista significaba poder desaparecer sin que nadie lo supiese. Sobre su entrada en Villa Marista Arenas cuenta lo siguiente:

Me sentaron en un sillón que parecía como una silla eléctrica, llena de correas en los brazos y en las patas; sí, era una especie de silla eléctrica tropical. Allí me fotografiaron y me tomaron las huellas digitales. Después, me llevaron para el segundo piso; a mi paso veía las pequeñas celdas con un bombillo que se mantenía día y noche encendido sobre la cabeza del prisionero; comprendí que aquel sitio era, en efecto, más terrible que la Inquisición. (226)

Otro autor que ha documentado las prácticas llevadas a cabo por los servicios secretos cubanos fue Heberto Padilla, quien relata el “rito macabro” (215) que sufrió en Villa Marista tras su arresto: “[l]os golpetazos eran cada vez más continuos contra aquel suelo de madera. La cabeza, la frente, las piernas, mi cuerpo todo se hizo un amasijo de dolor. Lo último que recordé fue un topetazo en la nariz y en las sienes” (*Íbid.*).

Lubyanka y las prácticas de tortura que en ella tenían lugar se proyectan en Villa Marista o El Morro<sup>14</sup>. Por otra parte, estas dos instituciones tienen algo en común: ambas han sido controladas por la KGB. Según afirma Arenas, el edificio de la Seguridad cubana estaba controlado por oficiales soviéticos que, además, “eran los más respetados y temidos; todos se cuadraban ante ellos como si fueran generales” (227).

---

<sup>14</sup> El Castillo del Morro fue construido por los españoles en la época colonial, con el objetivo de defender la ciudad de La Habana de posibles ataques de corsarios y piratas. Allí se instauró una de las prisiones más horribles de Cuba y fue el lugar donde Reinaldo Arenas cumplió dos años de condena de 1974 a 1976 (Arenas 203-249).

La preocupación de Padura por el pasado puede relacionarse con el deseo de desentenderse del presente. Todorov argumenta que recordar sucesos y sufrimientos del pasado nos lleva a estar alerta ante esas problemáticas para evitar que se repitan (*Los abusos* 52). El hecho de enfocarse en la política de Stalin y acusar su proceder lo hace “aparecer como un bravo combatiente por la memoria y por la justicia, sin exponer[s]e a peligro alguno ni obligar[s]e a asumir [sus] eventuales responsabilidades frente a las miserias actuales” (*Íbid.* 52-3). Padura se interesa por el pasado de los otros, sin embargo, se desentiende del pasado cubano y es aquí donde se manifiestan incoherencias. Si bien existe un intento de abordar el pasado cubano, se generan silencios que revelan el movimiento centrífugo.

Un ejemplo sería el capítulo 14 de la novela, que se dedica a la preparación de Mercader para llevar a cabo la misión de asesinar a Trotsky. El capítulo se desarrolla en la Unión Soviética y en él se ofrecen detalles de los juicios de Moscú. Como parte del entrenamiento, el mentor de Mercader, el agente Kotov, lo conduce a presenciar un juicio sumarísimo. El narrador hace énfasis en las figuras de Nikolái Bujarin, una figura política que formaba parte de las altas esferas del partido, y Guénrij Yagoda, comisario de Asuntos Internos de Rusia. Al describir el juicio de Bujarin se relata que este

admitió la monstruosidad de sus crímenes y se reconoció responsable, política y legalmente, de promover el derrotismo y de planear actos de sabotaje (aun cuando personalmente, aclaró, él no intervino en la preparación de ninguna acción concreta y negaba su participación en los actos de terrorismo y sabotaje más siniestros). Lo evidente era que Bujarin había finalizado su alegato del modo en que solo podía hacerlo un traidor: «Arrodillado frente al Partido y el país», dijo, «espero vuestro veredicto». (Padura, *El hombre* 306)

Al leer este pasaje algunos lectores podrán transportarse al juicio del general Arnaldo Ochoa, quien en su intervención final declaró:

[...] no albergo en lo absoluto ningún reproche por lo que aquí se ha dicho, pues yo comparto la opinión de todos en lo que se ha dicho hasta este momento, que creo que se ha hecho una valoración justa y meridiana de la realidad [...] yo creo firmemente, conscientemente en mi culpabilidad y si aún puedo servir aunque sea de un mal ejemplo, la Revolución me tiene a su servicio, y si esta condena, que puede ser por supuesto el fusilamiento, llegara, en ese momento sí les prometo a todos que mi último pensamiento será para Fidel, por la gran Revolución, que le ha dado a este pueblo. Gracias. (Celorio 41)

La descripción del juicio de Yagoda remite inevitablemente a los juicios políticos en Cuba. Tanto en la Unión Soviética como en Cuba estos simulacros de justicia consistían en una inicial confesión, seguida de una retractación que obliga al juez a detener el proceso. En este capítulo sobre Mercader, uno de los más extensos de la obra, el autor ofrece demasiada información que no deja lugar a dudas de que hay una intención comparativa por ausencia.

De igual modo, el recuento de la historia de España ofrece información sobre la debilidad del Partido Comunista, algunos de cuyos miembros procedían del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Existía un comunismo antisoviético con ideales trotskistas, representado por el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) (Paniagua 276-7), que apoyaba el ideal de Trotsky de la revolución permanente. El narrador documenta la presencia del comunismo antisoviético en España, sin embargo, esta temática resulta bastante superficial cuando la aborda dentro de la historia de Cuba.

Durante la investigación para conocer la verdadera identidad de Jaime López, Iván recurre a “un viejo periodista y militante comunista, muy activo en el país desde los años cuarenta, que en los tiempos convulsos de la década de los sesenta incluso había estado varias semanas preso, con un grupo de simpatizantes trotskistas con los que sostenía relaciones personales y dijeron que hasta filosóficas” (Padura, *El hombre* 318). A través de este militante comunista Iván consigue algunos libros sobre la vida de Trotsky:

[e]ntre las páginas del tomo final de la biografía había encontrado tres recortes de prensa que delataban el interés del dueño del libro por la relación entre Trotsky y su asesino (...) el segundo debía pertenecer a una revista y contenía un comentario sobre las parodias del asesinato de Trotsky, supuestamente contadas por varios escritores cubanos, que Guillermo Cabrera Infante había incluido en su libro *Tres tristes tigres* (nunca publicado en Cuba y, por tanto, casi inencontrable para nosotros). (*Ibid.* 324-5)

Este fragmento ofrece varias lecturas. Para comenzar, el autor de *El hombre que amaba a los perros*, siguiendo la misma posición de las autoridades cubanas que se han encargado de desacreditar al escritor Guillermo Cabrera Infante, lo esconde dentro de un libro. Cabrera Infante rompió con el castrismo, posición que lo condujo al exilio en 1965 y desde allí mantuvo una actitud crítica contra el gobierno cubano (Machover, *La memoria* 62). Con todo esto se crea un paralelo entre Guillermo Cabrera Infante y León Trotsky: dos escritores, dos exiliados, dos detractores, dos excluidos.

Por otra parte, parece evidente el conocimiento que tiene el autor de la presencia de un movimiento trotskista en Cuba. Esta evidencia se demuestra en la asociación entre la búsqueda de un libro y el azar de encontrar en él algo relacionado con Cabrera Infante. Al movimiento trotskista

cubano estuvieron vinculados figuras como Guillermo Cabrera Infante, Carlos Franqui y varios intelectuales asociados a la revista *Lunes de Revolución*, que dirigía Cabrera Infante. Este grupo rechazaba el estalinismo y lo que este suponía. Significativamente, en *Lunes...* fue publicado un capítulo del libro *Historia de la revolución rusa* de León Trotsky (Rojas, “Trotski” 1262). De ahí que “el paso de Ramón Mercader por La Habana, en 1960, tras su liberación de la cárcel mexicana de Lecumberri, camino a Checoslovaquia, fue visto por Cabrera Infante, Franqui y otros editores de aquella publicación, con inquietud, como un temprano indicio de la alianza entre La Habana y Moscú” (*Íbid.*).

En resumidas cuentas, Leonardo Padura hubiese podido resaltar la figura de Cabrera Infante, quien siempre señaló a Trotsky como víctima de Stalin y quien, a su vez, se convirtió en una víctima de Fidel Castro. Además, dentro de la obra de Cabrera Infante se percibe su atracción por el líder ruso, algo que, según Rojas, lo coloca en “una tradición de disidentes del stalinismo” (*Íbid.*). Es posible que Padura intente criticar la posición del gobierno de Castro frente a este escritor, pero su crítica se torna leve por todo lo que no dice.

Leonardo Padura, con sus acentos sobre determinados hechos, recuerda algo planteado por Ricoeur en cuanto a la complejidad de la representación y a las construcciones históricas “que intentan ser reconstrucciones, con el afán de cumplir el pacto de verdad con el lector” (“Historia” 11). Leonardo Padura cumple con esto en cierta medida. Como ya hemos visto, el autor no escatima en detalles sobre la historia ajena: el espionaje, las purgas en el ejército y en el partido, los fusilamientos, etc., pero se limita al silencio dentro de la historia de Cuba. Así lo vemos en la historia de España bajo la dictadura franquista que también es una historia explícita, según declara el narrador “[l]os crímenes de Franco y de su gente son el episodio más terrible de lo que ocurrió en España, el que le dio el tono a la guerra, eso lo sabe todo el mundo. Pero no son la única historia

fea (Padura, *El hombre* 711). Ponte indica que en esta novela se “frustra un ejercicio de intersección que prometía ser excelente” (s/p). Esta intersección se establece a partir del encuentro entre Mercader e Iván (cruce entre el estalinismo y el castrismo), pero muchas interrogantes quedan sin respuesta.

A raíz de sus encuentros con Jaime López, Iván podría haber ofrecido detalles sobre periodos problemáticos de la segunda mitad del siglo XX cubano, pero es claro que no lo hace intencionalmente, puesto que se ofrecen muchos otros detalles sobre la vida de Iván. Este recuerda con detalle sus intereses literarios en 1977, cuando conoce a Mercader. Recuenta que leía el relato “Asesino en la lluvia” de Raymond Chandler, autor también del relato “El hombre que amaba a los perros”. Iván considera la relevancia de que este último texto hablara sobre un matón profesional que, sin embargo, sentía afinidad por los perros (Padura, *El hombre* 93). En realidad, Leonardo Padura no solo utiliza la historia como referente, sino que también, a través del título, crea un referente de la novela negra.

El primer encuentro con Mercader se produce en marzo de 1977 (*Íbid.* 97) y a partir de ahí Iván cuenta sus peripecias: “Cuando conocí al hombre que amaba a los perros, hacía poco más de un año que yo había empezado a trabajar como corrector en la revista de veterinaria. Ese destino era el resultado de mi tercera caída, una de las más drásticas de mi vida” (*Íbid.*). Iván cuenta que luego de concluir los estudios “con excelentes notas y el prestigio añadido de tener un libro publicado, fu[e] seleccionado para trabajar como redactor jefe de la emisora de radio local de Baracoa, el pueblo perdido y remoto (no hay otros adjetivos para calificarlo)” (*Íbid.* 97-8). En realidad, Iván fue enviado a Baracoa, un pequeño pueblo en el extremo oriental de la isla, porque alguien consideró que “necesitaba un «correctivo» para bajar[l]e los humos y ubicar[lo] en tiempo y espacio, como solía decirse” (*Íbid.* 98). Enviar lo más lejos posible de su lugar de residencia a

aquellos individuos que se pretendía castigar fue uno de los métodos utilizados por las autoridades cubanas. En el caso de Iván le correspondió trasladarse a más de novecientos kilómetros de La Habana. Así también lo atestigua Eliseo Alberto al referirse a un amigo poeta que “fue “promovido” a un centro de investigación en el pueblo de Florida, Camagüey, a setecientos cuarenta kilómetros de su casa” (Alberto 241).

Iván relata todas sus “caídas en desgracia”. La primera se produjo en el año 71, cuando se atrevió a dar su opinión con relación a la expulsión de maestros por causa de religión y orientación sexual (Padura, *El hombre* 102). La segunda, la más dolorosa, se produjo luego que escribiese un relato “donde narraba la historia de un luchador revolucionario que siente miedo y, antes de convertirse en un delator, decide suicidarse” (*Íbid.* 104). Luego de entregar este relato, con la intención de publicarlo, Iván fue citado por el director de la revista.

Todavía hoy el esfuerzo antinatural de recordar lo que me dijo aquel hombre investido de poder, seguro de su capacidad para infundir miedo, resulta demasiado lacerante. Comoquiera que mi historia se repitió tantas veces, con otros muchos escritores, la voy a sintetizar: aquel cuento era inoportuno, impublicable, completamente inconcebible, casi contrarrevolucionario —y oír aquella palabra, como se imaginarán, me provocó un temblor frío, claro que de pavor—. (*Íbid.* )

En este pasaje Iván relaciona su historia con la de otros escritores, pero tan solo se limita a categorizarla con algunos adjetivos. Sin embargo, no todos los lectores conocen la realidad cubana de los años 70, por consiguiente, en el silencio de Iván subyace el temor del autor a verbalizar lo sucedido. Al abordar las “caídas en desgracia” del personaje se vuelve a asociar el clima político con la meteorología (Ponte s/p) y así leemos: “Aunque no lo sabía, aquellas rachas de aire turbio

eran parte de un huracán que recorría silenciosa pero devastadoramente la isla, por fin encarrilada en una concepción de la sociedad y la cultura adoptada de los modelos soviéticos” (Padura, *El hombre 102*).

El narrador evade la realidad y esconde su opinión en la metáfora. Luego de esto, y siguiendo el mismo patrón del recuento encubierto, Iván añade:

(...) a pesar de la gravedad del asunto, él, como director de la revista, y *los compañeros* (todos sabíamos quiénes eran y qué hacían *los compañeros*), habían decidido no tomar conmigo otras medidas, teniendo en cuenta mi anterior trabajo, mi juventud, mi evidente confusión ideológica, y todos iban a hacer como si aquel cuento nunca hubiera existido, jamás hubiese salido de mi cabeza. Pero ellos y él esperaban que algo así no volviera a suceder y que yo pensaría un poco más a la hora de escribir, pues el arte es un arma de la revolución. (*Íbid.* 104-5, énfasis del autor)

Aquí llama la atención cómo Iván hace referencia a los compañeros, término con el que se conoce coloquialmente en Cuba a los agentes de calle de los servicios de Seguridad del estado. Queda a discreción del lector entender o completar esta alusión que no queda explicada. La historia de Iván, como predicado, se reduce al mínimo. Como historia está vinculada con la memoria del autor, que en este caso sirve como testigo y, como tal, olvida (silencia) no solo detalles, sino datos importantes y evidentes. En conclusión, el contraste entre los diferentes relatos históricos es abismal: uno aborda sucesos con pormenores y juicios de valor, frente a otro, el que toca a Cuba, que no detalla nada y se abstiene de ofrecer ninguna valoración.

Por otro lado, una peculiaridad que ofrecen los encuentros con Mercader es que las escenas están cargadas de símbolos. Para comenzar, los encuentros se dan siempre frente al mar: “el mar es siempre el símbolo fundamental de la liberación” (Reinaldo Arenas en Machover, *La memoria* 300). Este podría representar la anchura que busca darle Padura a la historia, revelar lo desconocido sobre Cuba y ampliar la historia encubierta sobre el estalinismo. Padura se ha preciado del valor histórico de su obra con respecto a Cuba (Padura, Entrevista 05:53-06:15), pero el análisis revela que la narrativa es difusa y plagada de ambigüedades.

Otro de los símbolos que aparecen en uno de los encuentros de la playa es el de la cruz:

(...) aquella cruz —de unos cuarenta por veinte centímetros— llevaba mucho tiempo a merced del mar y la arena, pero a la vez resultaba evidente que recién había arribado a la costa, empujada por el oleaje del último frente frío. Nada la hacía particular: eran solo dos piezas de madera oscura, muy densa, erosionadas, devastadas seguramente con una gubia, cruzadas y fijadas entre sí por dos tornillos oxidados. Sin embargo, aquella cruz rústica, quizás por su desgastada madera, quizás por estar donde estaba (¿de dónde había venido, a quién había pertenecido?), me atrajo tanto que, a pesar de mi ateísmo, decidí cargar con ella luego de lavarla en el mar. La cruz del naufragio, la llamé, aun cuando no tenía idea de su origen y sin sospechar por cuánto tiempo me acompañaría. (Padura, *El hombre* 241)

El texto revela el uso del paralelismo entre meteorología y política mientras que la cruz puede establecer un paralelismo con Mercader, quien había llegado a Cuba en los años de la Guerra Fría, al igual que la cruz fue “empujada por el oleaje del último frente frío” (*Ibid.* 241). Mercader, como la cruz, es un hombre devastado y desgastado, un extraño que no se sabe de dónde viene y que deposita en Iván la confesión de su secreto vital. “La cruz del naufragio” habla del fracaso

personal de Mercader, pero también del de todo un sistema político, el del comunismo, soviético o cubano. Significativamente, en su lecho de muerte la esposa de Iván “exigió que acostara la cruz del naufragio junto a ella y comenzó a rezar” (*Íbid.* 22) y cuando muere Iván, su amigo Dany entierra la cruz junto a todas las pertenencias del difunto (*Íbid.* 761). La cruz se convierte en un símbolo de la fe perdida tras el colapso de un proyecto político que ocupó todas las esferas de la vida pública y personal, pero que dejó a las personas a la deriva.

Desde el primer encuentro con Mercader, la estancia de este en Cuba comienza a ser un misterio que jamás será esclarecido. Esto se manifiesta en preguntas que nunca tendrán respuesta: “quién podría ser aquel tipo que tenía, en la Cuba de los años setenta, dos galgos rusos, al parecer de pura sangre” (*Íbid.* 94), o, “(¿quién coño era López, para quién trabajaba en Cuba, a santo de qué podía ir a verse con unos médicos en París?)” (*Íbid.* 239). Las preguntas son similares y aunque aparecen en más de una ocasión, no se les da respuesta o, tal vez, como precisa Ponte, son preguntas que temen encontrar respuestas (Ponte s/p).

Con relación a esto, consideramos que Padura no responde a estas preguntas por temor, él conoce el porqué de la estancia de Mercader en Cuba, sin embargo esquivo la respuesta. Padura sabe que el Gobierno cubano ha mantenido una estrecha relación con terroristas de diferentes partes del mundo. Según relata Montaner, el Gobierno cubano ha mantenido relación con diferentes organizaciones terroristas internacionales, incluso con algunas, como los *tupamaros* uruguayos, que intentaron derribar uno de los pocos gobiernos democráticos de Latinoamérica (*Viaje* 172). Sánchez da cuenta de un terreno militar ubicado al este de La Habana donde se entrenan guerrilleros y organizaciones terroristas (174). Según el antiguo escolta de Fidel Castro la época de oro de estos entrenamientos fueron los años 70 y 80, momento en que se acogió en Cuba a militares y terroristas del “Ejército Republicano Irlandés (IRA), del Fatah de Yasir Arafat,

del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) de George Habash, del Frente Polisario (opuesto a Marruecos desde 1975 por el control del Sahara Occidental) o los Black Panthers estadounidenses” (176-7). Esta larga lista estaría también integrada por miembros del grupo terrorista vasco que vivieron en Cuba cómodamente: “etarras vascos que con cerca de mil asesinatos estremecían a la sociedad española en el momento en el que la nación intentaba consolidar la democracia” (Montaner, “Deconstruyendo” s/p). Como terrorista, Ramón Mercader viaja a la isla y allí se convierte en instructor de G2, un organismo que se ocupa de luchar contra opositores cubanos dentro de la isla (Raffy 374).

Por otra parte, también durante los encuentros con Mercader, Iván hace referencia a su realidad familiar cuando le habla de su hermano William, quien por esa época había sido expulsado de la universidad junto a su profesor de anatomía debido a su homosexualidad. A través de este personaje se aborda el tema de la homofobia sistémica y política de Cuba en los años 70. No obstante, al recontar esta situación a Mercader, Iván se concentra en culpabilizar a sus padres por haber castigado a su hermano echándolo de la casa. El narrador revela que es durante esa confesión que se percata que “en realidad me había estado escamoteando el verdadero origen de lo ocurrido: la persistencia de una homofobia institucionalizada, de un fundamentalismo ideológico extendido, que rechazaba y reprimía lo diferente y se cebaba en los más vulnerables, en quienes no se ajustasen a los cánones de la ortodoxia” (Padura, *El hombre* 238-9). El pasaje parece inicialmente abordar de manera explícita la situación que se dio en Cuba durante estos años, pero se frena y solo ultima lo siguiente: “Entonces comprendí que tanto mis padres como yo habíamos sido juguetes de prejuicios ancestrales, de presiones ambientales del momento y, sobre todo, víctimas del miedo, tanto o más (sin duda más) que William” (*Ibid.* 239).

Esta somera mención de un pasaje histórico tan dramático resulta no solo escueta sino problemática por lo que calla. La campaña de expulsión de estudiantes universitarios considerados “enfermitos” comenzó en la década del 60 (Sierra Madero 111, Almendros, Jiménez Leal 00:04:45-00:06:00). La expulsión se convirtió en una solución rápida para deshacerse de todos aquellos que mostraban “conductas impropias” (Sierra Madero 158). No obstante, no todos los homosexuales eran tratados de igual manera y quienes tenían vinculación con las autoridades lograron en general terminar sus estudios.

Por otra parte, la creación del personaje de William también le permite al autor abordar la emigración ilegal a través de su mención de algunos de los éxodos marítimos que se han producido en Cuba desde 1959. En concreto, la novela alude a dos de los éxodos más dramáticos, el que se produjo por el puerto de Mariel en el año 1980 y el que se produjo en el verano de 1994. De hecho, la mención de Mariel se produce a partir de la narración de los sucesos del 5 de agosto de 1994, cuando se produjo en La Habana un estallido social que se dio a conocer como Maleconazo que originó la denominada Crisis de los balseros, un éxodo masivo hacia Florida en embarcaciones caseras que costó la vida a muchas personas. Sucedido en pleno Periodo Especial, este estallido fue consecuencia de la precariedad económica que se experimentó tras la caída del bloque socialista y que tuvo dramáticas consecuencias en la vida de los cubanos

(...) justo cuando tocábamos fondo y parecía que a la crisis solo le faltaba masticarnos un par de veces más para tragarnos. No resultó fácil, pero ese día saqué a Dany del pozo de la desidia y nos fuimos hasta Cojímar en nuestras bicicletas, dispuestos a presenciar el espectáculo del momento, lo nunca visto: la salida masiva, en las embarcaciones menos imaginables y a la luz del día, de cientos, miles de hombres, mujeres y niños que aprovechaban la apertura de fronteras decretada por el gobierno para lanzarse al mar en

cualquier objeto flotante, cargando con su desesperación, su cansancio y su hambre, en busca de otros horizontes. (Padura, *El hombre* 539)

En este caso, el narrador aporta detalles y reconstruye las escenas de caos que se dieron en las costas de La Habana.

(...) grupos de hombres y mujeres, con tablas, tanques de metal, cámaras neumáticas, clavos y sogas se dedicaban junto a la costa a dar forma a los artefactos sobre los que se lanzarían al mar, otros grupos llegaban en camiones donde cargaban las embarcaciones ya construidas (...) En medio de aquel caos se producían robos de carteras y de remos, se habían montado negocios de venta de bidones de agua potable, de brújulas, de comida, de sombreros y gafas para el sol, de cigarrillos, fósforos, faroles e imágenes de yeso de las protectoras vírgenes de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y la de Regla, reina de los mares, y hasta se alquilaban cuartos para despedidas amorosas y servicios sanitarios para necesidades mayores, pues las menores solían hacerse en las rocas de la costa, sin vergüenza. (*Íbid.* 541)

Iván es testigo de estas escenas y es ahí cuando recuerda la desaparición en el mar de su hermano William (*Íbid.* 416) muchos años atrás: “Si William se hubiera decidido a hacer aquello dos o tres meses después, se habría ido por el Mariel. Con el papel de la baja de la universidad, donde decía que era un maricón antisocial, lo hubieran montado en una lancha y se habría ido sin problemas” (*Íbid.* 543). Los sucesos del Mariel se originaron a partir de un conflicto diplomático surgido en La Habana el 1<sup>o</sup> de abril de 1980. Un grupo de cubanos asaltó la Embajada de Perú con el objetivo de solicitar asilo político y uno de los vigilantes fue asesinado. Fidel Castro culpó

a los funcionarios de la embajada y pidió que fueran devueltos los asaltantes, a lo cual Perú se negó. Castro ordenó retirar la protección de la sede diplomática e incitó a marcharse del país a todos los cubanos deseosos de hacerlo. En una semana lograron introducirse en el patio de la sede diplomática 10 800 personas. En tres meses lograron salir del país 125 000 personas. Como Fidel Castro había declarado que todos los que decidieran abandonar el país podían hacerlo se crearon las llamadas Oficinas de la Escoria, lugar en el que se presentaban todos aquellos que podían demostrar que eran homosexuales, delincuentes u otra rúbrica considerada indeseable en la sociedad cubana (Martín Sevillano, *Sociedad* 35-6). Un escritor que vivió directamente estos sucesos fue Reinaldo Arenas y así describe el tratamiento que recibió en ese lugar.

Al llegar me preguntaron si yo era homosexual y les dije que sí; me preguntaron entonces si era activo o pasivo (...) me hicieron caminar delante de ellos para comprobar si era loca o no; había allí unas mujeres que eran psicólogas. Yo pasé la prueba y el teniente le gritó a otro militar: «A éste me lo mandas directo». Aquello quería decir que no tenía que pasar por ningún otro tipo de investigación política. (301)

Efectivamente, William, como Arenas, podría haber abandonado Cuba de manera segura a través de Mariel. Castro utilizó esta vía para expulsar del país a ciudadanos que no consideraba ejemplares en el sentido político. No todos los que querían marcharse pudieron hacerlo, muchos profesionales fueron retenidos y se dio prioridad a delincuentes para así criminalizar la emigración. En el caso de los homosexuales, ellos también formaron parte del perfil antisocial que buscaba construir el gobierno cubano (Sierra Madero 463-4).

Con todo, resulta llamativo que el narrador recuerde con detalles las protestas que se dieron en La Habana el 5 de agosto de 1994 y olvide (silencie) el hundimiento del Remolcador 13 de

Marzo ocurrido también en ese mismo contexto, el 13 de julio de 1994. El hundimiento de esta embarcación por parte de las autoridades cubanas se hizo para impedir la salida ilegal de un remolcador, secuestrado por algunos pasajeros, que llevaba a bordo sesenta y ocho personas, entre ellas varios niños, de las cuales más de la mitad perecieron (Fernández 42). Este hecho también formó parte del descontento que vivía la población en esos años y parece intencional no mencionar un suceso que conmovió a muchos. El gobierno cubano ocultó o tergiversó repetidamente lo sucedido, que fue considerado un acto criminal por varias organizaciones internacionales, como Amnistía Internacional (Werlau 4). Alina Fernández señala al respecto que “[e]l periódico *Granma* rompió su propio récord de infamia, y le llama, a la barbarie, “una lección para irresponsables”, y tanto los muertos como los vivos son calificados de malhechores” (42). Es llamativo que Padura elija no mencionar este acontecimiento, especialmente porque, al igual que sucede con la analogía entre el éxodo de los balseiros en 1994 y el de Mariel en 1980, el hundimiento del remolcador en 1994 también tenía un paralelismo en 1980: la llamada Masacre de Canímar, en la que perdieron la vida un grupo de jóvenes cuando intentaban escapar hacia los Estados Unidos en una embarcación del estado cubano. Varios aviones y buques militares los hundieron en la Bahía de Matanzas (Werlau 5). Algo similar sucedió en la Masacre de Cojímar cuando las autoridades cubanas asesinaron a tres jóvenes que intentaron abordar una embarcación que había entrado ilegalmente a Cuba con la intención de sacar a algunas personas de la isla (Vicent s/p). Todos estos hechos criminales han sido silenciados repetidamente por el gobierno cubano. Por falta de datos o por voluntad la historiografía tampoco se ha ocupado de ellos. La novela de Padura, en su afán historicista, también incurre en el olvido con respecto a ellos. Este olvido supone una negación por omisión de hechos acontecidos y reprime la memoria como agente de la historia (Candau 59-76).

Finalmente, es importante considerar que toda la novela se basa en la memoria para configurar el personaje de Iván, que es quien rememora el pasado reciente de Cuba. Y su recuerdo está también informado por lo que en el presente de la narración el personaje sabe que desconocía en el pasado en referencia a los sucesos internacionales.

(...) habíamos sido, en su momento [los años 70], los menos enterados de las proporciones de la herida física y filosófica que habían producido en Praga unos tanques algo más que amenazadores, de la matanza de estudiantes en una plaza mexicana llamada Tlatelolco, de la devastación humana e histórica provocada por la Revolución Cultural del amado camarada Mao. (Padura, *El hombre* 100)

En el caso de la historia cubana la novela procede siempre de la misma forma: el narrador tan sólo nombra someramente hechos importantes del pasado revolucionario, de manera que instiguen la memoria del lector informado. Todorov apunta que los recuerdos “ils nous permettent de revivre l’action et de ressentir ses enjeux mieux que les dates, les noms et les chiffres” (“La mémoire” 104). El narrador encuadra ciertos hechos silenciados y los aborda, aunque generalmente sin demasiada profundidad. Sin embargo, otros hechos silenciados siguen quedando como tales cuando la dinámica historicista de la narrativa debería haberlos recuperado.

## V. Conclusiones

El objetivo de este trabajo de investigación ha sido mostrar cómo la historia del periodo estalinista sirve en *El hombre que amaba a los perros* para evocar la historia no contada de Cuba tras la llegada al poder de Fidel Castro en enero de 1959.

El revisionismo histórico de esta novela puede relacionarse con la temática que caracteriza la obra del autor. Su producción literaria a partir de la década de 1990 narra las dificultades económicas que atraviesa la sociedad cubana y la consiguiente emigración de la población. La novela verbaliza el desencanto que sienten los personajes por el sistema político cubano a través de la revisión del personaje de Trotsky, aún considerando que Cuba no es “el contexto más fácil ni colaborador para que un particular lleve a cabo una pesquisa sobre los crímenes del estalinismo, y muy puntualmente el asesinato de Trotsky” (Picart 129).

El repaso histórico a partir de las figuras de Trotsky y Mercader es una estrategia literaria que implica una documentación notable por parte del autor. A través de este repaso se sugiere una crítica de la Revolución cubana a través del personaje de Iván que, sin embargo, no presenta el coraje necesario para realizar una crítica abierta. Resulta contradictorio que este personaje sea el narrador de la historia de Trotsky y Mercader y que logre realizar el recuento de sus vivencias de forma tan detallada ya que luego no será capaz de presentar la historia de su propio país que cuenta de manera sesgada. Así pues, la reconstrucción y la deconstrucción de la historia convergen en la novela. La reconstrucción del socialismo en Rusia y España permite deconstruir la historia de la segunda mitad del siglo XX en Cuba, marcada por omisiones y tergiversaciones. Es a través del recuento de la historia foránea que la personal historia de Iván se proyecta como la de una generación y la de un país. La novela da volumen a una historia poco conocida que no ha podido ser abordada cabalmente por la historiografía. Sirviéndose de la historia ajena, el personaje cubano

evoca sucesos y personajes de la Cuba de la segunda mitad del siglo XX. Según Picart, la novela de Padura es trascendente en el contexto de la Cuba actual:

Este libro (...) resulta absolutamente necesario para nosotros los cubanos, no porque hable una vez más —aunque indudablemente mucho mejor de lo que tantos escritores vienen haciéndolo en estos tiempos de mala literatura— de balseros, éxodos y otras tragedias nacionales tan dolorosas como sabidas, sino porque nos ha revelado un acontecimiento de nuestra historia nacional que hasta hace muy poco ignorábamos, y del que, sin sospecharlo, fuimos cómplices. (Picart 137)

La novela, no obstante, presenta un nivel de contradicción al hacer referencia a sucesos traumáticos de manera tangencial o superficial. Un lector informado podrá deducir las referencias, pero para otro tipo de lector muchas alusiones son incomprensibles o poco significativas. La obra presenta un desequilibrio de contenido al ofrecer una gran cantidad de datos sobre la historia de ciertos países frente a una reducida información sobre la historia de Cuba. En esta última, que se narra no desde el archivo, sino desde la memoria, aparecen silencios o referencias poco detalladas. La narrativa refiere la censura que el sistema revolucionario impuso a intelectuales y escritores durante los años setenta, sin considerar que la censura sigue operando de manera internalizada.

La narrativa no establece claramente el paralelismo de las tres historias, pero sí opera en torno a símbolos, como el del derrumbe, que alude al colapso y muerte de individuos y de sociedades o sistemas políticos.

Aunque de forma velada, Padura aborda sucesos que si bien no han sido tratados por la historiografía cubana insular, sí han sido estudiados por historiadores y escritores residentes fuera

de la isla. Esto nos conduce a pensar que podría ser interesante realizar un estudio comparativo de la literatura producida dentro de la isla, como es el caso de la obra de Padura, y aquella que se produce fuera, para considerar el contraste entre el silencio de la sociedad cubana en el país y la voz de la sociedad cubana en la diáspora.

Hay aspectos de la obra que, si bien caían fuera del análisis de este trabajo, resultan de interés para futuros estudios. Uno de ellos sería la representación de la figura femenina. En *El hombre que amaba a los perros*, las mujeres tienen papeles secundarios y su representación es simplista y maniquea: están las buenas y las malas. Esto es evidente en la narración de la estancia de Trotsky en México: la esposa de Trotsky, Frida Kahlo y la hermana de esta quedan reducidas a objetos en función del personaje de Trotsky. De igual forma, las mujeres operan en la historia de Mercader como agentes del mal que manipulan al personaje, que parecería quedar exculpado así de sus actos.

En la obra de Padura en general, no solo en la novela de la que este trabajo se ha ocupado, la mujer es representada desde una perspectiva patriarcal que revela la cultura cubana de la segunda mitad del siglo XX.

En conclusión, *El hombre que amaba a los perros* es una novela que repasa los horrores del estalinismo en Rusia y su impacto en la inestable España de principios del siglo XX. A través de esas historias, narradas desde los datos históricos, la obra presenta aspectos de la historia no contada del socialismo cubano. La novela revela de forma tácita el legado del estalinismo en Cuba debido a los silencios que contiene, que dejan ver la censura y el miedo que operan en la sociedad del país, en la que vive el autor. De ahí que sea revelador que la “Nota muy agradecida” que cierra la obra sea un testimonio del propio autor sobre su propio miedo (*El hombre* 765).

## Bibliografía

- AÍNSA, Fernando. “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana.” *Cuadernos americanos* 28.4 (1991): 13-31.
- . *Reescribir el pasado: Historia y ficción en América Latina*. Celarg, 2003.
- ALBERTO, ELISEO. *Informe contra mí mismo*. Alfaguara, 1997.
- ALBURQUERQUE FUSCHINI, Germán. “El caso Padilla y las redes de escritores latinoamericanos.” *Revista Universum* 16 (2001): 307-20.
- ALMENDROS, Néstor, JIMÉNEZ LEAL, Orlando. *Conducta impropia*. 1984. Consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=0W50JqHYwO8> Accedido el 15 de sept. 2022.
- AMAR SÁNCHEZ, Ana María. “El arte de la política/la política del arte: Semprún y Padura ante el asesinato de Trotsky.” *Cuadernos de literatura* 18.35 (2014): 247-258.
- ARENAS, Reinaldo. *Antes que anochezca*. Tusquets, 1996.
- ARMENTEROS, Marta B. “El hombre que amaba a los perros.” *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 3-4 (2010).
- BEAULIEU, Sarah. *Política Cultural y Periodismo en Cuba: Trayectorias cruzadas de la prensa oficial y de los medios independientes (1956-2013)*. Tesis doctoral. Universidad de Granada, 2014.
- BIRKENMAIER, Anke. “Leonardo Padura and the” New” Historical Novel.” *A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos* 13.1 (2015): 13-25.
- BLOCH, Vincent. “Reflexiones sobre la disidencia cubana.” *Análisis Político* 22.67 (2009): 83-104.
- BOUFFARTIGUE, Sylvie. “El agua en la roca: fuentes de la novela histórica en Cuba.” *En torno a las Antillas hispánicas: ensayos en homenaje al profesor Paul Estrade*. 2004.
- BRETON, André, et al. *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*. Siglo XXI, 2019.

- BURGOS, Elizabeth. "Condamner et punir: le système pénitencier cubain." *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. 2009.
- CAMACHO NAVARRO, Enrique. "Fidel Castro en la perspectiva estadounidense: el primer año de revolución." *Desde el Sur. Visiones de Estados Unidos y Canadá desde América Latina a principios del siglo XXI: Estados Unidos y América Latina* (2003).
- CANCIO ISLA, Wilfredo. "Pablo Socorro: La verdad sobre el caso Ochoa permanece encerrada en Cuba". Consultado en <https://www.cibercuba.com/noticias/2019-07-14-u199572-e13-s27061-pablo-socorro-periodista-cubano-cubrio-juicio-ochoa> Accedido el 5 de septiembre de 2022.
- . "Fallece el padre Miguel Ángel Loredo, símbolo del presidio político cubano". Consultado en <https://www.cafefuerte.com/miami/sociedad-miami/fallece-el-padre-miguel-angel-loredo-simbolo-del-presidio-politico-cubano/> Accedido el 27 de octubre de 2022.
- CANDAU, Joël. "Memorias y amnesias colectivas." *Antropología de la memoria* (2002): 56-86.
- CANDELA FIGUEROA, María Fernanda. "El cambio de percepción sobre la emigración en la sociedad cubana: The change of perception on emigration in the cuban society." *Cinzontle* 12.25 (2020): 16-22.
- CARBONELL CORTINA, Néstor. "La Constitución de 1940: Simbolismo y vigencia." *Cuba in Transition* 7 (1997): 415-421.
- CASTAÑEDA, Rolando H. "Importancia del Proyecto Varela para Cuba." *Propuestas para la democracia desde Cuba* (2003).
- CASTRO RUZ, Fidel. "Discurso pronunciado el 1 de mayo de 2003". Consultado en <http://www.comandante.biz/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-acto-por-el-dia-internacional-de-los-trabajadores-efectuado-en> Accedido el 27 de agosto de 2022.
- CELORIO, Gonzalo. "Abogado del diablo: El juicio al general Arnaldo Ochoa." *Letras libres* 12.137 (2010): 36-45. Consultado en <https://letraslibres.com/revista-mexico/abogado-del-diablo-el-juicio-al-general-arnaldo-ochoa/> Accedido el 11 de agosto de 2022.

- COLOMER, Josep M. “Los militares «duros» y la transición en Cuba.” *Encuentro de la cultura cubana* 26.27 (2002): 148-67.
- COYULA, Mario. “El trinquenio amargo y la ciudad distópica: autopsia de una utopía.” Cuba: contrapuntos de cultura, historia y sociedad (2007): 361-385.
- DE BEHAR, Lisa Block. *Una retórica del silencio: funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria*. Siglo XXI, 1984.
- DE IPOLA, Julia. ““Porque la cubana es...”: cubanía y personajes femeninos en *La novela de mi vida* de Leonardo Padura Fuentes.” *Crisol* 13 (2020).
- DÍAZ MEDINA, José Fernando. “Información y diálogo social en Cuba. Pautas para un proceso constituyente.” *Revista Latina de Comunicación Social* 8.59 (2005): 0.
- DOMÍNGUEZ, Víctor Manuel. “Dos escritores cubanos al tiro”, *Cubanet*, 16 de noviembre de 2004. Consultado en <https://www.cubanet.org/htdocs/sindical/news/y04/11160402.html> Accedido el 20 de diciembre de 2021.
- DUBOIS, Philippe. *El acto fotográfico: de la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós, 1986.
- DUPREY, Jennifer. “Travesía de una utopía rota: ekphrasis e historia en *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura.” *Revista Iberoamericana* 269 (2019): 1289-1310.
- FARBER, Samuel. “La izquierda y la transición cubana: En diálogo con *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura.” *Nueva Sociedad* 238 (2012): 76-87.
- FERNÁNDEZ, Alina. “Elegía y reflexión: Quinto aniversario del hundimiento del remolcador “13 de marzo”.” *Revista hispano cubana* 3 (1999): 42-46.
- FORNET, Ambrosio. “El Quinquenio Gris: revisitando el término.” *Casa de las Américas* 246 (2007): 3.
- FORNET, Jorge. “Elogio de la incertidumbre. Cuba novelada en el siglo XXI.” *Revista Iberoamericana* 79.243 (2013): 371-394.
- FRANQUI, Carlos. *Vie, aventures et désastres d'un certain Fidel Castro*. Belfond, 1988.

- FUENTES, Norberto. *Dulces guerreros cubanos*. Cuarteles de invierno, 2017.
- . Entrevista realizada por Oscar Haza. *Ahora* (Mega TV). 13 de junio de 2019. Consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=r9u8N8If5sA> Accedido el 13 de septiembre de 2022.
- GARCÉS MARRERO, Roberto. “Mecanismos Represivos del Estado Cubano.” *Revista Foro Cubano* (RFC) 2.2 (2021): 46-58.
- GRÜTZMACHER, Lukasz. “Las trampas del concepto” la nueva novela histórica” y de la retórica de la historia postoficial.” *Acta poética* 27.1 (2006): 141-167.
- HOBBSAWM, Eric. *La historia del siglo XX*. Crítica, 1998.
- IBARRA, Jorge. “Historiografía y Revolución”. *Temas*, núm. 1, marzo de 1995, pp. 5-17.
- JENKINS, Keith. *Repensar la historia*. Siglo XXI de España Editores, 2018.
- JIMÉNEZ LEAL, Orlando. 8 A. 1992. Consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=4rBfr1Eqdoc&t=3671s> Accedido el 1 de octubre de 2022.
- JITRIK, Noé. *Historia e imaginación literaria*. Biblos, 1995.
- JOUTARD, Philippe, BOFILL, Mireia. “Memoria e historia: ¿cómo superar el conflicto? (Memory and history: How to overcome the conflict?).” *Historia, antropología y fuentes orales* (2007): 115-122.
- LE BRETON, David. *El silencio*. Madrid: Sequitur, 2006.
- MACHOVER, Jacobo. *La memoria frente al poder: escritores cubanos del exilio: Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas*. Universitat de València, 2001. *Google libros*.
- . “El asesino de Trotski.” *Revista de libros* 161 (2010): 44.
- MANCIPE-FLECHAS, Eduardo, VARGAS-ARBELÁEZ, Esther Juliana. “La responsabilidad de la memoria en la función social de la archivística.” *Códices* 9.1 (2013): 55-70.
- MARTÍN SEVILLANO, Ana Belén. *Sociedad civil y arte en Cuba: cuento y artes plásticas en el cambio de siglo (1980-2000)*. Editorial Verbum, 2008.

---. "De Virgilio Piñera a Reinaldo Arenas: homosexualidad o disidencia." *Revista hispano cubana* 4 (1999): 77-86.

---. "Nuevas cartografías urbanas de la narrativa afrocubana." *Afro-Hispanic Review* (2014): 71-86.

MATOS, Huber. *Cómo llego la noche*. Editorial Hypermedia, 2018.

MEDINA GARCÍA, Yeni. *La nueva novela histórica en Cuba: El polvo y el oro, de Julio Traviesto*. Tesis doctoral. Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas, 2007.

MENTON, Seymour. "La guerra contra el fanatismo de Mario Vargas Llosa." *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona 21-26 de agosto de 1989*. Promociones y Publicaciones Universitarias, PPU, 1992.

---. "La novela de la Revolución cubana, fase cinco: 1975-1987". *Revista Iberoamericana* 56.152 (1990): 913-932.

---. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979 a 1992*. Fondo de Cultura Económica, 1993.

MONTES, María. "Los terrores del poder. La violencia, el crimen y el miedo en *El hombre que amaba a los perros*." *América. Cahiers du CRICCAL* 44 (2014): 137-145.

MONTANER, Carlos Alberto. *Viaje al corazón de Cuba*. Plaza & Janés, 1999.

---. "Deconstruyendo a Fidel." Consultado en <https://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-liberal/16/deconstruyendo-a-fidel-carlos-alberto-montaner.html> Accedido el 25 de agosto de 2022.

MONTENEGRO GONZÁLEZ, Augusto. "Historia e historiografía de la Iglesia en Cuba (1959-1976)." *Anuario de Historia de la Iglesia* 18 (2009): 261-293.

MUNSLOW, Alun. *Desconstruindo a história*. Editora Vozes Ltda, 2009.

MUÑOZ SANZ, Carmen. "El alumno japonés en el aula de ELE: cómo lograr una comunicación eficaz." *La enseñanza de ELE centrada en el alumno*. Asociación para la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera, 2015.

- NOGUEROL JIMÉNEZ, Francisca. “Neopolicial latinoamericano: el triunfo del asesino.” (2006).
- OJEDA REVAH, Mario. “Cuba y la Unión Europea: Una perspectiva histórica.” *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos* 54 (2012): 9-36.
- PADILLA, Heberto. *La mala memoria*. Editorial Pliegos, 2008.
- PADURA, Leonardo. *El hombre que amaba a los perros*. Maxi Tusquets Editores, 2020.
- . “Modernidad y postmodernidad: la novela policial en Iberoamérica.” *Hispanamérica* 28.84 (1999): 37-50.
- . Entrevista realizada por Osvaldo Quiroga. *Otra Trama* (Televisión pública argentina), 15 de marzo de 2014. Consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=8n5Czc4FkKk&t=3s> Accedido el 15 de agosto 2022.
- PALAZIO GALO, Edgard. “Michel Foucault y el saber poder.” *Revista Humanismo y Cambio Social* (2014): 95-100.
- PANIAGUA, Javier. *Breve historia del socialismo y del comunismo*. Nowtilus, 2010.
- PERDOMO VANEGAS, William Leonardo. “El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica.” *Literatura y lingüística* 30 (2014): 10-15.
- PICART, Gina. “El sueño de la razón produce monstruos (Sobre la novela de Leonardo Padura: *El hombre que amaba a los perros*).” *Poligramas* 37 (2013).
- PIÑA RODRÍGUEZ, Javier. “Algunas consideraciones sobre historiografía cubana.” *Secuencia* 02 (1985): 055.
- PONS, María Cristina. “La novela histórica de fin del siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo.” *Perfiles latinoamericanos* 15 (1999).
- . *Memorias del Olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la Nueva Novela Histórica en América Latina*. Tesis doctoral. University of Southern California, 1995.
- PONTE, Antonio José. “El asesino de Trotski, en una feria de La Habana”, *Diario de Cuba*, 28 de marzo 2011. Consultado en [https://diariodecuba.com/cultura/1301305237\\_1883.html](https://diariodecuba.com/cultura/1301305237_1883.html) Accedido el 13 de diciembre de 2021.

RAFFY, Serge. *Castro l'infidèle*. Fayard, 2003.

RAMÍREZ, José Luis. "El significado del silencio y el silencio del significado". Consultado en

<http://www.ub.edu/geocrit/silencio.htm>. Accedido el 2 de abril de 2022

RICOEUR, Paul. "Historia y memoria," *La escritura de la historia y la representación del pasado. Historizar el pasado vivo en América Latina*. Santiago de Chile (2007): 1-27.

---. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Docencia, 2019.

ROJAS, Rafael. *Isla sin fin: contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Ediciones Universal, 1998.

---. "Souvenirs de un Caribe soviético." *Encuentro* 48 (2008): 18-33.

---. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Anagrama, 2006.

---. "Trotski y Cuba. Política, ficción e historia en la era pos-soviética. *Revista Iberoamericana* 269

---. *Historia mínima de la Revolución cubana*. El Colegio de México AC, 2015.

---. "La represión preventiva." *Letras Libres* (2003).

ROSELL, Sara. "La (re) formulación del policial cubano: la tetralogía de Leonardo Padura Fuentes." *Hispanic Journal* (2000): 447-458. (2019): 1257-1270.

SÁNCHEZ, Juan Reinaldo. *La vida oculta de Fidel Castro*. Grupo Editorial, 62, S.L.U., 2014.

SIERRA MADERO, Abel. *El cuerpo nunca olvida. Trabajo forzado, hombre nuevo y memoria en Cuba (1959-1980)*. Ediciones Rialta, 2022.

SKŁODOWSKA, Elzbieta. *La parodia en la nueva novela hispanoamericana (1960-1985)*. John Benjamins Publishing, 1991.

TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Editorial Paidós, 2000.

---. "La mémoire devant l'histoire." *Terrain. Anthropologie & sciences humaines* 25 (1995): 101-112.

TROUILLOT, Michel-Rolph. *Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia*. Editorial Comares, 2017.

- VICENT, Mauricio. “Tres cubanos muertos en la captura de una lancha de EE. UU. que iba a sacar gente de la isla”, *El país*, 2 julio 1993. Consultado en [https://elpais.com/diario/1993/07/03/internacional/741650420\\_850215.html#?prm=copy\\_link](https://elpais.com/diario/1993/07/03/internacional/741650420_850215.html#?prm=copy_link) Accedido el 18 de octubre de 2022.
- VIERA, Félix Luis. *Un ciervo herido*. Editorial Verbum, 2015.
- VIÑAO FRAGO, Antonio. “Lenguaje y realidad. El discurso histórico y su aplicación al ámbito histórico-educativo.” *Anales de Pedagogía*. No. 14. 1996.
- WERLAU, Maria C. “Cuba: La masacre del remolcador del 13 de julio de 1994”, Cuba Archive, 12 de julio de 2017. Consultado en <https://cubaarchive.org/wp-content/uploads/2020/08/REMOLCADOR-13-DE-MARZO-INFORME-editado-7.12.2017-1.pdf> Accedido el 18 de octubre de 2022.
- WESTPHALEN RODRIGUEZ, Yolanda. “*El hombre que amaba a los perros: la historia revisitada desde el policial posmoderno.*” *Mitologías hoy* 16 (2017): 0241-254.
- WHITE, Hayden. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Prometeo, 2010.
- . *El texto histórico como artefacto literario*. Paidós, 2003.
- ZAYAS, Manuel. “Sin rostro ni obituario: los muertos de las UMAP”, *Diario de Cuba*, 6 de mayo 2013. Consultado en [https://diariodecuba.com/cuba/1367784014\\_3109.html](https://diariodecuba.com/cuba/1367784014_3109.html) Accedido el 12 de Julio de 2022.